

Contemporánea



**CHINUA
ACHEBE**

**Todo se
desmorona**

DEBOLSILLO

«Sus sólidas obras sobre la vida que fue destruida a consecuencia del mandato colonial son modélicas como reconstrucciones históricas y también como pruebas de su maestría estilística.»

Wole Soyinka

Okonkwo es un gran guerrero, cuya fama se extiende por todo el África Occidental, pero al matar por accidente a un prohombre de su clan es obligado a expiar su culpa con el sacrificio de su hijastro y el exilio. Cuando por fin puede regresar a su aldea, la encuentra repleta de misioneros y gobernadores británicos. Su mundo se desmorona, y él no puede más que precipitarse hacia la tragedia. Esta apasionada parábola sobre un hombre orgulloso que, desamparado, presencia la ruina de su pueblo fue publicada en 1958, y desde entonces ha vendido más de diez millones de ejemplares en cuarenta y cinco idiomas.



CHINUA ACHEBE (Nigeria, 1930) está considerado unánimemente como el padre de la literatura africana moderna y la referencia primera de los estudios poscoloniales. Debolsillo le dedica una biblioteca de autor donde se publicarán sus cinco novelas.

Prólogo de Marta Sofía López Rodríguez

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez

ISBN: 978-958-8773-31-5



9 789588 1773315

DISEÑO: RANDOM HOUSE MONDADORI / YOLANDA ARTOLA

ILUSTRACIÓN: © EDEL RÓDRIGUEZ

FOTOGRAFÍA DEL AUTOR: © LEONARDO CENDAMO / GRAZIA NERI

Contemporánea

Chinua Achebe nació en Nigeria en 1930. Se crió en la ciudad de Ogidi, uno de los primeros centros de evangelización anglicana del este de Nigeria, y se licenció en el University College de Ibadán. Empezó su carrera en la radio, pero la abandonó en 1966, al dimitir de su puesto de director de Emisiones Internacionales durante el alzamiento nacional que condujo a la guerra de Biafra. Achebe ingresó en el Ministerio de Información de Biafra y representó a esta región en diversas misiones diplomáticas para recaudar fondos. Asumió un cargo docente en la Universidad de Nigeria, en Nsukka, un puesto que le permitió dar clases en el extranjero. Durante quince años fue profesor de lengua y literatura en el Bard College. Actualmente es catedrático en la David and Marianna Fisher University, y catedrático en el departamento de Estudios Africanos de la Brown University. Ha escrito más de veinte libros —novelas, relatos, ensayos y colecciones de poemas—, entre los que se incluye *Todo se desmorona* (1958), que ha vendido más de diez millones de ejemplares en todo el mundo y ha sido publicado en más de cincuenta idiomas; *La flecha del dios* (1964); *Beware, Soul Brother and Other Poems* (1971), que ganó el premio Commonwealth Poetry; *Termiteros de la sabana* (1987), que resultó finalista del premio Booker; *Hopes and Impediments: Selected Essays* (1988), y *Home and Exile* (2000). Achebe ha recibido premios y condecoraciones en todo el mundo, incluyendo la de miembro honorario de la American Academy of Arts and Letters, así como la de doctor honoris causa de más de treinta escuelas y universidades. También ha recibido el galardón al mérito intelectual más importante de su país, el Nigerian National Merit. En 2007 ganó el Man Booker internacional.

Chinua Achebe

Todo se desmorona

**Prólogo de
Marta Sofía López Rodríguez**

**Traducción de
José Manuel Álvarez Flórez**

DEBOLSILLO

Título original: *Things Fall Apart*

Primera edición: julio, 2010

Primera reimpresión: agosto, 2012

© 1958, Chinua Achebe

Reservados todos los derechos

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© José Manuel Álvarez Flórez, por la traducción

© 2010, Marta Sofía López Rodríguez, por el prólogo

© 2012, Random House Mondadori, SAS

Terrapuerto El Dorado, bodega 4. Autopista Medellín,

km 1,7. Entrada Parque la Florida. Cota - Cundinamarca

Colombia Pbx (57-1) 7430700

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Colombia – Impreso en Colombia

ISBN: 978-958-8773-31-5

Impreso en Editora Géminis Ltda.

Prólogo

La celebración en 2008 del cincuentenario de la publicación de *Todo se desmorona* (1958) constituyó todo un acontecimiento en el mundo literario. Y, este sí, de dimensiones positivamente planetarias: desde Ogidi, el pueblo natal del autor en el sudeste de Nigeria, hasta la Biblioteca del Congreso de Washington, y por supuesto el ámbito académico a nivel internacional, festejaron y rememoraron la aparición de una novela que transformaría radicalmente el panorama literario africano y universal desde el momento mismo de su publicación. Los más de treinta doctorados *honoris causa* y la infinidad de galardones de prestigio que le han sido otorgados a Chinua Achebe son la prueba irrefutable de que, a pesar de no haber recibido aún el premio Nobel, la crítica no duda en considerarlo unánimemente como el padre y el fundador de la literatura africana moderna, y uno de los más grandes escritores en lengua inglesa del siglo xx.

Es indudable que Wole Soyinka, J. M. Coetzee o Nadine Gordimer han sido dignos merecedores de la distinción de la Academia sueca, y autores de una producción monumental. Pero sin lugar a dudas es Achebe quien ha logrado situar Igbolandia, Nigeria y África en el mapa de la literatura mundial. Solo de *Todo se desmorona* se han vendido más de ocho millones de ejemplares en todo el mundo, y está traducida a más

de cincuenta lenguas. Esta obra condensa lo más brillante del realismo narrativo europeo con lo más genuino de la tradición oral igbo: toda una visión del mundo encapsulada en rituales, proverbios, normas de cortesía, festejos, historias fundacionales, cuentos y canciones; y de esa fusión prodigiosa nace, en palabras de Simon Gikandi, «la institución de la literatura africana».¹ Son incontables los novelistas africanos que afirman haber encontrado en Achebe el espacio imaginario que les permitió articular sus propias expresiones literarias, entre ellos nuestro ilustre Donato Ndongo, padre a su vez de la literatura ecuato-guineana en lengua castellana.

Y si en el plano literario la aparición de *Todo se desmorona* inauguró todo un mundo de posibilidades, en el plano ético y filosófico la obra de Achebe ha sido crucial a la hora de transformar la mirada de los africanos sobre sí mismos, y la mirada del resto del mundo con respecto a África. En este sentido, Achebe declaraba en uno de sus ensayos más conocidos: «Yo estaría completamente satisfecho si mis novelas, especialmente las que situé en el pasado, hubieran servido al menos para enseñar a mis lectores que su historia, a pesar de todas sus imperfecciones, no fue la larga noche de salvajismo de la que los europeos, actuando en nombre de Dios, vinieron a liberarnos».² De esa afirmación se desprende que Achebe tiene en mente cuando escribe a un público lector principalmente africano; y es que su revolución personal ha consistido, según sus propias palabras, «en ayudar a mi sociedad a recuperar la fe en sí misma y superar los complejos de años de denigración y autodesprecio».³

Pero esa reevaluación del pasado de África pone a su vez

1. «Foreword», en M. Keith Booker, ed., *The Chinua Achebe Encyclopedia*, Greenwood Press, Londres, 2003, p. vii.

2. Chinua Achebe, «The novelist as teacher», en *Hopes and Impediments*, Doubleday, Nueva York, p. 45; la traducción es mía.

3. *Ibidem*, p. 44.

en marcha toda una revisión de nuestra *episteme* occidental. El pensamiento europeo de la modernidad invirtió ingentes energías en presentar a África y a los africanos como el punto más bajo de la condición humana, estrictamente en el límite entre lo humano y lo animal.⁴ Sin ese inconmensurable esfuerzo filosófico, teológico y «científico» hubiera resultado muy complejo defender y mantener durante varios siglos la trata de esclavos a través del Atlántico, y sin ese despreciable comercio en seres humanos hubiera sido materialmente imposible la emergencia de la Revolución Industrial y del capitalismo occidental, del mundo tal y como lo conocemos hoy día.

Joseph Conrad, en *El corazón de las tinieblas* (1899), condensa cientos de años de política y pensamiento europeos cuando pone en boca de Marlow esta frase para referirse a su tripulación negra: «No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha de que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno. Aullaban, saltaban, se colgaban de las lianas, hacían muecas horribles, pero lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad, igual que la de uno, la idea de aquel remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos».⁵ No obstante esta y muchas otras posibles evidencias textuales, Achebe escandalizó al mundo académico occidental en los años setenta al denunciar que *El corazón de las tinieblas* «exhibe de la manera más vulgar prejuicios e insultos que han hecho sufrir a una parte de la humanidad agonías y atrocidades incontables en el pasado y continúan haciéndolo en muchos lugares y de muchas formas hoy día; [...] una historia en la que se pone en

4. Véase, por ejemplo, la invaluable antología de textos editada por Emmanuel Eze bajo el título *Race and the Enlightenment*, Blackwell, Londres, 1997.

5. Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, trad. Sergio Pitol, Debolsillo, Barcelona, 2003, 2009, p. 91.

cuestión la humanidad misma de los negros». ⁶ Ciertamente, Conrad es capaz de ver mucho más allá de Marlow, y es sin duda lo bastante lúcido como para situar su propia visión del «corazón de las tinieblas» en Bruselas, o como para apreciar la medida en que «toda Europa participó en la educación de Kurtz». ⁷ Pero, como Edward Said argumenta en su brillante ensayo *Cultura e imperialismo* (1993), en tanto que hijo de su tiempo Conrad no es capaz de re-presentar, ni siquiera de imaginar, esa humanidad que Marlow tan renuientemente otorga a los africanos.

Esta es precisamente la hercúlea tarea que acomete en su obra Chinua Achebe, y en particular, como él mismo afirma, en las novelas que sitúa en el pasado, esto es, *Todo se desmorona* y *La flecha del dios* (1964). Frente a la visión de África en el imaginario colectivo occidental como una jungla primitiva poblada por seres inescrutables y salvajes, consagrada en los años dorados de Hollywood por clásicos como *La Reina de África* (1951) o *Mogambo* (1953), Achebe construye un universo *otro* pero reconocible, una sociedad perfectamente estructurada a través de leyes, normas e instituciones sólidas, poblada por individuos a los que, siguiendo las convenciones del realismo literario, podemos reconocer en toda su tridimensionalidad como seres humanos.

Okonkwo, el principal protagonista de *Todo se desmorona*, puede leerse de forma obvia como un «héroe fallido», un arquetipo literario que abarca desde Edipo hasta el propio Kurtz de *El corazón de las tinieblas*. Pero Achebe no se limita a explotar el arquetipo travistiéndolo con un clote y colocándole una lanza en la mano. Percibimos a Okonkwo como un personaje redondo, desde su apariencia física, que se nos

6. «An Image of Africa: Racism in Conrad's *Heart of Darkness*», *op. cit.*, p. 15; la traducción es mía.

7. Joseph Conrad, *op. cit.*, p. 115.

describe en las páginas iniciales de la novela, hasta sus motivaciones psicológicas más íntimas, como el miedo al fracaso; lo vemos interactuar con sus esposas, con sus hijos, con los miembros de su clan, con el mundo espiritual. Y además somos capaces de ver a través de él que su drama personal es inseparable del gran escenario de la colonización europea en el momento del «reparto de África», que siguió a la infame conferencia de Berlín de 1884-1885.

Pero el universo de Achebe no es en blanco y negro, a pesar de que en términos temáticos la confrontación entre Occidente y África sea uno de los ejes centrales de la narrativa en *Todo se desmorona*. Sería, desde perspectivas tanto filosóficas como estéticas, una obra tan fallida como su protagonista si se limitara a celebrar un edénico pasado tribal destrozado por la profunda e ignorante soberbia europea. A Achebe le preocupa más indagar en las condiciones que permitieron y propiciaron la vertiginosa transformación histórica que sufrió el mundo tradicional igbo como consecuencia de la penetración de misioneros cristianos y de administradores británicos en el interior del país desde la segunda mitad del siglo XIX, siguiendo inversamente el curso del Níger. A diferencia de lo que ocurre en *La flecha del dios* en particular, los personajes europeos sí resultan esquemáticos en *Todo se desmorona*. Pero la necesidad urgente de Achebe en 1958, tan solo dos años antes de que Nigeria alcanzara formalmente la independencia del Reino Unido, era la de comprender su propia sociedad, y, muy fanonianamente, la de ayudar a construir los pilares sobre los que asentar una incipiente conciencia nacional.

Desde la absoluta especificidad del mundo igbo, Achebe rastrea los orígenes de la Nigeria poscolonial recreando el recurrente «evento fundacional» del África contemporánea, o quizá cabría decir de toda la experiencia del mundo poscolonial: la repentina irrupción del europeo en un territorio ajeno y su sistemático desmantelamiento de los ecosistemas, las cul-

turas y las sociedades indígenas. Y esa sí que es una experiencia genuinamente universal, tan comprensible para los aborígenes australianos como para los nativos americanos o para todos los africanos, contando también a los pobladores del sudeste asiático: en la época en la que Achebe sitúa esta narrativa, Europa dominaba el ochenta por ciento de la superficie del globo a través de colonias, dominios y protectorados. En la época de su publicación, la era de las descolonizaciones, «los soles de las independencias» alumbraban ya el mundo de punta a punta. Pero solo repensando el pasado, como argumentaba Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra* (1961), era posible en aquel momento imaginar el futuro.

Desafortunadamente, buena parte de ese futuro entonces inminente y preñado de ilusiones se reveló como un gigantesco fallo de la imaginación colectiva: «Plus ça change, plus c'est la même chose». Occidente ha sido incapaz de concebir un África genuinamente independiente, porque sigue necesitando para mantener su estructura socioeconómica de sus recursos naturales y humanos. Por otra parte, sus hombres mímicos, casi siempre elegidos desde las ex metrópolis para dirigir el destino de las nuevas naciones, se transformaron en muchos casos en auténticos monstruos incontrolables que masacraron a sus propios conciudadanos: Mobuto, Bokassa o Macías son algunos ejemplos históricos que extienden su sombra siniestra sobre el personaje del presidente en la hasta ahora última novela de Achebe, *Termiteros de la sabana* (1987), al que su autor retrata como un acabado producto de Sandhurst, la prestigiosa academia militar británica.

La obra de Achebe recorre así en su conjunto el siglo xx de principio a fin, y es testimonio de una parte silenciada de su terrible historia. Pero más allá de esta narrativa diacrónica, lo que le da una coherencia incuestionable al pensamiento de Achebe es su constante reflexión sobre el poder. Si para Hanna Arendt es imperativo recuperar los orígenes etimológicos

de la palabra «autoridad», esto es, *augere*, definida como la capacidad de hacer crecer y de nutrir, Achebe hace de este principio el *leitmotiv* de su obra. Quienes en su momento le criticaron por ser supuestamente insensible a las cuestiones de género no entendieron en absoluto *Todo se desmorona*. Es precisamente la ruptura del equilibrio entre los principios de la «masculinidad» y la «feminidad» lo que condena a un final fatal al personaje central de la novela, no menos que al conjunto de su sociedad.

El ejercicio del poder, si no se conjuga con el de la compasión más profunda, resulta tan destructivo como el sol abrasador del himno compuesto por Ikem, uno de los personajes de *Termiteros de la sabana*, donde este mensaje se explicita claramente en el capítulo titulado «Hijas»: «Al principio de los tiempos, el Poder arrasaba el mundo e iba desnudo. Así que el Todopoderoso, mirando su creación a través del ojo redondo e inmortal del Sol, lo vio y caviló, y finalmente decidió enviar a su hija Idemili para dar testimonio de la naturaleza moral de la autoridad, envolviendo en torno a la ruda cintura del Poder un clote de paz y modestia».⁸ Los «pecados» de Okonkwo, desde golpear a una de sus esposas en la ritual Semana de Paz que precede a la siembra hasta el sacrificio de su hijo adoptivo y, por supuesto, su propio suicidio, son sacrilegios contra Ani, la diosa de la tierra, y por extensión contra el principio femenino. El miedo a no ser considerado lo bastante hombre, como su padre, aboca irredimiblemente a Okonkwo a su trágico destino final.

No obstante, es imposible ignorar la importancia de la incipiente presencia de los blancos en las sociedades indígenas como el factor determinante que conduce a su progresiva desintegración. Irónicamente, el verso de Yeats que Achebe es-

8. Chinua Achebe, *Anthills of the Savannah*, Picador, Londres, 1987, p.102; la traducción es mía.

coge como título de su novela procede del poema «La segunda venida», en el que se lamenta la pérdida de los valores cristianos en Europa. Utilizando «las armas del amo para dismantelar su casa», Achebe explora los devastadores efectos de la llegada del cristianismo a África: la brecha creada entre «las gentes de Dios» y «las gentes del mundo», que es como los conversos se veían a sí mismos y a sus congéneres «paganos», minará los cimientos espirituales de la sociedad tradicional. La implantación de la Administración británica terminará también con las estructuras de poder atávicas, como los consejos de ancianos, imponiendo leyes incomprensibles y castigando repetidamente cualquier intento de resistencia con genocidios como el que en esta novela ocurre en Abame. Eso sí, en la historia oficial británica el proceso se denominará «Pacificación». Con un último gesto de magistral ironía, Achebe hace que el comisario del distrito se plantee la posibilidad de dedicar un párrafo a la historia que él mismo nos acaba de narrar a lo largo de casi doscientas páginas en su *opera magna*, *La pacificación de las tribus primitivas del Bajo Níger*. Por fortuna, la obra de Chinua Achebe, junto con la de otros inmensos artistas e intelectuales africanos, ha contribuido de forma decisiva a una reevaluación de un pasado común que hasta bien entrado el siglo xx solo había sido narrado por los vencedores, confirmando así el *dictum* de Walter Benjamin: «No existe un solo documento de la civilización que no sea al mismo tiempo un testimonio de la barbarie».

Marta Sofía López
Universidad de León

Todo se desmorona

**Dando vueltas y vueltas en su giro creciente
el halcón no puede oír al halconero;
todo se desmorona; el centro no resiste;
se desata en el mundo la absoluta anarquía.**

W. B. YEATS, «La segunda venida»

Primera parte

Okonkwo era muy conocido en las nueve aldeas e incluso más allá. Su fama se apoyaba en sólidos triunfos personales. Cuando tenía dieciocho años había honrado a su aldea derribando a Amalinze el Gato. Amalinze fue un gran luchador que se mantuvo siete años invicto, desde Umuofia hasta Mbaino. Le llamaban «el Gato» porque nunca tocaba el suelo con la espalda. Okonkwo había derribado precisamente a aquel hombre en un combate que todos los ancianos decían que había sido uno de los más encarnizados desde que el fundador de su poblado había luchado con un espíritu del bosque durante siete días y siete noches.

Batían los tambores, cantaban las flautas y contenían el aliento los espectadores. Amalinze tenía astucia y oficio, pero Okonkwo era escurridizo como un pez en el agua. Se le marcaban todos los músculos y los nervios de los brazos, la espalda y los muslos, y casi los oías tensarse, a punto de romperse. Al final Okonkwo derribó al Gato.

Eso había sido muchos años atrás, veinte o más, y durante ese tiempo la fama de Okonkwo había crecido como un incendio en el bosque cuando sopla el harmatán. Era alto y enorme, y las cejas pobladas y la nariz ancha le daban un aire muy severo. Respiraba estruendosamente y decían que sus es-

posas y sus hijos le oían respirar desde sus cabañas cuando dormía. Apenas tocaba el suelo con los talones al caminar y parecía que tuviera muelles en los pies, como si fuera a pegarle a alguien. Y pegaba a la gente con mucha frecuencia. Tartamudeaba un poco, y en cuanto se enfadaba y no conseguía pronunciar las palabras con la suficiente rapidez usaba los puños. No tenía paciencia con los fracasados. No había tenido paciencia con su padre.

Unoka, que así se llamaba su padre, había muerto hacía diez años. En vida había sido perezoso e imprevisor y completamente incapaz de pensar en el futuro. Cuando se encontraba con algo de dinero, que era raras veces, compraba enseguida calabazas de vino de palma, llamaba a los vecinos y lo celebraba. Decía que siempre que miraba la boca de un muerto comprendía que era un disparate no comer lo que tenías mientras estabas vivo. Unoka era un deudor, claro, y debía dinero a todos los vecinos, desde unos cuantos cauris a sumas bastante cuantiosas.

Era alto pero muy flaco y un poco encorvado. Tenía un aspecto triste y ojeroso salvo cuando bebía o tocaba la flauta. Tocaba la flauta muy bien, y sus momentos más felices eran las dos o tres lunas después de la recolección de la cosecha en que los músicos de la aldea descolgaban los instrumentos, que colgaban encima del fuego del hogar. Unoka tocaba con ellos, la cara radiante de paz y beatitud. A veces otra aldea pedía a la banda de Unoka y a sus *egwugwu* danzantes que fueran y se quedaran con ellos y les enseñaran sus melodías. Se pasaban en estos convites hasta tres o cuatro mercados, haciendo música y festejando. A Unoka le gustaba la buena comida y la buena amistad, y le gustaba la estación del año en que habían pasado ya las lluvias y todas las mañanas salía un sol bello y deslumbrante. Y además no hacía aún demasiado calor, porque soplaban del norte el viento harmatán, frío y seco. Algunos años el harmatán era muy fuerte y flotaba en la atmósfera una

niebla densa. Los ancianos y los niños se sentaban entonces alrededor de los fuegos de leña, a calentar el cuerpo. A Unoka le gustaba mucho todo eso, y los primeros milanos reales que volvían con la estación seca, y los niños que les cantaban canciones de bienvenida. Se acordaba de su propia infancia, de las veces que había vagado de un sitio a otro para ver si veía de pronto un milano planeando despacio en el azul del cielo. En cuanto veía uno cantaba con todo su ser, dándole la bienvenida al regreso de su largo, larguísimo viaje y preguntándole si había traído algo de tela.

Aquello había sido años atrás, cuando era joven. Unoka, el adulto, era un fracasado. Era pobre y su esposa y sus hijos no tenían apenas nada que comer. Todos se reían de él porque era un haragán, y juraban que no volverían a prestarle dinero porque nunca lo devolvía. Pero Unoka siempre conseguía, por su forma de ser, que le prestaran más, y acumulaba una deuda tras otra.

Un día fue a verle un vecino que se llamaba Okoye. Él estaba en su cabaña, reclinado en un lecho de barro, tocando la flauta. Se levantó enseguida a estrechar la mano de Okoye, que extendió luego la piel de cabra que llevaba bajo el brazo y se sentó. Unoka entró en un cuarto de su cabaña y volvió a salir enseguida con un pequeño disco de madera en el que había una nuez de cola, un poco de pimienta de cocodrilo y un trozo de tiza blanca.

—Tengo cola —proclamó cuando se sentó, y le pasó el disco al visitante.

—Gracias. Quien trae cola trae vida. Pero creo que deberías abrirla tú —contestó Okoye devolviéndole el disco.

—No, yo creo que te corresponde a ti.

Y estuvieron discutiendo así un poco hasta que Unoka aceptó el honor de abrir la cola. Mientras, Okoye cogió la tiza, trazó unas rayas en el suelo y luego se pintó el dedo gordo del pie. Al abrir la cola, Unoka rezó pidiendo a los

antepasados vida y salud, y protección frente a los enemigos. Después de comer hablaron de muchas cosas: de que con tanta lluvia estaban ahogándose los ñames, de la próxima fiesta ancestral y la guerra inminente con la aldea de Mbaino. A Unoka nunca le gustaba el tema de las guerras. En realidad era un cobarde y no podía soportar la visión de la sangre. Así que cambiaba de conversación; hablaba de música y se ponía radiante. Podía oír en el oído de su mente los intrincados ritmos del *ekwe*, el *udu* y el *ogene* que enardecían la sangre y oía su propia flauta entrelazándose con ellos, adornándolos con una melodía quejumbrosa y colorista. La impresión de conjunto era alegre y viva, pero si seguías la flauta cuando subía y bajaba y luego se cortaba en breves periodos, te dabas cuenta de que había allí pena y aflicción.

Okoye era músico también. Tocaba el *ogene*. Pero no era un fracasado como Unoka. Tenía un granero lleno de ñames y tenía tres esposas. Y ahora iba a asumir el título de Idemili, el tercero en importancia del país. Era una ceremonia muy cara y estaba reuniendo todos sus recursos. Ese era en realidad el motivo de que visitara a Unoka. Carraspeó y dijo:

—Gracias por la cola. Tal vez te hayas enterado del título que pretendo tomar dentro de poco.

Okoye, que había hablado hasta entonces de una forma normal, dijo la siguiente media docena de frases en proverbios. Los igbo valoran muchísimo el arte de la conversación y los proverbios son el aceite de palma con el que se comen las palabras. Okoye era un gran conversador y habló durante mucho rato, bordeando el asunto y abordándolo al fin. En resumen, le pidió a Unoka que le devolviera los doscientos cauris que le había prestado hacía más de dos años. Unoka rompió a reír en cuanto comprendió lo que su amigo pretendía. Se estuvo riendo a carcajadas un buen rato con una risa clara como el *ogene* y con lágrimas en los ojos. Esto desconcertó a

su visitante, que le miraba enmudecido. Por fin Unoka consiguió dar una respuesta entre nuevas risas.

—Mira esa pared —dijo, señalando la pared del fondo de la cabaña, que habían frotado con tierra roja para que brillara—. Mira esas rayas de tiza.

Y Okoye vio grupos de rayas perpendiculares cortas trazadas con tiza. Había cinco grupos, y el grupo más pequeño era de diez rayas. Unoka tenía sentido de lo dramático, así que hizo una pausa; tomó un poquito de rapé, estornudó ruidosamente y luego continuó:

—Cada grupo de rayas representa una deuda, y cada raya son cien cauris. Mira, a ese hombre le debo mil cauris. Pero no ha venido a despertarme por la mañana por ello. Te pagaré, pero no hoy. Dicen nuestros mayores que el sol ha de alumbrar antes a los que están de pie que a los que se arrodillan bajo ellos. Pagaré primero las deudas grandes.

Y tomó otro poquito de rapé, como si aquello fuera a pagar las deudas grandes primero. Okoye enrolló su piel de cabra y se fue.

Unoka murió sin haber obtenido ningún título y cargado de deudas. Así que no tenía nada de extraño que su hijo Okonkwo se avergonzase de él. Por suerte, entre aquella gente se juzgaba a un hombre por sus propios méritos, no por los de su padre. Era evidente que Okonkwo estaba hecho para grandes cosas. Todavía era joven pero ya se había hecho famoso como el mejor luchador de las nueve aldeas. Era un labrador rico, tenía dos graneros llenos de ñames, y acababa de tomar una tercera esposa. Para coronarlo todo, había obtenido dos títulos y había demostrado un valor increíble en dos guerras intertribales. Así que, aunque joven todavía, era ya uno de los hombres más grandes de su tiempo. Entre los suyos se respetaba la edad, pero se reverenciaba el triunfo. Como decían los ancianos, si un niño se lavaba las manos podía comer con reyes. Era evidente que Okon-

kwo se había lavado las manos y por eso comía con los reyes y con los ancianos. Y por eso vino a ser él el que se cuidase del muchacho condenado que sacrificaban a la aldea de Umuofia sus vecinos para evitar la guerra y el derramamiento de sangre. Ese desventurado muchacho se llamaba Ikemefuna.

Okonkwo acababa de apagar la lámpara de aceite de palma y de echarse en su cama de bambú cuando oyó el *ogene* del pregonero taladrando el aire quieto de la noche. Gong, gong, gong, gong, atronaba el metal hueco. Luego el pregonero comunicó el mensaje, y cuando acabó tocó de nuevo el instrumento. Y el mensaje era este: se pedía a todos los hombres de Umuofia que acudieran a la plaza del mercado al día siguiente por la mañana. Okonkwo se preguntó qué pasaría. Había percibido un tono claro de tragedia, y aún podía seguir oyéndolo al ir apagándose en la distancia la voz del pregonero.

La noche era muy tranquila. Siempre lo era salvo que hubiese luna. La oscuridad inspiraba a todos un vago terror, hasta a los más valientes. Se advertía a los niños que no silbaran de noche por miedo a los malos espíritus. Los animales peligrosos se hacían más misteriosos y siniestros aún en la oscuridad. Nunca se llamaba de noche a una culebra por su nombre, porque lo oiría. Se la llamaba cuerda. Así que aquella noche concreta, cuando la voz del pregonero se perdió poco a poco en la distancia, volvió al mundo el silencio, un silencio vibrante, intensificado por el trino universal de los millones y millones de insectos del bosque.

Una noche de luna habría sido distinto. Se habrían oído entonces las voces felices de los niños jugando al aire libre.

Y tal vez los no tan jóvenes jugaran en parejas en lugares más resguardados, y los ancianos y las ancianas recordasen su juventud. Como dicen los igbo: «Cuando brilla la luna, hasta al lisiado le entran ganas de dar un paseo».

Pero aquella noche concreta era oscura y silenciosa. Y en las nueve aldeas de Umuofia un pregonero con su *ogene* pedía a todos los hombres que acudieran al día siguiente por la mañana. Okonkwo intentó adivinar, allí, en su cama de bambú, de qué se trataría... ¿guerra con un clan vecino? Esa parecía la razón más probable, y él no tenía miedo a la guerra. Él era un hombre de acción, un hombre de guerra. Él podía soportar la visión de la sangre, no era como su padre. En la última guerra de Umuofia había sido el primero que había conseguido una cabeza humana. Esa había sido su quinta cabeza, y aún no era un anciano. En las grandes solemnidades, como, por ejemplo, en el funeral de un notable de la aldea, él bebía el vino de palma de su primera cabeza humana.

Por la mañana la plaza del mercado estaba llena. Debía de haber allí unos diez mil hombres, hablando todos en voz baja. Al final, de entre ellos se levantó Ogbuefi Ezeugo, gritó cuatro veces «Umuofia kwenu», mirando en una dirección distinta cada vez, y pareció como si empujara el aire con el puño apretado. Y diez mil hombres contestaron «Yaa!» cada vez. Se hizo luego un silencio perfecto. Ogbuefi Ezeugo era un gran orador y le elegían siempre para hablar en estos casos. Se pasó la mano por la cabeza canosa y se acarició la barba blanca. Luego se ajustó la túnica, que se pasaba por debajo de la axila derecha y que llevaba atada sobre el hombro izquierdo.

—*Umuofia kwenu*—bramó por quinta vez, y la multitud respondió con un grito. Y luego estiró de pronto la mano derecha como un poseso señalando hacia Mbaino y dijo con los dientes de un blanco relumbrante firmemente apretados—: Esos hijos de animales salvajes se han atrevido a asesinar a una hija de Umuofia.

Bajó la cabeza bruscamente, rechinó los dientes y dejó que un murmullo de cólera contenida recorriese la multitud. Cuando volvió a hablar, la cólera había desaparecido de su rostro y rondaba en su lugar un tipo de sonrisa más terrible y siniestra que la cólera. Y explicó a Umuofia con una voz clara e impasible cómo su hija había ido al mercado de Mbaino y la habían matado. Aquella mujer, dijo Ezeugo, era la esposa de Ogbuefi Udo, y señaló a un hombre que estaba sentado a su lado con la cabeza baja. La multitud entonces gritó enfurecida y sedienta de sangre.

Hablaron muchos otros y al final se decidió seguir la forma habitual de actuación. Se envió inmediatamente un ultimátum a Mbaino pidiéndoles que eligieran entre guerra, por un lado, o la entrega de un muchacho y una virgen como compensación, por otro.

Umuofia era temida por todos sus vecinos. Era poderosa en la guerra y en hechicería, y en toda la zona circundante temían a sus sacerdotes y hechiceros. Su hechizo de guerra más potente era tan antiguo como el propio clan. Nadie sabía exactamente cuánto. Pero había una cosa en la que todos estaban de acuerdo: el principio activo de aquella hechicería había sido una anciana con una sola pierna. En realidad, la hechicería misma se llamaba *agadi-nwayi*, o anciana. Tenía su santuario en el centro de Umuofia, en un espacio despejado. Y si alguien era tan temerario como para pasar por delante del santuario después de oscurecer, no había duda de que vería a la anciana cojeando por allí.

Y por eso los clanes vecinos, que, como es natural, sabían estas cosas, temían a Umuofia y no iban a la guerra contra ella sin intentar primero un arreglo pacífico. Y habría que decir, para hacer justicia a Umuofia, que ella nunca iba a la guerra si no tenía un motivo justo y claro y que aceptase que lo era su oráculo, el oráculo de las colinas y de las cuevas. Y había habido ocasiones concretas en que el oráculo había prohibido a

Umuofia iniciar una guerra. Si el clan hubiese desobedecido al oráculo, habrían sido derrotados seguro, porque su temida *agadi-nwayi* nunca habría luchado en lo que los igbo llaman una «lucha culpable».

Pero la guerra que amenazaba ahora era una guerra justa. Hasta el clan enemigo lo sabía. Por eso cuando Okonkwo de Umuofia llegó a Mbaino como el orgulloso e imperioso emisario de la guerra, le trataron con mucha consideración y respeto, y dos días después volvió a casa con un muchacho de quince años y una joven virgen. El muchacho se llamaba Ikemefuna, y todavía hoy se sigue contando en Umuofia su triste historia.

Los ancianos, o *ndichie*, se reunieron a escuchar el informe de la misión de Okonkwo. Al final decidieron, como sabía todo el mundo que harían, que la joven fuera para Ogbuefi Udo, en lugar de la esposa asesinada. En cuanto al muchacho, pertenecía a todo el clan y no había prisa por decidir sobre su destino. Por eso pidieron a Okonkwo que se cuidase de él mientras tanto en nombre del clan. Y así Ikemefuna vivió en casa de Okonkwo durante tres años.

Okonkwo regía su casa con mano dura. Sus esposas, sobre todo las más jóvenes, vivían con un temor constante a su carácter irascible, y lo mismo les sucedía a los hijos pequeños. Quizá Okonkwo no fuera un hombre cruel en el fondo de su corazón. Pero toda su vida había estado dominada por el miedo, el miedo al fracaso y a la debilidad. Era más profundo y más íntimo que el miedo a los dioses malignos e imprevisibles y a la magia, el miedo al bosque y a las fuerzas naturales, malévolas, de garras y dientes crueles. El miedo de Okonkwo era mayor que esos otros miedos. No era un miedo externo, sino que estaba arraigado en su interior. Era miedo a sí mismo, a que se descubriera que se parecía a su padre. El fracaso y la debilidad de su padre le habían hecho sufrir ya desde pequeño, y

todavía recordaba cuánto le había dolido que un compañero de juegos le dijera que su padre era *agbala*. Precisamente fue así como se enteró de que *agbala* no era solo otra palabra para decir «mujer», sino que también podía significar «hombre que no ha tomado ningún título». Así que Okonkwo estaba dominado por una pasión: detestar todas las cosas que le habían gustado a su padre, Unoka. Una de esas cosas era la amabilidad y otra la ociosidad.

Durante la estación de la siembra, Okonkwo trabajaba todos los días en los campos, desde el canto del gallo hasta que las gallinas volvían al gallinero. Era un hombre muy fuerte y casi nunca se sentía cansado. Pero sus esposas y sus hijos pequeños no eran tan fuertes como él, y sufrían. Pero no se atrevían a quejarse abiertamente. Nwoye, el primogénito de Okonkwo, tenía por entonces doce años y su padre estaba muy preocupado por su incipiente holgazanería. Eso al menos le parecía a su padre, que procuraba corregirle pegándole y riñéndole constantemente. Así que Nwoye se estaba convirtiendo en un niño triste.

La casa de Okonkwo mostraba claramente su prosperidad. Tenía un recinto grande rodeado por un ancho muro de tierra roja. Su propia cabaña u *obi* se alzaba a la entrada misma de la única puerta de los muros rojos. Sus tres esposas tenían una cabaña cada una, y formaban juntas las tres una media luna detrás del *obi*. El granero estaba adosado a un extremo de los muros rojos y destacaban en él grandes montones de ñames. En el extremo opuesto del recinto había un cobertizo para las cabras, y cada esposa había construido un pequeño añadido a su cabaña para las gallinas. Cerca del granero había una casita, como un pequeño santuario, donde Okonkwo guardaba los símbolos de madera de su dios personal y de sus espíritus ancestrales. Les rendía culto con ofrendas de nuez de cola, comida y vino de palma, y les rezaba por él y por sus tres esposas y sus ocho hijos.

Así que cuando mataron a aquella hija de Umuofia en Mbaino, Ikemefuna fue a vivir a casa de Okonkwo. Cuando Okonkwo le llevó a casa ese día, llamó a su primera esposa y se lo entregó.

—Pertenece al clan —le dijo—, así que cuida de él.

—¿Se quedará mucho tiempo con nosotros? —preguntó ella.

—Haz lo que te he dicho, mujer —atronó Okonkwo, y tartamudeó—: ¿Desde cuándo eres tú uno de los *ndichie* de Umuofia?

Así que la madre de Nwoye llevó a Ikemefuna a su cabaña y no hizo más preguntas.

En cuanto al muchacho, estaba muerto de miedo. No entendía lo que le estaba pasando ni qué habría podido hacer él. No tenía ni idea de que su padre había participado en el asesinato de una hija de Umuofia. Él solo sabía que habían llegado unos hombres a su casa, habían conversado en voz baja con su padre y que luego, al final, se lo habían llevado a él y le habían entregado a un extraño. Su madre lloraba amargamente, pero él estaba demasiado sorprendido para llorar. Y luego el desconocido les había llevado, a él y a una muchacha, lejos, muy lejos de su casa, por senderos solitarios del bosque. A la muchacha no la conocía y no volvió a verla nunca más.

Okonkwo no tuvo un comienzo en la vida como el que solían tener muchos otros jóvenes. No heredó graneros de su padre. No había ninguno que heredar. En Umuofia se contaba la historia de cómo su padre, Unoka, había ido a consultar al oráculo de las colinas y las cuevas para saber por qué tenía siempre malas cosechas.

El oráculo se llamaba Agbala, e iba gente de todas partes a consultarle. Iban cuando la desgracia les seguía los pasos o cuando tenían algún problema con los vecinos. Iban para saber lo que les reservaba el futuro o para consultar a los espíritus de sus padres difuntos.

La entrada al santuario era un agujero redondo en la ladera de una colina, poco mayor que la entrada redonda de un gallinero. Los devotos y los que iban a consultar al dios entraban a rastras por el agujero y se encontraban en un espacio oscuro inmenso ante la presencia de Agbala. Nadie había visto jamás a Agbala, solo su sacerdotisa lo veía. Pero todos los que se habían arrastrado hasta el interior de su sobrecogedor santuario habían salido de allí aterrados por su poder. La sacerdotisa estaba junto al fuego sagrado que encendía en el centro de la cueva y proclamaba la voluntad del dios. El fuego no ardía con llama. Las brasas ardientes solo servían para iluminar vagamente la figura sombría de la sacerdotisa.

A veces llegaba un hombre a consultar al espíritu de su padre o de un pariente muerto. Decían que cuando aparecía el espíritu, el hombre lo veía vagamente en la oscuridad, pero que nunca oía su voz. Algunos llegaban a decir que habían oído a los espíritus volando y batiendo las alas contra el techo de la cueva.

Muchos años atrás, cuando Okonkwo era niño, su padre Unoka había ido a consultar a Agbala. La sacerdotisa era entonces una mujer llamada Chika. Estaba llena del poder de su dios y era muy temida. Unoka se presentó ante ella y empezó a contar su historia.

—Todos los años —le dijo con tristeza—, antes de sembrar nada en la tierra, sacrifico un gallo a Ani, la dueña de toda la tierra. Esa es la ley de nuestros padres. Sacrifico también un gallo en el santuario de Ifejioku, dios de los ñames. Arranco la maleza y la quemo cuando está seca. Siembro los ñames después de la primera lluvia, planto las varas en cuanto aparecen los bejucos tiernos. Escardo malas hierbas...

—¡Guarda silencio! —gritó la sacerdotisa, con una voz terrible que retumbó en aquella hueca oscuridad—. No has ofendido ni a los dioses ni a tus padres. Y cuando un hombre está en paz con sus dioses y sus antepasados, su cosecha será buena o mala según sea la fuerza de su brazo. Tú, Unoka, eres famoso en todo el clan por la debilidad de tu machete y de tu azada. Mientras tus vecinos salen con sus hachas a talar bosques vírgenes, tú siembras tus ñames en tierras agotadas fáciles de limpiar. Ellos cruzan siete ríos para preparar un campo, tú te quedas en casa y ofreces sacrificios a un suelo renuente. Vuelve a casa y trabaja como un hombre.

Unoka era un hombre que tenía mala estrella. Tenía un *chi* o dios personal malo, y le persiguió la mala suerte hasta la sepultura, o mejor dicho hasta la muerte, porque no tuvo sepultura. Murió de la hinchazón, que era algo que la diosa de la tierra aborrecía. Cuando un hombre estaba aquejado de hin-

chazón de vientre y de extremidades no se le permitía morir en casa. Le llevaban al Bosque Maligno y le dejaban morir allí. Se contaba la historia de un hombre muy testarudo que había vuelto tambaleante a casa y habían tenido que llevarle otra vez al bosque y atarle a un árbol. La enfermedad era algo que la tierra aborrecía, y por eso no podían enterrar a las víctimas de ella en sus entrañas. Morían y se pudrían sobre la tierra, y no se les hacía ni el primero ni el segundo entierro. Ese fue el destino de Unoka. Cuando le llevaron allí, se llevó con él la flauta.

Con un padre como Unoka, Okonkwo no tuvo el comienzo en la vida que tenían muchos jóvenes. No heredó ni un granero ni un título, ni una esposa joven siquiera. Pero, a pesar de estos inconvenientes, ya había empezado en vida de su padre a echar los cimientos de un próspero futuro. Fue un proceso lento y laborioso. Pero se entregó a ello como un poseso. Y la verdad es que estaba poseído por el miedo a la vida indigna y a la muerte deshonrosa de su padre.

Había un hombre rico en la aldea de Okonkwo que tenía tres graneros inmensos, nueve esposas y treinta hijos. Se llamaba Nwakibie y había conseguido el segundo título más alto que podía conseguir un hombre en el clan. Y para este hombre trabajó Okonkwo para conseguir sus primeros ñames de siembra.

Le llevó a Nwakibie un cántaro de vino de palma y un gallo. Se avisó a dos vecinos mayores y estaban también presentes en el *obi* dos hijos adultos de Nwakibie. Él llevó como regalo una nuez de cola y pimienta de cocodrilo, que se pasó para que todos lo vieran y se le devolvió luego. Abrió la nuez, diciendo:

—Por que vivamos todos. Pedimos vida, hijos, una buena cosecha y felicidad. Vosotros tendréis lo que es bueno para

vosotros y yo lo que es bueno para mí. Que el milano real tenga donde posarse y que también lo tenga el águila. Si uno dice no al otro, que se le quiebre el ala.

Comieron la nuez de cola y Okonkwo sacó el vino de palma que había dejado en un rincón de la cabaña y lo colocó en medio de todos. Se dirigió luego a Nwakibie, llamándole «Padre nuestro».

—*Nna ayi* —le dijo—. Te he traído esta pequeña cola. Tal como dice nuestra gente, el que honra al grande prepara el camino de su propia grandeza. He venido a presentarte mis respetos y también a pedirte un favor. Pero bebamos antes el vino.

Todos dieron las gracias a Okonkwo y los vecinos sacaron sus cuernos de beber de las bolsas de piel de cabra que llevaban. Nwakibie descolgó el suyo, que estaba colgado de una viga. El más joven de sus hijos, que era también el más joven del grupo, se colocó en el centro, alzó la vasija y la apoyó en la rodilla izquierda y empezó a servir vino. Sirvió primero a Okonkwo, que debía probar su vino antes que nadie. Luego bebieron todos, empezando por el más anciano. Bebieron dos o tres cuernos cada uno y Nwakibie mandó llamar a sus esposas. Algunas no estaban en casa y solo se presentaron cuatro.

—¿Anasi no está? —les preguntó.

Le dijeron que venía de camino. Anasi era la primera esposa y las otras no podían beber antes que ella, así que tuvieron que esperar.

Anasi era una mujer de mediana edad, alta y corpulenta. Había autoridad en su porte y daba toda la impresión de ser la jefa de las mujeres de una familia numerosa y próspera. Llevaba la ajorca de los títulos de su marido, que solo podía llevar la primera esposa.

Se acercó a su marido y aceptó el cuerno que él le ofrecía. Luego hincó una rodilla en tierra, bebió un poco y devolvió el cuerno. Se levantó, le llamó por su nombre y volvió a su caba-

ña. Las otras esposas bebieron de la misma manera, en el orden correspondiente, y luego se fueron.

Los hombres siguieron bebiendo y hablando. Ogbuefi Idigo habló del sangrador de vino de palma, Obiako, que había dejado el oficio inesperadamente.

—Tiene que haber alguna razón oculta —dijo, limpiándose la espuma del vino del bigote con el dorso de la mano izquierda—. Tiene que haber alguna razón. Un sapo no corre de día sin que haya una razón.

—Hay quien dice que le advirtió el oráculo que caería de una palmera y se mataría —dijo Akukalia.

—Obiako siempre ha sido raro —dijo Nwakibie—. Me han contado que hace años, poco después de la muerte de su padre, fue a consultar al oráculo. Y que el oráculo le dijo: «Tu padre muerto quiere que le sacrifiques una cabra». ¿Y sabéis qué contestó él? Le dijo al oráculo: «Pregúntale a mi padre muerto si tuvo una gallina siquiera alguna vez, cuando estaba vivo».

Todos se rieron cordialmente menos Okonkwo, que se rió a disgusto porque, como dice el refrán, una vieja siempre se siente incómoda cuando se mencionan huesos secos en un proverbio. Okonkwo se acordaba de su padre.

Por último el joven que servía el vino alzó medio cuerno de posos blanquecinos y espesos y dijo:

—Lo que estamos tomando se acabó.

—Ya lo vemos —contestaron los otros.

—¿Quién beberá las heces? —preguntó él.

—El que tenga un trabajo entre manos —contestó Idigo, mirando al hijo mayor de Nwakibie, Igwelo, con un guiño pícaro.

Todos coincidieron en que debía beber las heces Igwelo, que aceptó el medio cuerno que le ofreció su hermano y lo bebió. Igwelo tenía un asunto entre manos, como había dicho Idigo, porque se había casado con su primera esposa hacía

uno o dos meses. Creían que las densas heces de vino de palma eran buenas para los hombres que tenían que dedicarse a sus esposas.

Una vez acabado el vino, Okonkwo expuso a Nwakibie sus problemas.

—He venido a pedirte ayuda —le dijo—. Quizá supongas de qué se trata. He limpiado un campo pero no tengo ñames que plantar. Sé lo que es pedir a un hombre que confíe sus ñames a otro, sobre todo en estos tiempos en que a los jóvenes les asusta el trabajo duro. A mí no me asusta. «Si nadie me alaba, ya me alabo yo», dijo el lagarto que saltó del gran árbol iroko. Empecé a defenderme solo a una edad en que la mayoría aún maman del pecho de su madre. Si me das unos ñames de siembra, no te fallaré.

Nwakibie carraspeó.

—Me place ver a un joven como tú en estos tiempos en que nuestra juventud se ha vuelto tan floja. Han venido a pedirme ñames muchos jóvenes, pero se los he negado porque sabía que no harían más que dejarlos en la tierra para que los ahogaran las malas hierbas. Cuando les digo que no, piensan que soy duro de corazón. Pero no es así. El pájaro Eneke dice que, del mismo modo que los hombres han aprendido a disparar sin errar nunca el tiro, él ha aprendido a volar sin posarse. Yo he aprendido a ser tacaño con los ñames. Pero puedo confiar en ti. Lo sé solo con mirarte. Como decían nuestros padres, puedes saber perfectamente si el maíz está maduro solo con verlo. Te daré dos veces cuatrocientos ñames. Adelante, prepara tu campo.

Okonkwo le dio las gracias varias veces y se fue a casa muy contento. Sabía que Nwakibie no se negaría a ayudarle, pero no esperaba que fuera tan generoso. No había contado con más de cuatrocientas semillas. Tendría que ensanchar el campo. Esperaba conseguir otros cuatrocientos ñames de un amigo de su padre de Isiuzo.

La aparcería era una forma muy lenta de hacerse con un granero propio. Solo conseguías una tercera parte de la cosecha después de hacer tú solo todo el trabajo. Pero a un joven cuyo padre no tenía ñames no le quedaba otra salida. Y en el caso de Okonkwo resultaba todo aún más difícil por el hecho de que tenía que mantener a su madre y a dos hermanas con su magra cosecha. Y mantener a su madre significaba mantener también a su padre. No se podía pretender que cocinara y comiera mientras su marido se moría de hambre. Así que Okonkwo, desde muy joven, cuando luchaba con todas sus fuerzas para conseguir un granero propio trabajando como aparcerero, mantenía también la casa de su padre. Era como echar granos de maíz en un saco lleno de agujeros. Su madre y sus hermanas trabajaban bastante, pero cultivaban plantas de mujeres, como malanga, frijoles y mandioca. El ñame, rey de los cultivos, era cultivo de hombres.

Nadie recordaba un año peor que aquel en el que Okonkwo recibió ochocientos ñames de siembra de Nwakibie. Todo vino a destiempo, o demasiado pronto o demasiado tarde. Era como si el mundo se hubiera vuelto loco. Se retrasaron las primeras lluvias, y cuando llegaron no duraron casi nada. Volvió el sol abrasador, más fuerte que nunca, y agostó todo lo que había brotado con las lluvias. La tierra ardía como brasas, y quemó todos los ñames que estaban sembrados. Okonkwo había empezado a sembrar con las primeras lluvias, como todos los buenos labradores. Había sembrado cuatrocientos ñames en cuanto había dejado de llover y había vuelto el calor. Se pasaba los días buscando señales de nubes en el cielo y las noches en vela. Por la mañana volvía al campo y veía cómo se iban agostando los bejucos. Había intentado protegerlos de la tierra ardiente poniéndoles alrededor aros de gruesas hojas de sisal. Pero al final del día los aros de sisal estaban completa-

mente pardos y resecos. Iba a cambiarlos todos los días y rezaba para que lloviese todas las noches. Pero la sequía duró ocho mercados y los ñames murieron.

Algunos labradores no habían plantado aún sus ñames. Eran los holgazanes y despreocupados que aplazaban siempre todo lo posible iniciar los trabajos. Ese año eran ellos los sensatos. Consolaban a los vecinos con mucho cabeceo, pero en el fondo estaban satisfechos por lo que pensaban que era previsión suya.

Okonkwo plantó lo que quedaba de sus ñames de siembra cuando por fin volvieron las lluvias. Tenía un motivo de consuelo. Los ñames que había sembrado antes de la sequía eran los suyos, los de la cosecha del año anterior. Aún le quedaban los ochocientos de Nwakibie y los cuatrocientos de aquel amigo de su padre. Así que iba a empezar de nuevo.

Pero el año se había vuelto loco. Jamás había llovido tanto como llovió. Llovió noche y día en furiosos torrentes y el agua arrastró los montones de los ñames. Arrancó de raíz además muchos árboles, abrió barrancas hondas por todas partes. Luego la lluvia se hizo menos violenta. Pero siguió lloviendo sin pausa, día tras día. No llegó ese periodo de sol que hay siempre en mitad de la estación de las lluvias. Los ñames echaron unas hojas verdes espléndidas, pero todos los labradores sabían que sin sol los tubérculos no crecerían.

Aquel año la recolección fue triste como un funeral y muchos labradores lloraban mientras sacaban de la tierra unos ñames raquíuticos, podridos. Un hombre ató la tela de su túnica a la rama de un árbol y se ahorcó.

Okonkwo recordaría aquel año trágico con un escalofrío el resto de su vida. Cuando pensaba en ello después, siempre le sorprendía que no se hubiese hundido bajo el peso de la desesperación. Sabía que era un luchador infatigable, pero aquel había sido un año como para partir el corazón de un león.

—Si sobreviví a aquel año —decía siempre—, sobreviviré a lo que sea.

Lo atribuía a su voluntad inflexible.

Su padre, Unoka, que era entonces un hombre enfermo, le había dicho durante aquel mes terrible de la recolección:

—No desesperes. Sé que no desesperarás. Tienes un corazón valiente y orgulloso. Un corazón orgulloso puede superar un fracaso general porque un fracaso así no afecta a su orgullo. Es más duro y más amargo cuando un hombre fracasa solo.

Unoka era así en sus últimos días. Con la edad y con la enfermedad le gustaba todavía más la charla. A Okonkwo le costaba mucho trabajo ser paciente.

—Cuando se mira la boca de un rey —dijo un anciano—, nadie diría que ha mamado alguna vez del pecho de su madre.

Se refería a Okonkwo, que había ascendido muy deprisa de una situación de gran pobreza y desventura a ser uno de los señores del clan. El anciano no le guardaba ningún rencor a Okonkwo por eso. Le respetaba, más bien, por su laboriosidad y por su éxito. Pero le impresionaba, como a la mayoría, la brusquedad con que Okonkwo trataba a los hombres que tenían menos éxito. Hacía tan solo una semana un hombre le había llevado la contraria en una reunión que celebraban los parientes para hablar de la próxima fiesta de los antepasados. Okonkwo había dicho sin mirarle: «Esta reunión es para hombres». El individuo que le había replicado no tenía ningún título. Por eso le había llamado mujer. Okonkwo sabía cómo matarle a un hombre el espíritu.

Todos los que participaban en la reunión se pusieron de parte de Osugo cuando Okonkwo le llamó mujer. El más anciano dijo severamente que aquellos a quienes un espíritu benévolo les abre los frutos de la palma no deberían olvidar que es necesario ser humildes. Okonkwo dijo entonces que lamentaba lo que había dicho y la reunión continuó.

Pero la verdad es que no era cierto que a Okonkwo le hubiese abierto los frutos de la palma un espíritu benévolo. Se

los había abierto él. Nadie que conociese su lucha encarnizada contra la pobreza y la desgracia podía decir que había tenido suerte. Si había habido alguna vez un hombre que mereciese el éxito, ese hombre era Okonkwo. Había conseguido hacerse famoso a muy temprana edad como el luchador más grande de todo el país. Eso no era suerte. Podría decirse a lo sumo que tenía un buen *chi*, un buen dios personal. Pero como dice un proverbio igbo: «Cuando un hombre dice sí, su *chi* dice sí también». Okonkwo decía sí con mucha fuerza; por eso su *chi* lo decía también. Y no solo su *chi*, sino también su clan, porque juzgaba a un hombre por el trabajo de sus manos. Por eso las nueve aldeas eligieron a Okonkwo para llevar un mensaje de guerra a sus enemigos si no accedían a entregar a un joven y a una virgen como compensación por la muerte de la esposa de Udo. Y el miedo que tenían a Umuofia sus enemigos era tan grande que trataron a Okonkwo como a un rey y le dieron una virgen que fue entregada a Udo como esposa y al chico, a Ikemefuna.

Los ancianos del clan habían decidido que Ikemefuna se quedara al cuidado de Okonkwo una temporada. Pero nadie pensó que el asunto se prolongaría tres años. Parecía que todos se hubiesen olvidado del muchacho después de tomar aquella decisión.

Ikemefuna tenía mucho miedo al principio. Intentó escapar varias veces, pero no sabía qué camino seguir. Lloraba amargamente pensando en su madre y en su hermanita de tres años. La madre de Nwoye era muy buena con él y le trataba como a uno de sus hijos. Pero él no hacía más que decir: «¿Cuándo volveré a casa?». Al enterarse Okonkwo de que no comía nada, entró en la cabaña con un palo grande en la mano y se plantó delante de él hasta que se tragó los ñames, temblando. Luego se fue enseguida detrás de la cabaña y empezó a vomitar trabajosamente. La madre de Nwoye fue con él y le puso las manos en el pecho y en la espalda. Estuvo enfermo

durante tres semanas de mercado, y cuando se recuperó parecía que había superado aquel gran miedo y la tristeza.

Era un chico muy alegre por naturaleza y acabaron tomándole todos mucho cariño, sobre todo los niños. Nwoye, el hijo de Okonkwo, dos años menor, se hizo completamente inseparable de él porque él parecía saberlo todo. Sabía hacer flautas con tallos de bambú y hasta con hierba de elefante. Sabía los nombres de todos los pájaros y ponía trampas muy ingeniosas para los pequeños roedores del bosque. Y sabía de qué árboles se podían hacer los arcos más fuertes.

Hasta Okonkwo acabó tomándole mucho cariño al chico; aunque no lo demostraba, claro. Okonkwo nunca mostraba ninguna emoción abiertamente, salvo la cólera. Demostrar afecto era una señal de debilidad; lo único digno de mostrarse era la fuerza. Así que trataba a Ikemefuna como a todos los demás: con mano dura. Pero era indudable que el muchacho le agradaba. A veces cuando iba a las grandes asambleas de la aldea o a las fiestas comunales de los antepasados permitía que Ikemefuna le acompañara, como un hijo, para llevarle el taburete y la bolsa de piel de cabra. Y, de hecho, Ikemefuna le llamaba padre.

Ikemefuna llegó a Umuofia al final del periodo de descanso entre la recolección y la siembra. Se recuperó concretamente de su enfermedad solo unos días antes de que empezara la Semana de Paz. Y aquel fue también el año que Okonkwo violó la paz y que el sacerdote de la diosa de la tierra, Ezeani, le castigó según la costumbre.

La esposa más joven de Okonkwo provocó su cólera justificada porque fue a trenzarse el pelo a casa de una amiga y no regresó a tiempo de hacerle la comida de la tarde. Okonkwo no sabía al principio que ella había salido. Esperó en vano por el plato y al final fue hasta su cabaña a ver qué

estaba haciendo. En la cabaña no había nadie y el fuego estaba frío.

—¿Dónde está Ojiugo? —le preguntó a su segunda esposa, que salió de su cabaña a coger agua de una vasija gigantesca que había en medio del recinto a la sombra de un arbolito.

—Ha ido a trenzarse el pelo.

Okonkwo sintió crecer en su interior la cólera y se mordió los labios.

—¿Dónde están sus hijos? ¿Se los ha llevado? —preguntó con una frialdad y un control de sí mismo excepcionales.

—Están aquí —le contestó su primera esposa, la madre de Nwoye.

Okonkwo se agachó y miró dentro de la cabaña. Los hijos de Ojiugo estaban comiendo con los hijos de su primera esposa.

—¿Te pidió ella antes de irse que les dieras de comer?

—Sí —mintió la madre de Nwoye, tratando de quitar importancia a la despreocupación de Ojiugo.

Okonkwo se dio cuenta de que no le decía la verdad. Volvió a su *obi* a esperar a que regresara Ojiugo. Y cuando regresó le dio una gran paliza. Cegado por la cólera, olvidó que estaban en la Semana de Paz. Sus dos primeras esposas salieron corriendo muy asustadas a rogarle que la dejara, que estaban en la semana santa. Pero Okonkwo no era hombre que dejase de pegar a alguien en mitad de una zurra, ni siquiera por miedo a una diosa.

Los vecinos oyeron llorar a la esposa y elevaron sus voces por encima de los muros del recinto preguntando qué era lo que pasaba. Algunos de ellos se asomaron a verlo por sí mismos. Era inaudito que se pegara a alguien durante la semana santa.

Ezeani, que era el sacerdote de Ani, la diosa de la tierra, fue a ver a Okonkwo a su *obi* antes de oscurecer. Okonkwo sacó nuez de cola y se la puso delante al sacerdote.

—Llévate tu nuez de cola. No comeré en la casa de un hombre que no demuestra ningún respeto a nuestros dioses y a nuestros antepasados.

Okonkwo intentó explicarle lo que había hecho su esposa, pero Ezeani parecía no hacerle ningún caso. Llevaba en la mano un bastón corto con el que daba golpes en el suelo para ratificar lo que decía.

—Escúchame —le dijo, en cuanto terminó de hablar—. Tú no eres un forastero en Umuofia. Sabes igual que yo que nuestros antepasados decretaron que antes de sembrar la tierra tiene que haber una semana en que ningún hombre le diga ni una sola palabra dura a su vecino. Esa semana vivimos en paz con nuestro prójimo para honrar a la gran diosa de la tierra, sin cuya bendición nuestros cultivos no crecerán. Has hecho un gran mal.

Y dio un golpe fuerte en el suelo con el bastón.

—Tu esposa era culpable, pero aunque entraras en tu *obi* y la encontraras con el amante encima, habrías hecho un gran mal dándole una paliza.

Golpeó otra vez el suelo con el bastón.

—El mal que has hecho puede traer la perdición a todo el clan. La diosa de la tierra a quien has ofendido podría negarse a darnos sus dones, y moriríamos todos.

Su tono colérico se hizo entonces imperativo.

—Mañana llevarás al altar de Ani una cabra, una gallina, una pieza de tela y cien cauris.

Y se levantó y salió de la cabaña.

Okonkwo hizo lo que le había ordenado el sacerdote. Llevó también un cántaro de vino de palma. Estaba arrepentido en su interior. Pero él no era de los que les va explicando a los vecinos que se ha equivocado. Y por eso decía la gente que no respetaba a los dioses del clan. Sus enemigos decían que la buena suerte se le había subido a la cabeza. Decían que era igual que el pajarito *nza* que, después de comer mucho, perdió el control hasta el extremo de desafiar a su *chi*.

Durante la Semana de Paz no se hacía ningún trabajo. Se juntaban todos los vecinos y bebían vino de palma. Aquel año solo hablaban del *nso-ani* que había cometido Okonkwo. Era la primera vez en muchos años que un hombre violaba la paz sagrada. Los más ancianos solo recordaban uno o dos casos como aquel en algún punto del brumoso pasado.

Ogbuefi Ezeudu, que era el más viejo de la aldea, explicó a otros dos hombres que habían ido a visitarle que el castigo por quebrantar la Paz de Ani había acabado siendo muy liviano en su clan.

—No siempre ha sido así —les dijo—. Mi padre me contó que, según le habían contado a él, antiguamente al hombre que violaba la paz le arrastraban por toda la aldea hasta que se moría. Pero al cabo de un tiempo se abandonó la costumbre porque enturbiaba aquella misma paz que quería mantener.

—Ayer me contaron que en algunos clanes se considera nefasto que un hombre muera en la Semana de Paz.

—Es verdad, sí —dijo Ogbuefi Ezeudu—. En Obodoani tienen esa costumbre. Si muere un hombre, entonces no le entierran, le abandonan en el Bosque Maligno. Es una mala costumbre que sigue esa gente porque no tienen juicio. Tiran a muchos hombres y mujeres sin darles sepultura. ¿Y qué ganan con eso? Tener el clan lleno de los malos espíritus de todos esos muertos insepultos, deseando siempre hacer daño a los vivos.

Después de la Semana de Paz empezaron todos a limpiar el monte para hacer nuevos campos. Dejaron secar la maleza cortada y luego la quemaron. En cuanto se alzó el humo en el cielo aparecieron milanos reales de diferentes direcciones y se cernieron sobre la tierra en llamas en silenciosa despedida. Se acercaba la estación de las lluvias y ellos se irían hasta que volviese la estación seca.

Okonkwo pasó los días siguientes preparando sus ñames de siembra. Examinaba con mucho cuidado cada ñame para ver si era bueno para la siembra. A veces decidía que uno era demasiado grande y lo partía con mucha habilidad a todo lo largo con su afilado cuchillo. Su hijo mayor, Nwoye, e Ike-mefuna le ayudaban llevando los ñames en unos cestos alargados desde el granero y contando los preparados ya para la siembra formando grupos de cuatrocientos. A veces Okonkwo les daba unos cuantos ñames a cada uno para que los prepararan ellos. Pero siempre encontraba fallos en su tarea y se lo decía amenazando mucho.

—¿Es que crees que estás cortando ñames para cocinar? —le decía a Nwoye—. Si partes otro ñame de este tamaño, te rompo la mandíbula. Es que crees que aún eres un niño. A tu edad empecé yo a cultivar por mi cuenta. Y tú —le dijo a Ike-mefuna—, ¿es que no cultiváis ñames en ese sitio del que tú eres?

Okonkwo sabía en el fondo que los chicos eran aún demasiado pequeños para entender del todo el difícil arte de preparar los ñames para la siembra. Pero creía que nunca era demasiado pronto para empezar. El ñame representaba la virilidad y el que era capaz de alimentar a su familia con ñames cosecha tras cosecha era un hombre grande de verdad. Okonkwo quería que su hijo fuera un gran labrador y un gran hombre. Extirparía los inquietantes signos de pereza que creía advertir ya en él.

—No quiero tener un hijo que no pueda mantener la cabeza bien alta en las asambleas del clan. ¡Y si sigues mirándome así —juró—, Amadiora va a romperte la cabeza!

Unos días después, cuando dos o tres aguaceros humedecieron bien la tierra, Okonkwo y su familia fueron a su campo con cestos de ñames de siembra, azadas y machetes y empezaron la siembra. Fueron haciendo los montones de tierra en líneas rectas por todo el campo y sembrando los ñames en ellos.

El ñame, el rey de los cultivos, era un rey muy exigente. Obligaba a trabajar de firme durante tres o cuatro lunas y a prestarle una atención constante desde que canta el gallo hasta que las gallinas vuelven al gallinero. Cuando brotaban los bejucos tiernos los protegían del calor de la tierra con aros de hojas de pita. Cuando empezaba a llover ya con más intensidad, las mujeres plantaban maíz, melones y frijoles entre los montones de tierra de los ñames. Luego había que empalar los ñames, primero con varas pequeñas y luego ya con ramas de los árboles, altas y grandes. Las mujeres tenían que escardar tres veces en periodos concretos del crecimiento de los ñames, ni antes ni después.

Y para entonces habían llegado ya las lluvias de verdad, tan fuertes y constantes que hasta el hacedor de lluvia de la aldea se declaraba incapaz de intervenir. Él ya no podía hacer que dejara de llover, lo mismo que no podía conseguir que lloviera en plena estación seca, sin poner en grave peligro su salud. El vigor personal necesario para combatir las fuerzas de esos periodos extremados era demasiado grande para la constitución humana.

Y por eso no se estorbaba a la naturaleza en plena estación de las lluvias. A veces los aguaceros caían en cortinas de agua tan densas que parecían fundir en una humedad gris la tierra y el cielo. No se sabía entonces si venía de abajo o de arriba el sordo retumbar del trueno de Amadiora. En esos periodos, en las innumerables cabañas de techado de paja de Umuofia, los niños contaban cuentos sentados alrededor del fuego en el que sus madres cocinaban o se calentaban con su padre en el fuego de leña de su *obi* y asaban maíz en él y lo comían. Era un breve periodo de descanso entre la estación ardua y pesada de la siembra y el mes de la recolección de las cosechas, igualmente pesado pero alegre.

Ikemefuna había empezado a sentirse un miembro de la familia de Okonkwo. Aún pensaba en su madre y en su her-

mana de tres años y tenía momentos de tristeza y depresión. Pero Nwoye y él se habían compenetrado tanto que esos momentos se fueron haciendo cada vez menos frecuentes y menos dolorosos. Ikemefuna tenía una reserva interminable de cuentos. Nwoye escuchó entonces hasta los que ya sabía, con una frescura nueva y con el sabor local de un clan distinto. Nwoye recordó este periodo muy intensamente hasta el fin de su vida. Recordaba incluso cómo se había reído cuando Ikemefuna le dijo que el nombre de una mazorca de maíz que tenía solo unos cuantos granos desparramados era *eze-agadinwayi*, los dientes de una vieja.

Poco a poco las lluvias fueron siendo menos intensas y menos frecuentes y se separaron otra vez la tierra y el cielo. Llovía en chubascos débiles y sesgados por entre la claridad del sol y soplabla una brisa leve. Los niños no se quedaban en casa, sino que correteaban de aquí para allá cantando:

*Cae la lluvia y el sol brilla;
Nnadi está solo y come lo que él cocina.*

Nwoye siempre se preguntaba quién sería Nnadi y por qué viviría solo, cocinando y comiendo. Al final llegó a la conclusión de que Nnadi debía de vivir en aquel país del cuento favorito de Ikemefuna en el que la hormiga celebra corte con todo esplendor y bailan eternamente las arenas.

Se acercaba la Fiesta del Ñame Nuevo y Umuofia estaba de talante festivo. Era una celebración para dar gracias a Ani, la diosa de la tierra y la fuente de toda fertilidad. Ani desempeñaba un papel más importante en la vida de las personas que cualquier otra deidad. Era el juez final de la moralidad y la conducta. Y se hallaba además en comunión íntima con los padres difuntos del clan cuyos cuerpos habían sido encomendados a la tierra.

La Fiesta del Ñame Nuevo se celebraba todos los años antes de empezar la recolección, para honrar a la diosa de la tierra y a los espíritus ancestrales del clan. No se podían comer los ñames nuevos hasta que no se hubieran ofrecido primero algunos a esos dioses. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, estaban deseando que llegase la Fiesta del Ñame Nuevo porque con ella empezaba la estación de la abundancia: el año nuevo. Los que aún tenían ñames del año anterior se deshacían de ellos la noche antes del día de la fiesta. El nuevo año tenía que empezar con ñames sabrosos y frescos, y no con los arrugados y fibrosos del año anterior. Se lavaban bien todas las ollas de cocinar, las calabazas, los cuencos de madera, sobre todo el mortero de madera en el que se majaba el ñame. La comida principal de la fiesta era fufú de ñame y sopa de verduras. Se preparaba tanta cantidad que, por mucho que co-

miese la familia o por muchos amigos y parientes que invitara de las aldeas vecinas, al final del día siempre sobraba una cantidad inmensa de comida. Siempre se contaba la historia de un hombre rico que ofrecía a sus invitados un montón de fufú tan grande que los que se sentaban de un lado no podían ver lo que pasaba en el otro, y hasta última hora del día uno de ellos no vio a su pariente político, que había llegado durante la comida y se había colocado enfrente de él. Hasta entonces no habían podido intercambiar saludos y estrechar las manos por encima de lo que quedaba de la comida.

La Fiesta del Ñame Nuevo era, pues, una ocasión de alegría en todo Umuofia. Y todos los hombres de brazos fuertes, como dicen los igbo, debían convidar a gran número de invitados de todas partes. Okonkwo siempre invitaba a los parientes de sus esposas y, como ya tenía tres, sus invitados formaban un grupo bastante grande.

Pero la verdad es que Okonkwo nunca podía entusiasmarse tanto con las fiestas como la mayoría de la gente. Era buen comedor y podía beber una o dos calabazas bastante grandes de vino de palma. Pero siempre se sentía incómodo esperando sin hacer nada que llegara la fiesta o que pasara. Se habría sentido mucho más feliz trabajando en sus tierras.

Y solo faltaban dos días para la fiesta. Las esposas de Okonkwo habían restregado los muros y las cabañas con tierra roja hasta conseguir que reflejaran la luz. Luego habían hecho encima dibujos en blanco, amarillo y verde oscuro. Luego se habían pintado ellas con madera de *cam* y se habían hecho bellos dibujos negros en el vientre y la espalda. También se adornaba a los niños, sobre todo en el pelo, que les afeitaban formando bellos dibujos. Las tres mujeres hablaban con emoción de los parientes que habían invitado y los niños disfrutaban pensando en los mimos que les harían aquellos visitantes del país de su madre. Ikemefuna estaba igual de emocionado. La Fiesta del Ñame Nuevo le parecía un acontecimiento mu-

cho más importante allí que en su aldea, un lugar que estaba haciéndose ya remoto e impreciso en su imaginación.

Y entonces estalló la tormenta. Okonkwo, que había estado paseando sin rumbo por el recinto con furia contenida, encontró de pronto un desahogo.

—¿Quién mató este banano? —preguntó.

Se hizo el silencio en el recinto.

—¿Quién mató este árbol? ¿Es que sois todos sordomudos?

En realidad el árbol estaba bastante vivo. La segunda esposa de Okonkwo se había limitado a cortarle unas hojas para envolver comida, y así lo dijo. Okonkwo le dio una buena zurra sin más discusión y las dejó llorando a ella y a su única hija. Ninguna de las otras esposas se atrevió a intervenir más allá de un esporádico y vacilante «Ya basta, Okonkwo», suplicado a prudente distancia.

Tras desahogar así su cólera, Okonkwo decidió salir a cazar. Tenía un fusil viejo y oxidado, obra de un herrero habilidoso que había ido a vivir a Umuofia hacía ya mucho. Pero aunque Okonkwo era un gran hombre cuyas proezas reconocían todos, no era un cazador. En realidad no había matado ni una rata con aquel fusil. Así que cuando le dijo a Ikemefuna que se lo trajera, la esposa que acababa de recibir la zurra murmuró algo sobre fusiles que nunca disparaban. Por desgracia para ella Okonkwo lo oyó y corrió hecho una furia a su cuarto a buscar el fusil cargado, volvió a salir corriendo y le apuntó cuando ella saltaba el murete del granero. Apretó el gatillo, y se oyó un fuerte estampido acompañado de los gritos de sus esposas y sus hijos. Okonkwo tiró el fusil y saltó al granero, y allí estaba tirada la mujer, muy temblorosa y asustada pero completamente ilesa. Okonkwo lanzó un profundo suspiro y se marchó con el fusil.

A pesar de este incidente, la Fiesta del Ñame Nuevo se celebró con gran alegría en casa de Okonkwo. Por la mañana

temprano al hacer la ofrenda de ñame nuevo y aceite de palma a sus antepasados, Okonkwo les pidió que le protegieran a él y a sus hijos y esposas en el año nuevo.

Luego fueron llegando a lo largo del día sus parientes políticos de tres aldeas cercanas y cada grupo llevaba un cántaro enorme de vino de palma. Comieron y bebieron hasta la noche, en que los parientes políticos de Okonkwo empezaron a volver a sus casas.

El segundo día del año nuevo era el día del gran torneo de lucha entre la aldea de Okonkwo y las aldeas vecinas. Era difícil saber lo que le gustaba más a la gente, si el festín y la fraternidad del primer día o el torneo de lucha del segundo. Pero había una mujer que no tenía ninguna duda. Era Ekwefi, la segunda esposa de Okonkwo, la misma a la que había estado a punto de pegar un tiro. No había en todas las estaciones del año una festividad que le causase tanto placer como la competición de lucha. Muchos años antes, cuando ella era la beldad de la aldea, Okonkwo le había ganado el corazón derribando al Gato en el combate más grande que se recordaba. No se casó con él porque era demasiado pobre entonces para pagar el precio de la novia. Pero unos años después abandonó a su marido y se fue a vivir con Okonkwo. Hacía ya mucho que había pasado todo eso. Ekwefi tenía ya cuarenta y cinco años y había sufrido mucho en la vida. Pero su afición a las competiciones de lucha seguía siendo tan fuerte como treinta años antes.

Aún no era mediodía del segundo día de la Fiesta del Ñame Nuevo. Ekwefi y Ezinma, su única hija, estaban sentadas junto al hogar esperando que empezara a hervir el agua de la olla. La gallina que Ekwefi acababa de matar estaba en el mortero de madera. El agua empezó a hervir y con un hábil movimiento alzó la olla del fuego y vertió el agua sobre el ave. Volvió a poner la olla vacía en la plataforma circular del rincón y se miró las palmas de las manos. Las tenía ennegrecidas del

hollín. A Ezinma siempre la sorprendía que su madre pudiese alzar la olla del fuego con las manos desnudas.

—Ekwefi —le dijo—, ¿es verdad que cuando la gente es mayor el fuego no le quema?

Ezinma, a diferencia de la mayoría de los niños, llamaba a su madre por su nombre.

—Sí —contestó Ekwefi, demasiado ocupada para discutir; aunque su hija solo tenía diez años, era muy inteligente para su edad—. Pero, el otro día, a la madre de Nwoye se le cayó la olla de sopa caliente al suelo y se rompió.

Ekwefi dio la vuelta a la gallina en el mortero y empezó a desplumarla.

—Ekwefi —dijo Ezinma, que se había puesto a desplumar también—, me tiembla el párpado.

—Significa que vas a llorar —le dijo su madre.

—No —dijo Ezinma—, es este párpado, el de arriba.

—Eso significa que vas a ver algo.

—¿Qué veré? —preguntó la niña.

—¿Cómo voy a saberlo?

Ekwefi quería que lo descubriera ella misma.

—Ajá —acabó diciendo Ezinma—. Ya sé lo que es: la competición de lucha.

Terminaron por fin de desplumar la gallina. Ekwefi intentó arrancarle el pico, pero estaba demasiado duro. Se giró en el taburete donde estaba sentada y puso el pico al fuego unos instantes. Tiró otra vez de él y se desprendió.

—¡Ekwefi! —gritó alguien desde una de las otras cabañas.

Era la madre de Nwoye, la primera esposa de Okonkwo.

—¿Es a mí? —contestó Ekwefi.

Era así como contestaba la gente las llamadas de fuera. Nunca se contestaba «sí» por miedo a que el que llamara pudiera ser un mal espíritu.

—¿Le darás a Ezinma un poco de fuego para que me lo traiga?

Sus hijos e Ikemefuna habían ido al arroyo.

Ekwefi puso unas cuantas brasas en un trozo de un cacharro roto y Ezinma cruzó con él el recinto recién barrido hasta la cabaña de la madre de Nwoye.

—Gracias, Nma —le dijo ella.

Estaba pelando ñames nuevos, y tenía al lado un cesto lleno de frijoles y verduras.

—¿Me dejas encender el fuego? —propuso Ezinma.

—Gracias, Ezigbo —le dijo ella.

La llamaba a menudo Ezigbo, que significa «la buena».

Ezinma salió y volvió con unas astillas de un montón enorme de leña. Las partió en pedacitos con la planta del pie y empezó a preparar un fuego, soplando para hacer llama.

—Se te saltarán los ojos —dijo la madre de Nwoye, alzando la vista de los ñames que estaba pelando—. Usa el aventador.

Se levantó y bajó el aventador, que estaba colgado de una de las vigas. En cuanto ella se levantó, la díscola cabritilla, que había estado comiendo respetuosamente pieles de ñame, hundió los dientes en los ñames propiamente dichos, se hizo con dos bocados y huyó de la cabaña a rumiarlos en el cobertizo. La madre de Nwoye renegó contra el animal y se sentó otra vez para seguir pelando. El fuego de Ezinma alzaba ya una densa humareda. Siguió avivándolo hasta que brotaron las llamas. La madre de Nwoye le dio las gracias y ella volvió a la cabaña de su madre.

En aquel momento empezaron a oír el lejano batir de los tambores. Venía de la dirección del *ilo*, el campo de la aldea. Toda aldea tenía su *ilo*, que era tan antiguo como ella y allí se celebraban todos los bailes y las grandes ceremonias. Los tambores tocaban para el inconfundible baile de la lucha, un ritmo rápido, ligero y alegre que llegaba flotando en el viento.

Okonkwo carraspeó y movió los pies al ritmo de los tambores. Aquel ritmo siempre le enardecía, desde su juventud.

Temblaba con el deseo de vencer y de someter. Era como el deseo de mujer.

—Llegaremos tarde a la lucha —dijo Ezinma a su madre.

—No empezarán hasta que se ponga el sol.

—Pero ya están tocando los tambores.

—Sí. Los tambores empiezan a mediodía, pero la lucha espera hasta que empieza a ponerse el sol. Ve a ver si tu padre ha sacado ñames para la tarde.

—Sí que lo ha hecho. La madre de Nwoye ya está cocinando.

—Entonces ve a buscar los nuestros. Tenemos que darnos prisa, o llegaremos tarde a la lucha.

Ezinma corrió hacia el granero y volvió con dos ñames que había cogido del murete.

Ekweí peló los ñames enseguida. La díscola cabritilla andaba por allí olisqueando y comiendo mondas. Ekweí cortó los ñames en trocitos y empezó a preparar un potaje, utilizando parte de la gallina.

En ese momento oyeron que lloraba alguien en la entrada de su recinto. Parecía Obiageli, la hermana de Nwoye.

—¿No es Obiageli la que llora? —gritó Ekweí a la madre de Nwoye, que estaba al otro lado del corral.

—Sí —contestó ella—. Debe de haber roto el cántaro del agua.

El llanto se oía ya muy cerca y pronto entraron los niños que llevaban en la cabeza cántaros de diversos tamaños, según sus edades. El primero era Ikemefuna con el cántaro más grande de todos, seguido muy de cerca por Nwoye y sus dos hermanos más pequeños. Cerraba la comitiva Obiageli, con la cara cubierta de lágrimas. Llevaba en la mano la almohadilla de trapo en que debería haber llevado apoyada la vasija del agua en la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó su madre, y Obiageli le contó una historia lastimera.

Su madre la consoló y le prometió comprarle otro cántaro.

Los hermanos pequeños de Nwoye estuvieron a punto de contarle a su madre la verdadera historia del accidente, pero Ikemefuna les miró con dureza y se callaron. La verdad era que Obiageli había estado haciendo *inyanga* con el cántaro. Se lo había colocado en la cabeza, había cruzado los brazos sobre el pecho y había empezado a mover la cintura como una jovencita. Y al caerse el cántaro y romperse, ella se había echado a reír. No se había puesto a llorar hasta que estaban ya llegando al iroko que había a la entrada del recinto.

Aún seguían sonando los tambores, insistentes e inmutables. Su sonido ya no era algo separado de la aldea viva. Era como el latir de su corazón. Palpitaba en el aire, en la luz del sol y hasta en los árboles, y llenaba la aldea de emoción.

Ekwefi echó la ración de potaje de su marido en un cuenco y lo tapó. Ezinma se lo llevó a su padre a su *obi*.

Okonkwo estaba sentado en una piel de cabra comiendo ya la comida de su primera esposa. Obiageli, que la había llevado desde la cabaña de su madre, estaba sentada en el suelo esperando que él terminara. Ezinma le puso delante el plato de su madre y se sentó con Obiageli.

—¡Siéntate como una mujer! —le gritó Okonkwo.

Ezinma juntó las piernas y las estiró hacia delante.

—¿Vas a ir a ver la lucha, padre? —preguntó Ezinma tras un intervalo prudencial.

—Sí —contestó él—. ¿Irás tú?

—Sí —contestó ella, y después de una pausa añadió—: ¿Puedo llevarte yo el asiento?

—No, eso es cosa de chicos.

Okonkwo sentía un cariño especial por Ezinma. La niña se parecía mucho a su madre, que había sido en tiempos la beldad de la aldea. Pero él demostraba muy pocas veces su cariño.

—Obiageli ha roto hoy el cántaro —dijo Ezinma.

—Sí, ya me lo ha contado —dijo Okonkwo entre bocado y bocado.

—Padre —dijo Obiageli—, la gente no debe hablar cuando está comiendo porque puede entrarle la pimienta por mal sitio.

—Eso es muy cierto. ¿Has oído eso, Ezinma? Tú eres mayor que Obiageli, pero ella tiene más sentido común.

Okonkwo destapó el plato de su segunda esposa y empezó a comer de él. Obiageli cogió el primer plato y volvió a la cabaña de su madre. Y entonces llegó Nkechi, con el tercer plato. Nkechi era la hija de la tercera esposa de Okonkwo.

Los tambores seguían tocando a lo lejos.

Toda la aldea acudió al *ilo*, hombres, mujeres y niños. Formaban un círculo inmenso que dejaba libre el centro del campo de juego. Los ancianos y los notables de la aldea estaban sentados en asientos propios que les habían llevado allí sus hijos pequeños o sus esclavos. Okonkwo estaba entre ellos. Todos los demás estaban de pie, salvo los que habían ido temprano para asegurarse un lugar en los pocos asientos que se habían instalado colocando troncos lisos sobre unos soportes ahorquillados.

Aún no estaban allí los luchadores y eran dueños del campo los tambores. También ellos estaban instalados delante justo del inmenso círculo de espectadores, mirando a los ancianos. Tras ellos se alzaba la ceiba grande y antigua que era sagrada. Vivían en ella espíritus de niños buenos que estaban esperando a nacer. Y los días normales iban a sentarse bajo su sombra las jóvenes que querían hijos.

Había siete tambores colocados según su tamaño en un cesto de madera alargado. Los tocaban tres hombres con palos, que iban febrilmente de un tambor a otro. Estaban poseídos por el espíritu de los tambores.

Los jóvenes encargados de guardar el orden en estas fiestas corrían de un lado a otro consultando entre ellos y con los jefes de los dos equipos de luchadores, que estaban todavía

fuera del círculo, detrás de la gente. De vez en cuando dos jóvenes con ramos de palmas corrían alrededor del círculo y hacían retroceder a los espectadores golpeando en el suelo delante de ellos o pegándoles en las piernas y en los pies si eran obstinados.

Por fin los dos equipos bailaron dentro del círculo, y la multitud aplaudía y gritaba. Los tambores iniciaron un ritmo frenético. La gente se lanzaba hacia delante. Los jóvenes que mantenían el orden corrían de un lado a otro, blandiendo sus ramos de palma. Cabeceaban los viejos al compás de los tambores y recordaban los tiempos en que también luchaban ellos embriagados por su ritmo.

La competición empezó con muchachos de quince o dieciséis años. Solo había tres muchachos de estos en cada equipo. No eran los verdaderos luchadores; no hacían más que iniciar el espectáculo. Pronto acabaron los dos primeros combates. Pero el tercero causó mucha sensación, hasta entre los ancianos que no solían mostrar sus emociones tan abiertamente. Fue tan rápido como los otros dos, puede que más aún. Pero muy pocas personas habían visto antes aquel tipo de lucha. En cuanto los dos chicos se aproximaron, uno de ellos hizo algo que nadie podía describir porque había sido rápido como un rayo. De pronto, el otro chico estaba de espaldas en el suelo. El griterío y los aplausos del público ahogaron un rato a los frenéticos tambores. Okonkwo se levantó de un salto y volvió a sentarse enseguida. Tres jóvenes del equipo del chico que había ganado corrieron hasta él, le alzaron en hombros y cruzaron bailando entre la multitud vitoreante. Pronto se enteró todo el mundo de quién era el chico. Se llamaba Maduka y era hijo de Obierika.

Los músicos dejaron de tocar los tambores para hacer un breve descanso antes de los verdaderos combates. Les brillaba el cuerpo del sudor y cogieron abanicos y se pusieron a abanicarse. Bebieron también agua de unas vasijas pequeñas y co-

mieron nueces de cola. Se convirtieron otra vez en seres humanos, y hablaban y reían entre ellos y con otros que estaban al lado. El ambiente, antes tenso de la emoción, se apaciguó otra vez. Era como si se hubiese echado agua sobre el parche tensado de un tambor. Muchos miraban a su alrededor, quizá por vez primera, y veían a los que estaban de pie o sentados junto a ellos.

—No sabía que eras tú —dijo Ekwefi a la mujer que había estado hombro con hombro con ella desde el principio de los combates.

—No te lo reprocho —dijo la mujer—. Nunca he visto tanta gente. ¿Es verdad que Okonkwo estuvo a punto de matarte con su fusil?

—Es cierto, sí, mi querida amiga. Aún no me siento con fuerzas para contar la historia.

—Tienes un *chi* muy despierto, amiga mía. ¿Y cómo está tu hija Ezinma?

—Hace ya tiempo que está muy bien. Puede que haya venido para quedarse.

—Yo creo que sí. ¿Qué edad tiene ya?

—Unos diez años.

—Creo que se quedará. Si no mueren antes de los seis años, suelen quedarse.

—Rezo por que se quede —dijo Ekwefi con un hondo suspiro.

La mujer con la que estaba hablando se llamaba Chielo. Era la sacerdotisa de Agbala, el oráculo de las colinas y de las cuevas. Chielo era en la vida normal una viuda con dos hijos. Era muy amable con Ekwefi y compartían las dos un puesto en el mercado. Le tenía un cariño especial a la única hija de Ekwefi, Ezinma, a la que llamaba «hija mía». Compraba a menudo tortas de judías y le daba a Ekwefi unas cuantas para que se las llevara a casa para Ezinma. Cualquiera que viese a Chielo en la vida normal difícilmente creería que pudiese ser

la misma persona que profetizaba cuando tomaba posesión de ella el espíritu de Agbala.

Los músicos volvieron a coger los palillos de los tambores y el aire se estremeció y se puso tenso como un arco tirante.

Los dos equipos se colocaron frente a frente a lo largo del espacio despejado. Un joven de un equipo bailó cruzando el centro hasta el otro lado y señaló al rival con el que quería luchar. Regresaron al centro bailando los dos y luego se aproximaron.

Había doce hombres en cada lado y el desafío iba de un lado al otro. Había dos jueces que daban vueltas alrededor de los luchadores y, cuando creían que estaban igualados, les interrumpían. Así fue como terminaron cinco combates. Pero el momento verdaderamente emocionante era cuando se derribaba a un luchador. La voz inmensa de la multitud se elevaba entonces hacia el cielo y en todas direcciones. Se oía hasta en las aldeas de los alrededores.

El último combate era entre los capitanes de los dos equipos. Figuraban entre los mejores luchadores de las nueve aldeas. Los espectadores se preguntaban quién tiraría a quién ese año. Unos decían que el mejor era Okafo; otros, que no era rival para Ikezue. El año anterior ninguno de los dos había conseguido derribar al otro a pesar de que los jueces habían dejado que continuara el combate más tiempo de lo que era costumbre. Tenían el mismo estilo y los dos adivinaban los planes del contrario. Podría volver a pasar ese año.

Fue cerca ya del oscurecer cuando empezó el combate. Enloquecieron los tambores y el público también. Se echaban todos hacia delante mientras bailaban los dos jóvenes dentro del círculo. Los ramos de palmera ya no los mantenían a raya.

Ikezue extendió la mano derecha. Okafo la cogió y se aproximaron. Fue un combate encarnizado. Ikezue intentaba

afianzar el talón derecho detrás de Okafo para derribarle según el eficaz estilo ege. Pero ninguno de ellos sabía qué estaba pensando el otro. El público había rodeado y se había tragado los tambores, cuyo ritmo frenético no era ya un mero sonido desencarnado sino el latido mismo de los corazones de los espectadores.

Los luchadores estaban ya casi inmóviles en su presa recíproca. Les sobresalían y les temblaban los músculos en los brazos, los muslos y la espalda. Parecía un combate igualado. Cuando los dos jueces se disponían a acercarse ya para separarlos, Ikezue, desesperado, hincó rápidamente una rodilla en tierra intentando voltear a su adversario por encima de la cabeza. Fue un triste error de cálculo. Okafo, rápido como el rayo de Amadiora, alzó la pierna derecha y la pasó por encima de la cabeza de su rival. El público estalló en un griterío atronador. A Okafo le levantaron en alto sus partidarios y le llevaron hasta casa en hombros. Cantaban sus alabanzas y las jóvenes batían palmas:

*¿Quién luchará por nuestra aldea?
Okafo luchará por nuestra aldea.
¿Ha derribado a cuatrocientos hombres?
Ha derribado a cuatrocientos hombres.
¿Ha derribado a cien Gatos?
Ha derribado a cuatrocientos Gatos.
Id y decidle que luche por nosotros.*

Ikemefuna siguió viviendo en casa de Okonkwo durante tres años y los ancianos parecían haberse olvidado de él. Creció tan deprisa como un zarcillo de ñame en la estación de las lluvias, y estaba lleno de savia de la vida. Se hallaba ya completamente integrado en su nueva familia. Era para Nwoye como un hermano mayor y parecía desde el principio como si hubiese encendido un fuego nuevo en aquel chico más pequeño. Le hacía sentirse adulto; y no se pasaban ya las noches en la cabaña de su madre mientras ella cocinaba, sino que se sentaban con Okonkwo en su *obi*, u observaban cómo sangraba su palmera para extraer el vino de la noche. Nada complacía más a Nwoye que el que su madre o cualquiera de las otras esposas de su padre le mandara a hacer una de aquellas tareas difíciles y masculinas en la casa, como partir leña o majar alimentos. Cuando recibía un mensaje de este tipo a través de una hermana o un hermano más pequeño, fingía enfadarse y protestaba ruidosamente contra las mujeres y sus problemas.

Okonkwo estaba satisfecho interiormente por la evolución de su hijo, y sabía que se debía a Ikemefuna. Quería que Nwoye se convirtiera en un joven duro capaz de gobernar la casa de su padre cuando él muriese y fuese a reunirse con los antepasados. Quería que fuese un hombre de buena posición, que tuviese suficiente en su granero para alimentar a los ante-

pasados con sacrificios regulares. Y por eso se sentía feliz siempre que le oía refunfuñar contra las mujeres. Eso demostraba que sería capaz de controlar a su debido tiempo a las de la familia. Por muy buena posición que tuviese un hombre, si no era capaz de controlar a sus mujeres y a sus hijos (y sobre todo a sus mujeres) no era realmente un hombre. Era como el hombre de la canción que tenía diez y una esposas y no tenía sopa suficiente para su fufú.

Así que Okonkwo animaba a los chicos a sentarse con él en su *obi* y les contaba historias del país, historias masculinas de violencia y de derramamiento de sangre. Nwoye sabía que estaba bien ser masculino y ser violento, pero aún prefería sin saber por qué los cuentos que solía contar su madre, y que aún debía de seguir contándoles sin duda a sus otros hijos más pequeños... cuentos de la tortuga y sus astutas artimañas, y del pájaro *eneke-nti-oba* que desafiaba a todo el mundo a un combate de lucha y al que acababa derribando el gato. Recordaba la historia que ella solía contarle de la disputa que habían tenido hacía mucho tiempo la Tierra y el Cielo, y de cómo el Cielo retuvo la lluvia siete años, hasta que se agostaron los cultivos y no se podía enterrar a los muertos porque las azadas se rompían en aquella Tierra pedregosa. Por último se envió a Buitre a suplicar al Cielo, y a ablandar su corazón con un canto sobre los sufrimientos de los hijos de los hombres. Siempre que la madre de Nwoye cantaba esa canción, él se sentía transportado al remoto escenario del cielo donde Buitre, emisario de la Tierra, cantaba pidiendo misericordia. Por último el Cielo se sentía movido a la piedad y le daba a Buitre lluvia envuelta en hojas de malanga. Pero cuando volaba de vuelta atravesó con las largas uñas de sus garras las hojas y cayó la lluvia como no había caído nunca. Así que llovía tanto sobre Buitre que este no volvió a entregar su mensaje sino que escapó volando a un país lejano, donde había divisado un fuego. Y cuando llegó allí descubrió que era un hombre que

estaba haciendo un sacrificio. Se calentó en el fuego y comió las entrañas.

Ese era el tipo de cuentos que le gustaban a Nwoye. Pero ahora sabía que eran para mujeres bobas y para los niños, y sabía que su padre quería que él fuera un hombre. Y por eso fingía que no le interesaban ya los cuentos de las mujeres. Y cuando hacía esto veía que su padre se ponía contento y ya no le reñía ni le pegaba. Así que Nwoye e Ikemefuna escuchaban las historias de Okonkwo sobre guerras tribales o sobre cómo años atrás había acechado a su víctima, la había vencido y había obtenido su primera cabeza humana. Y mientras les hablaba del pasado estaban sentados en la oscuridad o ante el resplandor apagado de los troncos, esperando que las mujeres terminaran de hacer la comida. Cuando terminaban iban una tras otra a llevar su cuenco de fufú y su cuenco de sopa a su marido. Se encendía una lámpara de aceite y Okonkwo probaba de cada cuenco y luego separaba dos raciones para Nwoye e Ikemefuna.

Pasaron así las lunas y las estaciones. Y luego llegaron las langostas. Hacía ya muchos años que no sucedía. Los ancianos decían que las langostas venían una vez cada generación, reaparecían anualmente a lo largo de siete años y luego desaparecían hasta la generación siguiente. Volvían a sus cuevas en un país lejano, donde las guardaba una raza de hombres enanos. Y luego, al cabo de otra generación, estos hombres volvían a abrir las cuevas y venían las langostas a Umuofia.

Llegaron en la estación del harmatán frío, cuando ya estaban recogidas las cosechas, y devoraron todas las hierbas silvestres de los campos.

Okonkwo y los dos chicos estaban trabajando en los muros exteriores rojos del recinto. Esta era una de las tareas livianas del periodo que seguía a la recolección. Se colocaba una cubierta nueva de gruesas ramas de palmera y de hojas en los muros para protegerlos de la siguiente estación de las lluvias.

Okonkwo trabajaba en el muro por la parte de fuera y los chicos por dentro. El muro tenía pequeños agujeros que lo atravesaban de lado a lado por la parte de arriba y Okonkwo pasaba por ellos la cuerda, o *tie-tie*, a los chicos y ellos la pasaban alrededor de los puntales y luego se la devolvían; y así era como se reforzaba la cubierta en el muro.

Las mujeres habían ido al campo a recoger leña, y los niños pequeños a visitar a sus compañeros de juegos de los recintos vecinos. El harmatán estaba en el aire y parecía destilar una sensación nebulosa de sueño sobre el mundo. Okonkwo y los chicos trabajaban en un silencio absoluto, que no se interrumpía más que cuando se añadía al muro otra rama de palmera o cuando una afanosa gallina removía hojas secas en su búsqueda incesante de alimento.

Y entonces, de un modo completamente súbito, cayó una sombra sobre el mundo y el sol pareció ocultarse tras una gruesa nube. Okonkwo levantó la vista de su trabajo y se preguntó si iría a llover en una época tan impropia del año. Pero casi inmediatamente brotó un grito de alegría en todas partes, y Umuofia, que se había adormilado en la niebla del mediodía, despertó a la vida y a la actividad.

«Están bajando las langostas», canturreaban alegremente en todas partes, y hombres, mujeres y niños dejaron su trabajo o sus juegos y corrieron a ver aquel espectáculo insólito. Hacía muchos, muchísimos años que no venían las langostas, y solo las habían visto antes los más viejos.

Al principio apareció una bandada bastante pequeña. Eran los emisarios enviados a explorar el terreno. Y luego apareció en el horizonte una masa que se movía despacio como una nube negra de una extensión ilimitada avanzando hacia Umuofia. Pronto cubrió la mitad del cielo, y se vio entonces que aquella masa sólida estaba salpicada de ojos diminutos de luz como polvo estelar resplandeciente. Era un espectáculo sobrecogedor, lleno de belleza y de poder.

Todos se habían puesto en movimiento, hablaban emocionados y rezaban pidiendo que las langostas acamparan en Umuofia aquella noche. Pues aunque hacía muchos años que no habían visitado Umuofia, todo el mundo sabía por instinto que eran muy buenas para comer. Y por fin descendieron. Se posaron en todos los árboles y en todas las hojas de hierba: se posaron en los tejados y cubrieron las zonas despejadas. Se rompieron bajo su peso gruesas ramas de árboles y todo el campo adquirió el color marrón terroso de aquel enjambre inmenso y voraz.

Muchos salieron con cestos a intentar cogerlas, pero los ancianos aconsejaron paciencia hasta la caída de la noche. Y tenían razón. Las langostas se posaron en la maleza a pasar la noche y se les mojaron las alas con el rocío. Entonces todo Umuofia salió a pesar del frío harmatán, y todos llenaron sacos y ollas de langostas. A la mañana siguiente las asaron en cazuelas de barro y luego las pusieron a secar al sol extendidas hasta que quedaron secas y crujientes. Y durante varios días se comió este alimento exótico con aceite de palma crudo.

Okonkwo estaba sentado en su *obi* masticando feliz con Ikemefuna y Nwoye y bebiendo copiosamente vino de palma, cuando entró Ogbuefi Ezeudu. Ezeudu era el hombre más viejo de aquel sector de Umuofia. Había sido en sus tiempos un gran guerrero que no conocía el miedo y se le respetaba mucho en todo el clan. No quiso participar de la comida, y dijo a Okonkwo que quería hablar un momento con él fuera. Así que salieron los dos, el viejo apoyándose en el bastón. En cuanto estuvieron donde ya no les podían oír, le dijo a Okonkwo:

—Ese chico te llama padre. No participes en su muerte.

Okonkwo se quedó sorprendido, y cuando estaba a punto de decir algo, el viejo continuó:

—Sí, Umuofia ha decidido matarle. El oráculo de las colinas y de las cuevas lo ha decretado. Le llevarán fuera de

Umuofia según la costumbre, y le matarán allí. Pero quiero que tú no tengas nada que ver con eso. Él te llama padre.

Al día siguiente un grupo de ancianos de todas las nueve aldeas de Umuofia fueron a casa de Okonkwo por la mañana temprano y, antes de ponerse a hablar en voz baja, mandaron salir a Nwoye y a Ikemefuna. No estuvieron mucho, pero cuando se fueron Okonkwo se quedó sentado en silencio largo rato con la barbilla apoyada en las palmas. Más tarde llamó a Ikemefuna y le dijo que le iban a llevar a su casa al día siguiente. Nwoye lo oyó y se echó a llorar, por lo que su padre le dio una buena zurra. En cuanto a Ikemefuna, no sabía qué pensar. Su propio hogar se había ido haciendo con el tiempo lejano e impreciso. Aún echaba de menos a su madre y a su hermana y le habría alegrado mucho verlas. Pero sabía por alguna razón que no las vería. Se acordaba de aquella vez en que los hombres habían hablado en voz baja con su padre; y ahora le parecía como si se estuviera repitiendo todo de nuevo.

Más tarde Nwoye fue a la cabaña de su madre y le dijo que Ikemefuna se iba a su casa. Ella dejó caer inmediatamente la mano de mortero con que estaba moliendo pimienta, cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró:

—Pobre niño.

Al día siguiente volvieron los hombres con un cántaro de vino. Estaban todos engalanados como para ir a una gran asamblea del clan o a hacer una visita a una aldea vecina. Llevaban la túnica recogida por debajo de la axila derecha y las bolsas de piel de cabra y los machetes envainados colocados sobre el hombro izquierdo. Okonkwo se preparó rápidamente y el grupo se puso en marcha con Ikemefuna, que llevaba el cántaro de vino. Cayó sobre el recinto de la casa de Okonkwo un silencio mortal. Hasta los propios niños pequeños parecían saber. Nwoye pasó todo ese día sentado en la cabaña de su madre y tenía lágrimas en los ojos.

Al principio de su viaje, los hombres de Umuofia se reían, hablaban de las langostas, de sus mujeres, y de algunos afeminados que no habían querido ir con ellos. Pero cuando iban llegando ya a los arrabales de Umuofia también cayó el silencio sobre ellos. El sol se elevó despacio hasta el centro del cielo, y el sendero seco y arenoso empezó a despedir el calor que yacía enterrado debajo. Gorjeaban pájaros en los bosques de alrededor. Los hombres pisaban hojas secas en la arena. Todo lo demás estaba silencioso. Luego llegó de la lejanía el batir leve del *ekwe*. Crecía y se apagaba con el viento; una danza pacífica de un clan lejano.

—Es una danza *ozo* —decían los hombres entre ellos.

Pero nadie sabía bien de dónde venía. Unos decían que de Ezimili, otros de Abame, de Aninta. Tras discutir un poco sobre eso, volvieron a quedarse callados, y el rumor de aquella danza esquiva crecía y se apagaba con el viento. Alguien estaba tomando en algún sitio uno de los títulos de su clan, con música y baile y con un gran banquete.

El sendero se había convertido ya en una línea estrecha que cruzaba el corazón del bosque. Los árboles bajos y la maleza dispersa que rodeaban la aldea empezaban a dejar paso a árboles gigantes y enredaderas que quizá estuviesen allí desde el principio de las cosas, jamás tocados por el hacha o el fuego. El sol pasaba entre sus hojas proyectando un dibujo de luces y sombras sobre el arenoso sendero.

Ikemefuna oyó un cuchicheo detrás, cerca, y se volvió rápidamente. El hombre que había cuchicheado alzó entonces la voz, urgiendo a los demás a aligerar el paso.

—Aún nos queda mucho que andar —dijo.

Luego él y otro hombre pasaron delante de Ikemefuna y avivaron la marcha.

Así que los hombres de Umuofia siguieron su camino, armados con los machetes envainados, e Ikemefuna, que llevaba el cántaro de vino de palma en la cabeza, iba en medio de

ellos. Aunque se había sentido inquieto al principio, ya no tenía miedo. Okonkwo iba detrás de él. No caía siquiera en la cuenta de que Okonkwo no era su verdadero padre. Nunca le había tenido cariño al verdadero y después de tres años le había acabado resultando muy lejano. Pero su madre y su hermana de tres años... no tendría ya tres, sino seis, claro. ¿La reconocería ahora? Debía de haberse hecho muy mayor. Cómo iba a llorar de alegría su madre. Y le daría las gracias a Okonkwo por haber cuidado de él tan bien y por haber ido a llevarle. Querría saber todo lo que le había pasado aquellos años. ¿Podría recordarlo todo él? Le hablaría de Nwoye y de su madre y de las langostas... Luego, de pronto, se le ocurrió una cosa. Su madre podría haber muerto. Se esforzó en vano por expulsar esa idea de su pensamiento. Luego intentó resolver el asunto de la forma que solía resolver él aquellas cuestiones cuando era pequeño. Aún recordaba la canción:

Eze elina, elina!
Sala
Eze ilikwa ya
Ikwaba akwa oligholi
Ebe Danda nechi eze
Ebe Uzuzu nete egwu
Sala

La cantó mentalmente, y caminó a su ritmo. Si la canción terminaba con el pie derecho, su madre estaba viva. Si terminaba con el pie izquierdo, estaba muerta. No, muerta no, enferma. Terminó con el derecho. Estaba viva y bien. Cantó de nuevo la canción, y terminó con el izquierdo. Pero la segunda vez no contaba. La primera voz llega a Chukwu, la casa de Dios. Ese era uno de los dichos preferidos de los niños. Ikemefuna volvía a sentirse como un niño. Debía de ser porque pensaba que volvía a casa con su madre.

Uno de los hombres que iba detrás de él carraspeó. Ikemefuna miró atrás, y el hombre le gruñó que siguiera y que no se dedicara a mirar hacia atrás. La forma que tuvo de decirlo hizo que a Ikemefuna le recorriera la espalda un escalofrío. Le temblaron vagamente las manos sobre el cántaro negro que llevaba. ¿Por qué se había ido Okonkwo a la parte de atrás? Ikemefuna sintió que se le fundían las piernas por abajo. Y tenía miedo a mirar atrás.

Cuando el hombre que había carraspeado desenvainó y alzó el machete, Okonkwo apartó la vista. Oyó el golpe. El cántaro cayó y se rompió en la arena. Oyó gritar a Ikemefuna «¡Padre mío, me han matado!» mientras corría hacia él. Aturdido por el miedo, Okonkwo desenvainó el machete y remató al muchacho. Tenía miedo de que le consideraran débil.

En cuanto entró su padre aquella noche, Nwoye supo que habían matado a Ikemefuna, y algo pareció hundirse dentro de él, como cuando un arco tensado se rompe. No lloró. Se quedó como inerte. Había tenido aquel mismo tipo de sentimiento no hacía mucho, durante la última estación de la recolección. A los niños les encantaba esa estación. Los que tenían edad suficiente para llevar hasta unos cuantos ñames en un cestillo iban al campo con los adultos. Y si no podían ayudar a sacar los ñames, podían coger leña para asar los que se comerían allí, en el campo. Ese ñame asado empapado en aceite de palma rojo y comido en el campo era más exquisito que ninguna comida de casa. Había sido después de un día de estos en el campo durante la última cosecha cuando Nwoye había sentido por primera vez que algo se rompía dentro de él del mismo modo que lo sentía ahora. Volvían a casa con los cestos de ñames de un campo lejano y cuando cruzaban un arroyo habían oído la voz de un niño pequeño llorando en la espesura del bosque. Y había caído un súbito silencio sobre las

mujeres, que iban hablando y que aceleraron el paso. Nwoye había oído que a los gemelos los metían en ollas de barro y los tiraban en el bosque, pero nunca se había tropezado con ellos. Había sentido un vago estremecimiento y había tenido la impresión de que le daba vueltas la cabeza, como el caminante solitario que se cruza en el camino con un mal espíritu. Luego algo se había hundido en su interior. Y volvió a apoderarse de él este sentimiento aquella noche, cuando entró su padre, después de haber matado a Ikemefuna.

Después de la muerte de Ikemefuna, Okonkwo estuvo dos días sin comer. Se los pasó bebiendo vino de palma de la mañana a la noche, y tenía los ojos enrojecidos y feroces como los de una rata cuando la coges por el rabo y pegas con ella contra el suelo. Llamó a su hijo Nwoye para que se sentara con él en su *obi*. Pero el chico le tenía miedo y se escapaba de la cabaña en cuanto veía que él se adormilaba.

Por la noche no dormía. Procuraba no pensar en Ikemefuna, pero cuanto más lo procuraba, más pensaba en él. En una ocasión, se levantó de la cama y dio una vuelta por el recinto. Pero estaba tan débil que apenas si podía sostenerse en pie. Se sentía como un gigante borracho que caminase con las extremidades de un mosquito. De vez en cuando descendía sobre su cabeza un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

Al tercer día pidió a su segunda esposa, Ekwefi, que le asase unos plátanos. Ella se los preparó como le gustaban a él: con pescado y frijoles.

—Llevas dos días sin comer —dijo su hija Ezinma cuando le llevó la comida—, así que tendrás que terminarte esto.

La niña se sentó y estiró las piernas hacia delante. Okonkwo comía con aire ausente. «Debería haber sido un chico», pensó mientras miraba a su hija de diez años. Le dio un trozo de pescado.

—Ve a traerme un poco de agua fresca —dijo.

Ezinma salió corriendo de la cabaña, masticando el pescado, y volvió enseguida con un cuenco de agua fresca del cántaro de barro de la cabaña de su madre.

Okonkwo cogió el cuenco que le daba y bebió toda el agua. Comió unos trozos más de plátano y dejó el plato a un lado.

—Trae mi bolsa —pidió, y Ezinma le llevó la bolsa de piel de cabra que estaba al otro extremo de la cabaña.

Hurgó en ella buscando su botella de rapé. Era una bolsa honda y le cabía casi todo el brazo. Contenía más cosas que la botella de rapé. Tenía allí un cuerno de beber y también una calabaza de beber y chocaban entre sí mientras él buscaba. Cuando sacó la botella de rapé dio unos cuantos golpecitos con ella en la rodilla antes de echar un poco de rapé en la palma de la mano izquierda. Luego se acordó de que no había sacado la cuchara del rapé. Buscó otra vez en la bolsa y sacó una cucharita plana de marfil, con la que se llevó a los agujeros de las narices el pardo rapé.

Ezinma cogió el plato en una mano y el cuenco de agua vació en la otra y regresó a la cabaña de su madre. «Debería haber sido un chico», volvió a decirse Okonkwo. Pensó otra vez en Ikemefuna y se estremeció. Si pudiese al menos encontrar algún trabajo que hacer, conseguiría olvidar. Pero era el periodo de descanso entre la recolección y la siembra siguiente. El único trabajo que hacían los hombres en ese tiempo era cubrir los muros de los recintos con ramas de palma nuevas. Y Okonkwo ya lo había hecho. Había terminado el mismo día en que habían llegado las langostas, cuando estaba trabajando él de un lado e Ikemefuna y Nwoye del otro.

«¿Cuándo te has convertido en una vieja temblona —se preguntó—, tú que eres famoso en todas las nueve aldeas por tu valor en la guerra? ¿Cómo puede alguien que ha matado cinco hombres en combate desmoronarse porque ha añadido

un muchacho a su número? Okonkwo, te has convertido realmente en una mujer.»

Se levantó inmediatamente, se echó la bolsa de piel de cabra al hombro y se fue a visitar a su amigo, Obierika.

Obierika estaba sentado fuera a la sombra de un naranjo trenzando haces para techar con hojas de rafia. Intercambió saludos con Okonkwo y le llevó a su *obi*.

—Iba a ir a verte en cuanto terminase de trenzar esa pieza —dijo sacudiéndose los granos de arena que tenía en los muslos.

—¿Todo bien? —preguntó Okonkwo.

—Sí —contestó Obierika—. Hoy va a venir el pretendiente de mi hija, y tengo la esperanza de que resolvamos el asunto del precio de la novia. Quiero que tú estés presente.

En ese momento entró en el *obi* Maduka, hijo de Obierika, saludó a Okonkwo y se dio la vuelta para irse.

—Ven y dame la mano —le dijo Okonkwo—. Me gustó mucho cómo luchaste el otro día.

El chico sonrió, le dio la mano y luego salió de la cabaña.

—Hará grandes cosas —dijo Okonkwo—. Si yo tuviese un hijo como él me sentiría feliz. Estoy preocupado por Nwoye. Hasta un cuenco de ñames molidos podría vencerle en una lucha. Prometen más sus hermanos pequeños. Pero te aseguro, Obierika, que mis hijos no se parecen a mí. ¿Dónde están los jóvenes retoños que han de crecer cuando muera el viejo banano? Si Ezinma hubiese sido un chico habría sido más feliz. Ella sí que tiene carácter.

—Te preocupas sin motivo —dijo Obierika—. Los niños son muy pequeños todavía.

—Nwoye tiene ya edad para fecundar a una mujer. Yo ya me las arreglaba solo a su edad. No, amigo mío, no es demasiado joven. Al pollo que se convertirá en gallo se le nota ya el día que rompe el cascarón. He hecho todo lo que he podido para convertirle en un hombre, pero hay en él demasiado de su madre.

«Demasiado de su abuelo», pensó Obierika, pero no lo dijo. También a Okonkwo le asaltó el mismo pensamiento. Pero había aprendido hacía mucho a ahuyentar aquel fantasma. Siempre que le atribulaba la idea de la debilidad y el fracaso de su padre, la ahuyentaba pensando en su propia fuerza y en su éxito. Y lo mismo hizo entonces. Su pensamiento se desplazó hacia su última muestra de virilidad.

—No puedo entender por qué te negaste a venir con nosotros a matar a aquel chico —le dijo a Obierika.

—Porque no quería ir —contestó con aspereza Obierika—. Tenía cosas mejores que hacer.

—Parece que pusieses en duda la autoridad y la decisión del oráculo, que dijo que tenía que morir.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? Pero el oráculo no me pidió que ejecutara su sentencia.

—Pero alguien tenía que hacerlo. Si todos tuviésemos miedo a la sangre, no se haría. ¿Y qué crees que haría entonces el oráculo?

—Tú sabes muy bien, Okonkwo, que yo no tengo miedo a la sangre; y si alguien te dice que lo tengo, está diciendo una mentira. Y deja que te diga una cosa, amigo mío: yo en tu caso me habría quedado en casa. Lo que has hecho no complacerá a la Tierra. Por actos como ese es por los que la diosa extermina familias enteras.

—La Tierra no puede castigarme por obedecer a su mensajero —dijo Okonkwo—. A un niño no se le queman los dedos por un trozo de ñame caliente que su madre le ponga en la palma.

—Eso es cierto —aceptó Obierika—. Pero si el oráculo dijese que había que matar a mi hijo yo ni lo discutiría ni sería el que lo hiciese.

Habrían seguido discutiendo si no hubiese llegado Ofoedu en ese momento. Era evidente por el brillo de sus ojos que tenía noticias importantes. Pero habría sido descortés acuciar-

le. Obierika le ofreció un lóbulo de la nuez de cola que había partido con Okonkwo. Ofoedu comió despacio y habló de las langostas. Cuando terminó su nuez de cola dijo:

—Las cosas que pasan estos días son muy extrañas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Okonkwo.

—¿Conocéis a Ogbuefi Ndulue? —preguntó Ofoedu.

—Ogbuefi Ndulue de la aldea de Ire —dijeron a la vez Okonkwo y Obierika.

—Murió esta mañana —dijo Ofoedu.

—Eso no tiene nada de extraño. Era el hombre más viejo de Ire —dijo Obierika.

—Tienes razón —dijo Ofoedu—. Pero deberías preguntar por qué no se ha tocado el tambor para comunicar a Umuofia su muerte.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez Obierika y Okonkwo.

—Esa es la parte extraña del asunto. ¿Conocéis a su primera esposa, que anda con un bastón?

—Sí. Se llama Ozoemena.

—Así es —dijo Ofoedu—. Ozoemena era, como sabéis, demasiado vieja para atender a Ndulue durante su enfermedad. Sus esposas más jóvenes se encargaban de eso. Esta mañana, cuando murió, una de esas mujeres fue a la cabaña de Ozoemena y se lo dijo. Ella se levantó de la estera, cogió el bastón y fue hasta el *obi*. Se puso allí en el umbral, de rodillas y apoyada en las manos, y llamó a su marido, que estaba echado en una estera. «Ogbuefi Ndulue», llamó, por tres veces, y volvió a su cabaña. Cuando la esposa más joven fue a buscarla de nuevo para que estuviese presente en el lavado del cadáver, se la encontró tendida en la estera, muerta.

—Eso es muy extraño, ciertamente —dijo Okonkwo—. Aplazarán el funeral de Ndulue hasta que haya sido enterrada su esposa.

—Por eso es por lo que no ha sonado el tambor para decirselo a Umuofia.

—Siempre decían que Ndulue y Ozoemena tenían un solo pensamiento —dijo Obierika—. Recuerdo que cuando era niño había una canción sobre ellos. Él no podía hacer nada sin decírselo a ella.

—No sabía eso —dijo Okonkwo—. Yo tenía entendido que él había sido un hombre de valor en su juventud.

—Lo era, sí —dijo Ofoedu.

Okonkwo movió la cabeza dubitativamente.

—Dirigió a Umuofia en la guerra en aquellos tiempos.

Okonkwo estaba empezando a sentirse otra vez como antes. Lo único que necesitaba era tener el pensamiento ocupado en algo. Si hubiese matado a Ikemefuna durante la ajetreada estación de la siembra o durante la de la recolección no habría sido tan duro; habría tenido el pensamiento centrado en el trabajo. Okonkwo no era un hombre de pensamiento, era un hombre de acción. Pero al no tener trabajo en que ocuparse, lo mejor que podía hacer era hablar.

Poco después de que se fuese Ofoedu, Okonkwo cogió su bolsa de piel de cabra para marcharse.

—Tengo que ir a casa a sangrar las palmeras para la tarde —dijo.

—¿Quién te sangra a ti los árboles altos? —preguntó Obierika.

—Umezulike —contestó Okonkwo.

—A veces pienso que habría sido mejor que no hubiese tomado el título de *ozo* —dijo Obierika—. Me resulta insoportable ver a esos jóvenes asesinar palmeras diciendo que las sangran.

—Así es, tienes razón —dijo Okonkwo—. Pero hay que respetar la ley del país.

—No sé de dónde habrá salido esa ley —dijo Obierika—. En muchos otros clanes no le está prohibido a un hombre con

título subir a una palmera. Aquí decimos que no puede subir al árbol cuando es alto, pero puede sangrar los que son pequeños y puede llegar a ellos desde el suelo. Es como Dimaragana, que no prestaba el cuchillo para cortar carne de perro porque para él el perro era tabú, pero se ofrecía a cortarla con los dientes.

—Yo creo que es bueno que nuestros clanes tengan en gran estima el título de *ozo* —dijo Okonkwo—. En esos otros clanes de los que hablas, el *ozo* vale tan poco que lo toman hasta los mendigos.

—Solo lo decía en broma —dijo Obierika—. En Abame y en Aninta el título no vale ni dos cauris. Todos los hombres llevan el hilo del título en el tobillo y no lo pierden ni aunque roben.

—Esos han mancillado el nombre del *ozo*, sí —dijo Okonkwo, levantándose para irse.

—No tardarán ya mucho en llegar mis parientes políticos —dijo Obierika.

—Volveré enseguida —dijo Okonkwo, observando la posición del sol.

Había siete hombres en la cabaña de Obierika cuando regresó Okonkwo. El pretendiente era un joven de unos veinticinco años y estaban con él su padre y su tío. Por parte de Obierika había dos hermanos suyos mayores que él y Maduka, su hijo de dieciséis años.

—Dile a la madre de Akueke que nos mande unas nueces de cola —dijo Obierika a su hijo.

Maduka salió de la cabaña al instante. La conversación se centró inmediatamente en él, y todo el mundo coincidió en que era vivo como un rayo.

—A veces pienso que demasiado vivo —dijo Obierika, con cierta complacencia—. Casi nunca camina. Siempre tiene

prisa. Si le mandas a un recado se va volando antes de que haya oído la mitad del mensaje.

—Tú también eras muy parecido —dijo su hermano mayor—. Como dice la gente: «Cuando la vaca come hierba, los terneros no apartan la vista de su boca». Maduka no ha apartado la vista de tu boca.

Aún estaban hablando cuando volvió el chico, seguido por Akueke, su hermanastra, que llevaba un plato de madera con tres nueces de cola y pimienta de cocodrilo. Le dio el plato al hermano mayor de su padre y luego estrechó con mucha timidez la mano de su pretendiente y de los parientes de este. Tenía unos dieciséis años y estaba madura para el matrimonio. El pretendiente y sus parientes examinaron su cuerpo joven con miradas expertas como para asegurarse de que era hermosa y estaba madura.

Llevaba un peinado que se convertía en una cresta en medio de la cabeza. Tenía dibujos negros hechos con *uli* por todo el cuerpo y se había frotado la piel ligeramente con madera de *cam*. Llevaba un collar negro que colgaba en tres vueltas justo por encima de los pechos, plenos y succulentos. Llevaba en los brazos brazaletes amarillos y rojos y cuatro o cinco *sártas de jigida*, o cuentas de cintura, a la cintura.

Después de estrecharles la mano, o más bien de extenderles la mano para que se la estrecharan, volvió a la cabaña de su madre a ayudar a hacer la comida.

—Quítate primero la *jigida* —le advirtió su madre cuando se aproximó al hogar para dejar la mano de almirez apoyada en la pared—. Todos los días te tengo que decir que la *jigida* y el fuego no son amigos. Y nunca me haces caso. Tienes las orejas de adorno, no para oír. El día menos pensado se te va a prender fuego la *jigida* cuando la lledes a la cintura, y entonces ya verás.

Akueke fue hasta el otro extremo de la cabaña y empezó a quitarse las *sártas*. Había que hacerlo despacio y con mucho

cuidado, cogiendo cada una por separado, para que no se rompiesen y hubiera que volver a ensartar el millar de piecitas diminutas. Fue empujando cada sarta hacia abajo con las palmas hasta que pasaron de las nalgas y se deslizaron hasta el suelo alrededor de sus pies.

Los hombres del *obi* habían empezado ya a beber el vino de palma que había llevado el pretendiente de Akueke. Era un vino muy bueno y potente, pues a pesar de que colgaba sobre la boca de la olla el fruto de la palma para contener el vigorizante licor, brotaba de ella y se derramaba espuma blanca.

—Este vino es obra de un buen sangrador —dijo Okonkwo.

El joven pretendiente, que se llamaba Ibe, sonrió satisfecho y le dijo a su padre:

—¿Oyes eso? —Y luego les dijo a los demás—: Nunca admitirá que soy un buen sangrador.

—Sangró tres de mis mejores árboles y los mató —dijo su padre, Ukegbu.

—Eso fue hace cinco años —dijo Ibe, que había empezado a escanciar el vino—, antes de que aprendiese a sangrar.

Llenó el primer cuerno y se lo dio a su padre. Luego fue sirviendo a los demás. Okonkwo sacó su gran cuerno de la bolsa de piel de cabra, sopló en él para quitar el polvo que pudiera tener, y se lo dio a Ibe para que lo llenara.

Los hombres, mientras bebían, hablaban de todo menos del asunto por el que se habían reunido. Solo cuando no quedó ya nada de vino en la olla carraspeó el padre del pretendiente y comunicó el objeto de su visita.

Entonces Obierika le dio un haz pequeño de palitos de escoba. Ukegbu los contó.

—Por fin estamos llegando a algo —comentó, y luego se volvió a su hermano y a su hijo y dijo—: Salgamos y hablemos los tres.

Se levantaron los tres y salieron. Cuando volvieron Ukegbu le devolvió el hacecillo de palos a Obierika. Él los contó: en vez de treinta había ya solo quince. Se los pasó a su hermano mayor, Machi, que los contó también y dijo:

—No habíamos pensado bajar de treinta. Pero como dijo el perro: «Si yo lo hago por ti y tú lo haces por mí, es juego y no lucha». El matrimonio debería ser un juego y no una lucha; así que vamos a jugar otra vez.

Y añadió diez palos a los quince y le dio el haz a Ukegbu.

Así fue como el precio de novia de Akueke quedó finalmente ajustado en veinte bolsas de cauris. Había oscurecido ya cuando las dos partes llegaron a este acuerdo.

—Ve y dile a la madre de Akueke que hemos terminado —dijo Obierika a su hijo Maduka.

Al cabo de un instante, la mujer entró con un cuenco grande de fufú. Después llegó la segunda esposa de Obierika con una olla de sopa y Maduka les llevó una olla de vino de palma.

Los hombres, mientras comían y bebían vino, hablaban de las costumbres de sus vecinos.

—Justamente esta mañana —dijo Obierika—, estábamos hablando Okonkwo y yo de Abame y de Aninta, donde los hombres titulados pueden subir a los árboles y moler fufú para sus esposas.

—Lo hacen todo al revés. No deciden el precio de la novia con palos, como hacemos nosotros. Discuten y regatean como si estuvieran comprando una cabra o una vaca en el mercado.

—Eso está muy mal —dijo el hermano mayor de Obierika—. Pero lo que en un sitio es bueno en otro es malo. En Umunso no regatean nada, ni siquiera con palos de escoba. El pretendiente sigue simplemente llevando bolsas de cauris hasta que sus parientes políticos le dicen que pare. Es una mala costumbre, porque siempre acaba en una riña.

—El mundo es grande —dijo Okonkwo—. He oído decir incluso que hay tribus en las que los hijos de un hombre pertenecen a su esposa y a la familia de su esposa.

—Eso no puede ser —dijo Machi—. Es como si dijeras que la mujer se pone encima del hombre cuando hacen los hijos.

—Es como esa historia de esos hombres blancos, que dicen que son igual de blancos que este trozo de tiza —dijo Obierika. Alzó un trozo de tiza, como los que todos los hombres tienen en sus *obis* y con los que los invitados hacen rayas en el suelo antes de comer nueces de cola—. Y esos hombres blancos dicen que no tienen dedos en los pies.

—¿Y no los habéis visto nunca? —preguntó Machi.

—¿Y vosotros? —preguntó Obierika.

—Hay uno que pasa a menudo por aquí —dijo Machi—. Se llama Amadi.

Los que conocían a Amadi se echaron a reír. Era un leproso, y el nombre cortés para la lepra era «la piel blanca».

Okonkwo durmió por primera vez en tres noches. Despertó una vez en plena noche y su pensamiento volvió a los últimos tres días sin hacerle sentirse disgustado. Empezó a preguntarse por qué razón había tenido que sentirse disgustado en realidad. Era como un hombre que se preguntase en plena luz del día por qué un sueño le había parecido tan terrible de noche. Se estiró y se rascó en el muslo donde le había picado un mosquito cuando dormía. Había otro zumbando junto a su oreja derecha. Se dio un golpe en la oreja y tuvo la esperanza de haberlo matado. ¿Por qué irán siempre a las orejas? Cuando era niño su madre le había contado un cuento sobre eso. Pero era tan tonto como todos los cuentos de las mujeres. Mosquito, le había contado, le había pedido a Oreja que se casara con él, ante lo cual Oreja se había caído al suelo presa de una risa incontrolable. «¿Cuánto crees tú que vivirás?», le preguntó. «Eres ya un esqueleto.» Mosquito se marchó humillado, y cada vez que se cruzaba con Oreja le decía que aún seguía vivo.

Okonkwo se giró y se volvió a dormir. Por la mañana le despertó alguien que llamaba a la puerta.

—¿Qué pasa? —gruñó.

Sabía que tenía que ser Ekwefi. Era la única de sus tres esposas que habría tenido la audacia de llamar a su puerta.

—Ezinma se está muriendo —dijo la voz de Ekwefi, y toda la tragedia y la pesadumbre de su vida estaban encerradas en aquellas palabras.

Okonkwo se levantó de la cama de un salto, alzó el pestillo de la puerta y corrió a la cabaña de Ekwefi.

Ezinma estaba tiritando echada en una esterilla al lado de un inmenso fuego que su madre había mantenido ardiendo toda la noche.

—Es *iba* —dijo Okonkwo mientras cogía el machete.

Y se fue al bosque a por las hojas y las hierbas y las cortezas de árboles de la medicina para el *iba*.

Ekwefi se arrodilló al lado de la niña enferma y le tocaba de vez en cuando con la palma la frente húmeda y ardiente.

Ezinma era hija única y el centro del mundo de su madre. Era ella con bastante frecuencia quien decidía la comida que debía preparar su madre. Ekwefi le daba incluso manjares como huevos, que raras veces se permitía comer a los niños porque una comida como esa les tentaba al robo. Un día que Ezinma estaba comiendo un huevo había llegado inesperadamente Okonkwo de su cabaña. Se había quedado muy sorprendido y había jurado que le daría una paliza a Ekwefi si se atrevía a darle otra vez huevos a la niña. Pero era imposible negarle algo a Ezinma. Después de la regañina de su padre se le había despertado un apetito aún más agudo de huevos. Y le complacía sobre todo el tener que comerlos a escondidas. Su madre la llevaba siempre a su dormitorio y cerraba la puerta.

Ezinma no llamaba a su madre «Nne» como todos los niños. La llamaba por su nombre, Ekwefi, como hacían su padre y los otros adultos. La relación que había entre ellas no era solo la de una madre y una hija. Había en aquella relación algo de la camaradería que hay entre iguales, reforzada por pequeñas conspiraciones como la de comer huevos en el dormitorio.

Ekwefi había sufrido mucho en la vida. Había tenido diez hijos y nueve de ellos habían muerto en la infancia, casi todos

antes de cumplir tres años. Al ir enterrando un hijo tras otro, el dolor fue dejando paso a la desesperación y luego a una amarga resignación. El nacimiento de sus hijos, que debería ser la corona de gloria de una mujer, se convirtió para Ekwefi en un mero calvario físico vacío de promesas. La ceremonia del nombre, después de siete semanas de mercado, se convirtió en un ritual carente de sentido. Su creciente desesperación se expresó en los nombres que puso a sus hijos. Uno de ellos era un grito patético, Onwumbiko: «Muerte, yo te imploro». Pero Muerte no hizo caso; Onwumbiko murió a los quince meses. Después tuvo una niña, Ozoemena: «Ojalá no suceda otra vez». Murió a los once meses, y otras dos más también después de ella. Ekwefi se volvió entonces desafiante y llamó a su hijo siguiente Onwuma: «Que se sacie la muerte». Y eso hizo.

Después de morir el segundo hijo de Ekwefi, Okonkwo había ido a ver a un hechicero que era también adivinador del oráculo de Afa, para ver qué era lo que pasaba. Este hombre le explicó que el niño era un *ogbanje*, uno de esos niños malvados que, cuando mueren, entran en el vientre de sus madres para nacer de nuevo.

—Cuando tu esposa vuelva a quedar embarazada —le dijo—, no la dejes dormir en su cabaña. Déjala que se vaya y esté con su gente. Eludiré de ese modo a ese torturador malévolo y romperá su ciclo maligno de nacimiento y muerte.

Ekwefi hizo lo que se le pedía. En cuanto quedó embarazada, se fue a vivir a otra aldea con su anciana madre. Allí nació su tercer hijo y allí fue circuncidado al cabo de ocho días. No volvió al recinto de Okonkwo hasta tres días antes de la ceremonia del nombre. Se le puso de nombre Onwumbiko.

Cuando murió, a Onwumbiko no se le hizo un entierro normal. Okonkwo había llamado a otro hechicero que era famoso en el clan porque sabía mucho sobre los niños *ogbanje*. Se llamaba Okagbue Uyanwa. Okagbue era un perso-

naje muy impresionante, alto, con una gran barba y toda la cabeza calva. Era de tez clara y tenía unos ojos fieros y enrojecidos. No paraba de rechinar los dientes cuando escuchaba a los que iban a consultarle. Le hizo a Okonkwo unas cuantas preguntas sobre el niño muerto. Todos los vecinos y parientes que habían ido al funeral estaban agrupados alrededor de ellos.

—¿Y en qué día de mercado nació? —preguntó.

—Oye —contestó Okonkwo.

—¿Y murió esta mañana?

Okonkwo dijo sí, y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que el niño había muerto el mismo día de mercado en el que había nacido. Los vecinos y parientes también se dieron cuenta de la coincidencia y comentaron que era muy significativo.

—¿Dónde dormiste con tu mujer, en tu *obi* o en su cabaña?

—En su cabaña.

—En el futuro llámala a tu *obi*.

El hechicero decidió que no se debía llorar al niño muerto. Sacó una afilada cuchilla de la bolsa de piel de cabra que llevaba colgada del hombro izquierdo y empezó a mutilar al niño. Luego se lo llevó para enterrarlo en el Bosque Maligno y se lo llevó hasta allí cogido del tobillo a rastras por el suelo. Después de semejante tratamiento se lo pensaría dos veces antes de volver, salvo que fuese uno de los tercios que volvían, portando la huella de su mutilación: les faltaba un dedo o puede que tuviesen una línea negra donde les había cortado la cuchilla del hechicero.

Por la época en que murió Onwumbiko, Ekwefi se había convertido en una mujer muy amargada. La primera esposa de su marido había tenido ya tres varones, todos fuertes y sanos. Cuando había dado a luz su tercer varón seguido, Okonkwo había sacrificado una cabra por ella, como era cos-

tumbre. Ekwefi no sentía hacia ella más que buenos deseos. Pero estaba tan amargada por su *chi* que no podía alegrarse con otros por su buena suerte. Y así, el día en que la madre de Nwoye celebraba el nacimiento de sus tres hijos con fiesta y música, Ekwefi fue la única persona de aquel grupo feliz que anduvo con una nube sobre la frente. La esposa de su marido pensó que se trataba de mala voluntad, como solían pensar las esposas de los maridos. ¿Cómo podía saber ella que la amargura de Ekwefi no se vertía hacia fuera, hacia otros, sino hacia dentro de su propia alma, que ella no reprochaba a otros su buena suerte, sino a su propio *chi* maligno, que se la negaba toda a ella?

Por fin nació Ezinma y, aunque enfermiza, parecía decidida a vivir. Ekwefi la aceptó al principio como había aceptado a los otros: con una resignación apática. Pero cuando siguió viviendo hasta los cuatro, cinco y seis años, volvió a sentir de nuevo amor de madre, y con el amor llegó la angustia. Decidió cuidar a su hija para que estuviese sana y puso en ello todo su ser. Se vio recompensada con esporádicos periodos de salud, durante los cuales Ezinma burbujeaba energía como el vino de palma nuevo. En esas ocasiones parecía fuera de peligro. Pero se hundía de nuevo bruscamente. Todo el mundo sabía que era una *ogbanje*. Estos episodios de enfermedad y de salud eran típicos de su género. Pero había vivido tanto que quizá hubiese decidido quedarse. Los había que acababan cansándose de sus ciclos malignos de nacimiento y muerte, o se apiadaban de sus madres y se quedaban. Ekwefi creía en lo profundo de su ser que Ezinma había venido para quedarse. Lo creía porque esa fe era lo único que daba a su propia vida un poco de sentido. Y esa fe se había reforzado cuando un año atrás, más o menos, un hechicero había desenterrado la *iyi-uwa* de Ezinma. Todo el mundo supo entonces que viviría porque su vínculo con el mundo del *ogbanje* había quedado roto. Ekwefi se tranquilizó. Pero estaba tan angustiada por su

hija que no podía librarse del todo de su miedo. Y aunque creía que la *iyi-uwa* que había sido desenterrada era auténtica, no podía ignorar el hecho de que había algunos niños realmente malignos que inducían a la gente a desenterrar una falsa.

Pero la *iyi-uwa* de Ezinma había dado la impresión de ser bastante real. Era un guijarro liso envuelto en un trapo sucio. El hombre que lo desenterró fue el mismo Okagbue, que era famoso en todo el clan por su conocimiento de aquellos asuntos. Ezinma no había querido cooperar con él al principio. Pero ya se esperaba eso. Ningún *ogbanje* revelaba sus secretos fácilmente, y la mayoría de ellos no lo hacían nunca porque morían demasiado pequeños, antes de que se les pudiera preguntar nada.

—¿Dónde enterraste tu *iyi-uwa*? —preguntó la niña a su vez cuando le preguntaron.

—Tú ya sabes lo que es. La enterraste en el suelo en algún sitio para poder morir y volver otra vez a atormentar a tu madre.

Ezinma miró a su madre, que tenía los ojos fijos en ella, tristes y suplicantes.

—Responde ahora mismo a la pregunta —bramó Okonkwo, que estaba de pie a su lado.

Estaba allí toda la familia, y había también unos cuantos vecinos.

—Déjame la a mí —dijo con voz fría y segura el hechicero a Okonkwo. Se volvió otra vez hacia Ezinma—. ¿Dónde enterraste tu *iyi-uwa*?

—Donde entierran a los niños —replicó ella, y los silenciosos espectadores cuchichearon para sí.

—Ven conmigo, entonces, y enséñame el sitio —dijo el hechicero.

El grupo se puso en marcha guiado por Ezinma y con Okagbue siguiéndole los pasos muy de cerca. Luego iba Okon-

kwo y detrás de él Ekwefi. Ezinma, cuando llegó al camino principal, giró a la izquierda como si se dirigiese al arroyo.

—Pero tú dijiste que era donde enterraban a los niños, ¿no? —preguntó el hechicero.

—No —dijo Ezinma, cuya sensación de ser importante se manifestaba en un paso vivo.

A veces echaba a correr y volvía a pararse de pronto. La gente la seguía en silencio. Mujeres y niños que regresaban del arroyo con cántaros de agua sobre la cabeza se preguntaban qué estaría pasando hasta que veían a Okagbue y suponían que debía de ser algo que tenía que ver con un *ogbanje*. Y todos conocían perfectamente a Ekwefi y a su hija.

Cuando Ezinma llegó al gran árbol *udala* se desvió a la izquierda y se metió en la espesura y todos la siguieron. Debido a su escasa talla se abría camino entre los árboles y las enredaderas más deprisa que los que la seguían. Se llenó la espesura del rumor de las pisadas sobre hojas secas y palitos y del roce de las ramas de los árboles al apartarlas. Ezinma se adentraba más y más y la gente la seguía. Hasta que dio la vuelta de pronto y empezó a regresar al camino. Se pararon todos para dejarla pasar y luego la siguieron.

—Si nos has hecho venir hasta aquí para nada te voy a enseñar yo a tener juicio a bofetadas —amenazó Okonkwo.

—Te he dicho que la dejes en paz. Yo sé cómo tratar con ellos —dijo Okagbue.

Ezinma les condujo de nuevo hasta el camino, miró a derecha e izquierda y giró a la derecha. Y llegaron así otra vez a casa.

—¿Dónde enterraste tu *iyi-uwa*? —preguntó Okagbue cuando Ezinma se paró por fin a la entrada del *obi* de su padre.

La voz de Okagbue no se alteraba. Era tranquila y firme.

—Está junto al naranjo —dijo Ezinma.

—¿Y por qué no lo dijiste, hija malvada de Akalogoli? —gritó Okonkwo furioso.

El hechicero no le hizo caso.

—Muéstrame el sitio exacto —le dijo tranquilamente a Ezinma.

—Está aquí —dijo ella cuando llegaron al árbol.

—Señala el sitio con el dedo —dijo Okagbue.

—Es aquí —dijo Ezinma tocando el suelo con el dedo.

Okonkwo estaba plantado allí al lado, gruñendo como un trueno en la estación de las lluvias.

—Tráeme una azada —dijo Okagbue.

Cuando Ekwefi trajo la azada, él ya había dejado a un lado su bolsa de piel de cabra y la túnica y estaba con la ropa interior, una tira de tela larga y delgada alrededor de la cintura como un cinturón que le pasaba luego entre las piernas y se ataba atrás al cinturón. Se puso a trabajar inmediatamente cavando un pozo donde había indicado Ezinma. Los vecinos se sentaron por allí a mirar cómo se iba haciendo más y más profundo el pozo. Después de la capa superficial oscura, apareció la tierra de un rojo claro con la que las mujeres frotaban el suelo y las paredes de las cabañas. Okagbue trabajaba infatigablemente y en silencio, le brillaba la espalda de la transpiración. Okonkwo estaba plantado junto al hoyo. Le dijo a Okagbue que subiera y descansara, que él le relevaría. Pero Okagbue dijo que aún no estaba cansado.

Ekwefi se fue a su cabaña a cocinar ñames. Su marido había sacado más de los habituales porque había que dar de comer al hechicero. Ezinma fue con ella y la ayudó a preparar la verdura.

—Hay demasiada verdura —dijo.

—¿No ves que está la olla llena de ñames? —dijo Ekwefi—. Y ya sabes que las hojas se vuelven más pequeñas al hacerse.

—Sí —dijo Ezinma—, por eso fue por lo que mató a su madre la serpiente-lagarto.

—Muy cierto —dijo Ekwefi.

—Le dio a su madre siete cestas de verdura para cocinar y al final solo había tres. Por eso la mató —dijo Ezinma.

—Ese no es el final de la historia.

—Ajá —dijo Ezinma—, ahora me acuerdo. Llevó otras siete cestas y las cocinó ella misma. Y se hicieron otra vez solo tres. Así que se mató ella también.

Okagbue y Okonkwo seguían cavando en el hoyo junto a la entrada del *obi* para descubrir dónde había enterrado Ezinma su *iyi-wwa*. Los vecinos seguían sentados por allí, mirando. El hoyo era tan hondo que no veían ya al cavador. Solo veían la tierra roja que lanzaba, cuyo montón iba creciendo. Nwoye, el hijo de Okonkwo, no se apartaba del borde del hoyo porque no quería perderse nada de lo que pasaba.

Okagbue había relevado ya a Okonkwo cavando. Trabajaba en silencio, como siempre. Los vecinos y las esposas de Okonkwo se habían puesto ya a hablar. Los niños habían perdido interés y estaban jugando.

De pronto Okagbue salió a la superficie de un salto, con la agilidad de un leopardo.

—Está muy cerca ya —dijo—. La he sentido.

Hubo una brusca agitación y los que estaban sentados se levantaron enseguida.

—Llama a tu esposa y a tu hija —le dijo a Okonkwo.

Pero Ekwefi y Ezinma habían oído el ruido y habían salido corriendo a ver qué era.

Okagbue volvió al hoyo, que estaba ahora rodeado de espectadores. Tras unos cuantos golpes de azada más apareció la *iyi-wwa*. La alzó cuidadosamente con la azada y la lanzó a la superficie. Algunas mujeres escaparon corriendo asustadas cuando la tiró. Pero volvieron enseguida y se quedaron todos mirando aquel trapo a una distancia prudencial. Salió por fin Okagbue y sin decir una palabra ni mirar siquiera a los espectadores fue hasta su bolsa de piel de cabra, sacó dos hojas y empezó a mascarlas. Después de tragárselas, alzó el trapo con la mano izquierda y empezó a desatarlo. Y entonces cayó al suelo el guijarro, liso y relumbrante. Lo recogió.

—¿Es tuyo esto? —le preguntó a Ezinma.

—Sí —contestó ella.

Todas las mujeres lanzaron gritos de alegría porque se habían acabado por fin los problemas de Ekwefi.

Todo esto había pasado hacía más de un año, y Ezinma no había estado enferma desde entonces. Y luego, de pronto, había empezado a tiritar de noche. Ekwefi la llevó junto al hogar, extendió la esterilla y encendió el fuego. Pero se había ido poniendo cada vez peor. Mientras estaba de rodillas a su lado, tocando con la palma de la mano la frente húmeda y ardiente, rezó un millar de veces. Aunque las esposas de su marido decían que no era más que *iba*, ella no las oía.

Okonkwo volvió del bosque trayendo sobre el hombro izquierdo una gran carga de hierbas y hojas, raíces y cortezas de árboles y arbustos medicinales. Entró en la cabaña de Ekwefi, posó la carga y se sentó.

—Dame una olla —dijo—, y deja a esa niña en paz.

Ekwefi fue a por la olla y Okonkwo escogió lo mejor de su carga, en las proporciones debidas, y lo troceó. Luego lo echó en la olla y Ekwefi fue añadiendo agua.

—¿Es bastante? —preguntó después de echar la mitad del agua del cuenco.

—Un poco más... he dicho un poco. ¿Estás sorda? —bramó Okonkwo.

Ella puso la olla al fuego y Okonkwo recogió el machete para volver a su *obi*.

—Has de vigilar la olla con mucha atención —dijo al marcharse—, no debes dejar que se derrame. Si se derrama perderá todo su poder.

Él se fue a su cabaña y Ekwefi se puso a cuidar la olla de la medicina casi como si fuese también una niña enferma. Sus

ojos iban constantemente de Ezinma a la olla hirviendo y otra vez a Ezinma.

Okonkwo volvió cuando le pareció que la medicina había hervido ya suficiente. La examinó y dijo que estaba hecha.

—Trae un taburete bajo para Ezinma —dijo—, y una esterilla gruesa.

Él retiró la olla del fuego y la puso delante del taburete. Luego levantó a Ezinma y la puso en el taburete, sobre la olla humeante. Después echó sobre las dos la esterilla gruesa. Ezinma forcejeó para escapar de aquel vapor desagradable y sofocante, pero la sujetaban. Rompió a llorar.

Cuando retiraron por fin la esterilla la niña estaba empapada de sudor. Ekwefi la limpió con un paño y luego se echó en una esterilla seca y se durmió enseguida.

En cuanto empezó a aplacarse el calor del sol y no era ya doloroso para el cuerpo, empezaron a reunirse grandes multitudes en el *ilo* de la aldea. La mayoría de las ceremonias comunales se hacían a aquella hora del día, así que incluso cuando se decía que una ceremonia iba a empezar «después de la comida de mediodía» todo el mundo entendía que empezaría mucho después, cuando el calor del sol se hubiese aplacado.

Era evidente, por cómo estaba la gente de pie y sentada, que se trataba de una ceremonia para hombres. Había muchas mujeres, pero miraban desde los márgenes, como espectadoras. Los ancianos y los hombres titulados estaban sentados en sus taburetes, esperando que empezasen los juicios. Frente a ellos había una hilera de taburetes, en los que no se sentaba nadie. Había nueve. Detrás de los taburetes, a una respetable distancia, había dos grupos pequeños de personas de pie. Había tres hombres en un grupo y tres hombres y una mujer en el otro. La mujer era Mgbafo, y los tres hombres que estaban con ella, sus hermanos. En el otro grupo estaba su marido, Uzowulu, acompañado por sus parientes. Mgbafo y sus hermanos estaban inmóviles como estatuas en cuyas caras el artista hubiese esculpido desafío. Uzowulu y sus parientes, por su parte, cuchicheaban entre ellos. Bueno, parecía que cuchicheaban.

cheaban pero en realidad estaban hablando a voz en grito. Y es que estaba hablando todo el mundo. Era como el mercado. Desde lejos el ruido era un rumor intenso que arrastraba el viento.

Sonó un gong de hierro, que levantó una oleada de expectación entre la gente. Todos miraron hacia la casa de los *egwugwu*. Gong, gong, gong, gong, hacía el gong, y una potente flauta emitió un toque agudo. Llegaron luego las voces de los *egwugwu*, guturales y sobrecogedoras. La onda golpeó a las mujeres y a los niños y hubo un retroceso en estampida. Pero fue momentáneo. Estaban ya lo suficientemente lejos donde estaban y había sitio para escapar corriendo si algún *egwugwu* se dirigía hacia ellos.

Sonó de nuevo el tambor y silbó la flauta. La casa de los *egwugwu* era ya una algarabía de voces trémulas: «Aru oyim de de de dei!» llenó el aire en el momento en que los espíritus de los antepasados salieron de la tierra, para saludarlos en su lengua esotérica. La casa de los *egwugwu* de la que salían daba al bosque y no a la gente, que solo veía la parte de atrás de ella con los muchos dibujos y formas multicolores hechos a intervalos regulares por mujeres especialmente elegidas. Estas mujeres no veían nunca el interior de la cabaña. Ninguna mujer lo hacía jamás. Limpiaban y pintaban las paredes por fuera vigiladas por hombres. Si imaginaban lo que había dentro, se guardaban para ellas lo que imaginaban. Ninguna mujer hacía nunca preguntas sobre el culto más poderoso y más secreto del clan.

«Aru oyim de de de dei!» Las palabras revoloteaban por la cabaña cerrada y a oscuras como lenguas de fuego. Los espíritus ancestrales del clan habían salido ya. El gong metálico batía constantemente ahora y el sonido de la flauta, agudo y potente, flotaba sobre el caos.

Y entonces aparecieron los *egwugwu*. Las mujeres y los niños lanzaron un gran grito y echaron a correr. Era instintivo.

Las mujeres huían en cuanto aparecía un *egwugwu*. Y cuando salían juntos, como aquel día, nueve de los espíritus enmascarados más grandes del clan, era un espectáculo aterrador. Hasta Mgbafo echó a correr y tuvieron que sujetarla sus hermanos.

Cada uno de los nueve *egwugwu* representaba a una aldea del clan. Su jefe se llamaba Bosque Maligno. Le salía humo de la cabeza.

Las nueve aldeas de Umuofia habían nacido de los nueve hijos del primer padre del clan. Bosque Maligno representaba a la aldea de Umeru, o de los hijos de Eru, que era el mayor de los nueve hijos.

—*Umuofia kwenu!* —gritó el *egwugwu* jefe, empujando el aire con sus brazos de rafia.

—*Yaa!* —contestaron los ancianos del clan.

—*Umuofia kwenu!*

—*Yaa!*

—*Umuofia kwenu!*

—*Yaa!*

Bosque Maligno golpeó entonces en el suelo con el extremo afilado de su bastón tintineante. Y el bastón empezó a vibrar y a tintinear, como si estuviese animado por una vitalidad metálica. Bosque Maligno ocupó el primero de los taburetes vacíos y los otros ocho *egwugwu* empezaron a sentarse después de él por orden de edad.

Tal vez las esposas de Okonkwo, y puede que otras mujeres más, se hubiesen dado cuenta de que el segundo *egwugwu* tenía el paso vivo y elástico de Okonkwo. Y puede que también se hubiesen fijado en que Okonkwo no estaba entre los ancianos y hombres titulados que se sentaban detrás de la fila de los *egwugwu*. Pero si pensaron estas cosas se las guardaron para ellas. El *egwugwu* del paso elástico y vivo era uno de los padres difuntos del clan. Tenía un aspecto terrible con el cuerpo de rafia ahumada, una cara inmensa de madera pintada de blanco salvo por los agujeros redondos de los ojos y los dien-

tes chamuscados que eran tan grandes como los dedos de un hombre. Tenía en la cabeza dos potentes cuernos.

Cuando estuvieron ya sentados todos los *egwugwu* y se hubo apagado el rumor de las muchas campanitas y cascabelles que llevaban encima, Bosque Maligno se dirigió a los dos grupos de personas que tenía enfrente.

—Cuerpo de Uzowulu, yo te saludo —dijo.

Los espíritus siempre llamaban «cuerpos» a los humanos. Uzowulu se inclinó y tocó la tierra con la mano derecha en señal de sumisión.

—Padre nuestro, he tocado el suelo con la mano —dijo.

—Cuerpo de Uzowulu, ¿me conoces? —preguntó el espíritu.

—¿Cómo puedo yo conocerte, padre? Tú estás por encima de nuestro conocimiento.

Bosque Maligno se volvió entonces al otro grupo y se dirigió al más viejo de los tres hermanos.

—Cuerpo de Odukwe, te saludo —dijo, y Odukwe se inclinó y tocó la tierra.

Entonces empezó la vista.

Uzowulu se adelantó y expuso su caso.

—Esa mujer que está ahí de pie es mi esposa, Mgbafo. Me casé con ella con mi dinero y mis ñames. No debo nada a mis parientes políticos. No les debo ni un ñame. No les debo ni una malanga. Una mañana tres de ellos vinieron a mi casa, me pegaron y se llevaron a mi esposa y a mis hijos. Eso fue en la estación de las lluvias. Esperé en vano que mi esposa volviera. Por último fui a ver a mis parientes políticos y les dije: «Os habéis llevado otra vez a vuestra hermana. Yo no la despedí. Os la llevasteis vosotros. Según la ley del clan debéis devolverme su precio de novia». Pero los hermanos de mi esposa respondieron que no tenían nada que decirme. Así que he llevado el asunto a los padres del clan. Ya he expuesto mi caso. Os saludo.

—Tus palabras son buenas —dijo el jefe de los *egwugwu*—. Oigamos a Odukwe. También pueden ser buenas sus palabras.

Odukwe era bajo y corpulento. Se adelantó, saludó a los espíritus y empezó su relato.

—Mi cuñado ha contado que fuimos a su casa, le pegamos y nos llevamos a su esposa y a sus hijos. Todo eso es verdad. Os contó que vino a que le devolviéramos el precio de la novia y que nos negamos a dárselo. Eso es verdad también. Mi cuñado, Uzowulu, es un animal. Mi hermana vivió nueve años con él. Durante todos esos años no pasó ni un solo día en el cielo sin que le pegase. Hemos intentado terciar en sus disputas innumerables veces y siempre tenía la culpa Uzowulu...

—¡Eso es mentira! —gritó Uzowulu.

—Hace dos años —continuó Odukwe—, le pegó cuando estaba embarazada hasta que abortó.

—Es mentira. Abortó después de haberse ido a dormir con su amante.

—Cuerpo de Uzowulu, te saludo —dijo Bosque Maligno, haciéndole callar—. ¿Qué clase de amante duerme con una mujer embarazada?

Hubo un sonoro murmullo de aprobación de la multitud. Odukwe continuó:

—El año pasado, cuando mi hermana se estaba recuperando de una enfermedad, volvió a pegarle de manera que si no hubiesen acudido los vecinos a salvarla la habría matado. Nos enteramos e hicimos lo que se os ha dicho. La ley de Umuofia es que si una mujer huye de su marido se devuelve su precio de novia. Pero en este caso ella huyó para salvar la vida. Sus dos hijos pertenecen a Uzowulu. No lo discutimos, pero son demasiado pequeños para separarse de su madre. Por otra parte, si Uzowulu se recupera de su locura y viniese del modo apropiado a pedir a su esposa que vuelva, ella lo hará

con el sobreentendido de que si vuelve a pegarle alguna vez nosotros le cortaremos los genitales.

La gente rompió a reír. Bosque Maligno se levantó e inmediatamente se restableció el orden. La nube de humo seguía alzándose de su cabeza. Volvió a sentarse y llamó a dos testigos. Eran los dos vecinos de Uzowulu, y confirmaron lo de las palizas. Entonces Bosque Maligno se puso de pie, alzó el bastón y volvió a pegar con él en la tierra. Corrió unos pasos en dirección a las mujeres; huyeron todas aterradas, pero volvieron a sus sitios inmediatamente. Luego los nueve *egwugwu* se retiraron a su casa a deliberar. Estuvieron silenciosos largo rato. Luego sonó el gong metálico y silbó la flauta. Los *egwugwu* habían salido de nuevo de su hogar subterráneo. Se saludaron entre ellos y luego reaparecieron en el *ilo*.

—*Umuofia kwenu!* —bramó Bosque Maligno, frente a los ancianos y notables del clan.

—*Yaa!* —replicó la atronadora multitud, y luego el silencio cayó del cielo y se tragó el ruido.

Bosque Maligno empezó a hablar, y mientras él habló todos guardaron silencio. Los otros ocho *egwugwu* estaban inmóviles como estatuas.

—Hemos oído a las dos partes de este asunto —dijo Bosque Maligno—. Nuestro deber no es culpar a este hombre o alabar a aquel, sino resolver la disputa.

Se volvió al grupo de Uzowulu y se permitió una leve pausa.

—Cuerpo de Uzowulu, ¿me conoces?

—¿Cómo puedo conocerte, padre? Tú estás por encima de nuestro conocimiento —replicó Uzowulu.

—Yo soy Bosque Maligno. Yo mato a un hombre el día en que su vida es más dulce para él.

—Eso es verdad —replicó Uzowulu.

—Ve a ver a tus parientes políticos con un cántaro de vino y ruega a tu esposa que vuelva contigo. No es bravura cuando un hombre pelea con una mujer.

Se volvió hacia Odukwe y se permitió una breve pausa.

—Cuerpo de Odukwe, te saludo —dijo.

—He tocado el suelo con la mano —contestó Odukwe.

—¿Me conoces?

—Ningún hombre puede conocerte —dijo Odukwe.

—Soy Bosque Maligno, soy «Carne Seca que Llena la Boca», soy «Fuego que Arde sin Astillas». Si tu cuñado te lleva vino, deja que tu hermana se vaya con él. Te saludo.

Y alzó el bastón de la tierra dura y volvió a pegar con él en ella.

—*Umuofia kwenu!* —bramó, y la multitud contestó.

—No sé por qué una nimiedad como esta ha de llegar hasta los *egwugwu* —le dijo un anciano a otro.

—¿Es que no sabes qué clase de hombre es Uzowulu? No acataría la decisión de nadie más —contestó el segundo anciano.

Mientras ellos hablaban, otros dos grupos de personas habían sustituido a los primeros ante los *egwugwu*, y se inició un importante caso sobre unas tierras.

La noche era de una oscuridad impenetrable. La luna había ido saliendo más y más tarde cada noche, hasta que solo se la veía ya al amanecer. Y siempre que la luna abandonaba la noche y salía con el canto del gallo las noches eran negras como el carbón.

Ezinma y su madre estaban sentadas en una esterilla en el suelo después de cenar fufú de ñame y sopa de hoja amarga. Una lámpara de aceite de palma daba una luz amarillenta. Sin ella, habría sido imposible comer; no habría sabido uno dónde tenía la boca en la oscuridad de aquella noche. Había una lámpara de aceite en cada una de las cabañas del recinto de Okonkwo y parecía cada una de ellas vista desde las otras un blando ojo de media luz amarilla asentado en la solidez maciza de la noche.

El mundo estaba silencioso salvo por el griterío estridente de los insectos, que formaba parte de la noche, y el rumor de la mano del almirez de Nwayieke que molía su fufú. Nwayieke vivía a cuatro recintos de distancia y era famosa por lo tarde que cocinaba. Todas las mujeres de la vecindad conocían el sonido de la mano de almirez de Nwayieke. También formaba parte de la noche.

Okonkwo había comido de lo que habían cocinado sus esposas y estaba ahora echado, con la espalda apoyada en la

pared. Buscó en su bolsa y sacó la botella de rapé. La inclinó sobre la palma de la mano izquierda pero no salió nada. Golpeó con la botella en la rodilla para mover el tabaco. Siempre había ese problema con el rapé de Okeke. Se humedecía enseguida, y tenía demasiado salitre. Hacía mucho tiempo ya que Okonkwo no recurría a él para el rapé. Idigo era el hombre que sabía moler buen rapé. Pero había caído enfermo recientemente.

A Okonkwo le llegaban voces apagadas, interrumpidas de vez en cuando por canciones, de las cabañas de sus esposas, que estaban cada una de ellas con sus hijos, contando cuentos. Ekwefi y su hija, Ezinma, estaban sentadas en una esterilla en el suelo. Ahora le tocaba a Ekwefi contar una historia.

—Una vez —empezó— todos los pájaros fueron invitados a un banquete en el cielo. Estaban muy contentos y empezaron a prepararse para el gran día. Se pintaron el cuerpo con madera de *cam* roja y se hicieron hermosos dibujos con *uli*.

»Tortuga vio estos preparativos y pronto descubrió lo que significaba todo. Nada de lo que pasaba en el mundo de los animales escapaba nunca a su atención; Tortuga era muy listo. En cuanto se enteró del gran banquete que iba a haber en el cielo empezó a picarle la garganta solo de pensarlo. Había una hambruna por entonces y Tortuga llevaba dos lunas sin comer una comida en condiciones. Le tintineaba el cuerpo como el trozo de un palito seco dentro de la oquedad de su caparazón. Así que empezó a planear cómo podía ir al cielo.

—Pero no tenía alas —dijo Ezinma.

—Ten paciencia —replicó su madre—. Esa es la historia.

»Tortuga no tenía alas, pero fue a los pájaros y les pidió que le dejaran ir con ellos.

»“Te conocemos demasiado bien”, dijeron los pájaros después de oírle. “Eres muy listo y eres un ingrato. Si te dejásemos venir con nosotros pronto empezarías a hacer de las tuyas.”

»“Vosotros no me conocéis”, dijo Tortuga. “He cambiado. He aprendido que el que perjudica a los demás se perjudica también a sí mismo.”

»Tortuga sabía hablar muy bien, y al poco rato todos los pájaros acabaron convenciéndose de que había cambiado, y cada uno de ellos le dio una pluma, con las cuales se hizo dos alas.

»Por fin llegó el gran día, y Tortuga fue el primero que llegó al lugar de la cita. Cuando estuvieron todos los pájaros reunidos, levantaron el vuelo todos juntos. Tortuga se puso muy contento y parlanchín volando allí entre los pájaros, y pronto le eligieron para que hablara por el grupo porque era un gran orador.

»“Hay una cosa importante que no debemos olvidar”, dijo mientras iban volando. “Cuando la gente está invitada a un gran banquete como este, adopta nombres nuevos para la ocasión. Nuestros anfitriones del cielo esperarán que nosotros respetemos esa antigua costumbre.”

»Ninguno de los pájaros había oído hablar de aquella costumbre, pero sabían que Tortuga, a pesar de sus fallos en otros aspectos, era una persona muy viajada que conocía las costumbres de muchos pueblos. Así que cada uno adoptó un nombre nuevo. Cuando habían escogido ya todos un nombre, Tortuga eligió el suyo. Él iba a llamarse Todos Vosotros.

»Por fin el grupo llegó al cielo, y los anfitriones se pusieron muy contentos al verles. Tortuga se plantó delante de ellos con su plumaje de muchos colores y les dio las gracias por su invitación. Su discurso fue tan elocuente que todos los pájaros se alegraron de haberle llevado, y asentían con la cabeza aprobando todo lo que decía. Los anfitriones le tomaron por el rey de los pájaros, sobre todo porque parecía algo distinto a los demás.

»Después de que trajeron nueces de cola y se las comieron, la gente del cielo puso delante de los invitados los platos más

exquisitos que Tortuga hubiese podido ver o imaginar. La sopa la llevaron caliente del fuego y en la misma olla en que había sido cocinada. Estaba llena de carne y de pescado. Tortuga empezó a olisquear sonoramente. Había ñame molido y también potaje de ñame hecho con aceite de palma y pescado fresco. Había también ollas de vino de palma. Cuando estuvo ya todo servido delante de los invitados, uno de los del cielo se adelantó y probó un poco de cada olla. Luego invitó a los pájaros a comer. Pero Tortuga se levantó rápidamente y preguntó:

» «¿Para quién habéis preparado esta fiesta?»

» «Para todos vosotros», contestó el otro.

» Tortuga se volvió hacia los pájaros y dijo:

» «Recordáis que me llamo Todos Vosotros. Aquí la costumbre es servir al portavoz primero y a los otros después. Os servirán cuando yo haya comido.»

» Empezó a comer, y los pájaros gruñían furiosos. La gente del cielo creyó que debían de tener por costumbre dejar toda la comida para su rey. Y así Tortuga comió lo mejor de lo que habían servido y bebió dos ollas de vino de palma, hasta que quedó harto ya de comer y beber y llenó toda la concha con el cuerpo.

» Los pájaros se juntaron para comer lo que quedaba y para picotear los huesos que Tortuga había tirado por el suelo. Algunos de ellos estaban demasiado furiosos para poder comer. Prefirieron volver volando a casa con el estómago vacío. Pero antes de irse recuperaron cada uno la pluma que le habían prestado a Tortuga. Y allí se quedó Tortuga con su caparazón duro, lleno de comida y de vino pero sin alas para volar a casa. Les pidió a los pájaros que le dieran un recado a su mujer, pero todos se negaron. Al final Loro, que era el que más furioso se había puesto, cambió de pronto de opinión y aceptó llevar el recado.

» «Dile a mi esposa», dijo Tortuga, «que saque todas las cosas blandas que hay en mi casa y que cubra el recinto con

ellas para que pueda yo saltar desde el cielo hasta allí sin hacerme demasiado daño.”

»Loro prometió dar el recado, y se fue volando. Pero cuando llegó a casa de Tortuga le dijo a su esposa que sacara todas las cosas duras de la casa. Así que sacó las azadas de su marido, los machetes, las lanzas, los fusiles y hasta un cañón que tenía. Tortuga miró hacia abajo desde el cielo y vio que su mujer estaba sacando cosas, pero estaba demasiado lejos para ver qué eran. Cuando estuvo todo listo se dejó caer. Fue cayendo y cayendo y cayendo hasta que empezó a temer que no pararía nunca de caer. Y luego se estrelló contra su recinto con un estruendo que fue como el estampido de su cañón.

—¿Y murió? —preguntó Ezinma.

—No —contestó Ekwefi—. Se le hizo pedazos el caparazón. Pero había un hechicero muy bueno en el vecindario. La esposa de Tortuga le mandó llamar y él reunió todos los pedacitos de caparazón y los pegó. Esa es la razón de que el caparazón de Tortuga no sea liso.

—No hay ninguna canción en la historia —indicó Ezinma.

—No —dijo Ekwefi—. Pensaré en otra que tenga una canción. Pero ahora te toca a ti.

—Una vez —empezó Ezinma— Tortuga y Gato fueron a luchar con Ñames... No, no empieza así. Una vez hubo una gran hambruna en el país de los animales. Todos estaban flacos menos Gato, que estaba gordo y tenía el cuerpo lustroso como si se lo hubiera frotado con aceite...

Se interrumpió porque en ese mismo instante rompió el silencio exterior de la noche una voz sonora y aguda. Era Chielo, la sacerdotisa de Agbala, que profetizaba. Eso no era ninguna novedad. De vez en cuando la poseía el espíritu de sus dios y empezaba a profetizar. Pero esa noche estaba dirigiendo su profecía y sus saludos a Okonkwo, así que todos los de la familia se pusieron a escuchar. Cesaron los cuentos.

—*Agbala do-o-o-o!* *Agbala ekeneo-o-o-o-o!* —La voz lle-

gaba como un cuchillo afilado que cortase la noche—. *Okonkwo! Agbala ekene gio-o-o-o! Agbala cholu ifu ada ya Ezinmao-o-o-o!*

Ekwefi, al oír el nombre de Ezinma, alzó la cabeza como un animal que hubiese olfateado la muerte en el aire. Le dio un doloroso vuelco el corazón dentro del pecho.

La sacerdotisa había llegado ya al recinto de Okonkwo y estaba hablando con él a la puerta de su cabaña. Le estaba diciendo una y otra vez que Agbala quería ver a su hija Ezinma. Okonkwo le rogó que volviese por la mañana porque Ezinma ya estaba dormida. Pero Chielo no hizo caso de lo que él intentaba decir y siguió gritando que Agbala quería ver a su hija. Su voz tenía una claridad metálica y las mujeres y los hijos de Okonkwo oían desde sus cabañas todo lo que decía. Okonkwo aún seguía alegando que la chica había estado enferma últimamente y que estaba dormida. Ekwefi la llevó rápidamente al dormitorio que compartían y la acostó en su cama alta de bambú.

De pronto la sacerdotisa se puso a chillar.

—¡Ten cuidado, Okonkwo! —advirtió—. No te atrevas a cruzar palabras con Agbala. ¿Habla acaso un hombre cuando está hablando un dios? ¡Cuidado!

Y atravesó la cabaña de Okonkwo y entró en el recinto circular y se dirigió hacia la cabaña de Ekwefi. Okonkwo fue tras ella.

—Ekwefi —llamó—. Agbala te saluda. ¿Dónde está mi hija Ezinma? Agbala quiere verla.

Ekwefi salió de su cabaña llevando su lámpara de aceite en la mano izquierda. Había algo de viento, así que protegía la llama con la mano derecha. La madre de Nwoye, que llevaba también una lámpara de aceite, salió también de su cabaña. Sus hijos estaban en la oscuridad, fuera de su cabaña, observando aquel extraño acontecimiento. La esposa más joven de Okonkwo salió también y se unió a los demás.

—¿Dónde quiere verla Agbala? —preguntó Ekwefi.

—¿Dónde va a ser, sino en su casa de las colinas y las cuevas? —replicó la sacerdotisa.

—Yo iré también contigo —dijo con firmeza Ekwefi.

—*Tufia-a!* —maldijo la sacerdotisa, y su voz restalló como el ladrido furioso del trueno en la estación seca.

—¿Cómo te atreves tú, mujer, a ir a presentarte ante Agbala por decisión propia? Ten cuidado, mujer, no sea que te golpee en su cólera. Tráeme a mi hija.

Ekwefi entró en la cabaña y salió otra vez con Ezinma.

—Ven, hija mía —dijo la sacerdotisa—. Te llevaré a la espalda. El niño que va a la espalda de su madre no sabe que el camino es largo.

Ezinma rompió a llorar. Estaba acostumbrada a que Chielo la llamase «hija mía». Pero era una Chielo distinta la que veía ahora a la media luz amarilla.

—No llores, hija mía —dijo la sacerdotisa—, no vaya a enfadarse Agbala contigo.

—No llores —dijo Ekwefi—, ella volverá a traerte muy pronto. Te daré un poco de pescado para comer.

Volvió a entrar en la cabaña y descolgó el cesto, negro del humo, en el que guardaba el pescado seco y otros ingredientes para hacer la sopa. Partió un trozo en dos y se lo dio a Ezinma, que se aferró a ella.

—No tengas miedo —dijo Ekwefi, acariciándole la cabeza, que llevaba afeitada a trozos, formando un diseño regular en el pelo.

Salieron de nuevo.

La sacerdotisa se agachó hasta posar una rodilla en tierra y Ezinma se subió a su espalda, con el pescado en la mano cerrada y un brillo de lágrimas en los ojos.

—*Agbala do-o-o-o! Agbala ekeneo-o-o-o-o...!*

Chielo empezó a entonar de nuevo saludos a su dios. Se giró en redondo ágilmente y cruzó la cabaña de Okonkwo,

inclinándose mucho en los aleros. Ezinma lloraba ya fuerte, llamando a su madre. Las dos voces desaparecieron en la densa oscuridad.

Una debilidad extraña y súbita cayó sobre Ekwefi mientras se quedaba inmóvil mirando en la dirección de las voces como una gallina cuyo único polluelo se ha llevado el milano. Pronto se desvaneció la voz de Ezinma y solo se oía ya a Chielo, que se iba alejando más y más.

—¿Por qué te quedas ahí parada, como si la hubieran rapado? —preguntó Okonkwo mientras regresaba a su cabaña.

—Pronto la volverá a traer —dijo la madre de Nwoye.

Pero Ekwefi no escuchaba estas palabras de consuelo. Siguió allí un rato y luego, de pronto, tomó una decisión. Cruzó corriendo la cabaña de Okonkwo y salió fuera.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—Voy a seguir a Chielo —contestó y desapareció en la oscuridad.

Okonkwo carraspeó y sacó la botella de rapé de la bolsa de piel de cabra que tenía al lado.

La voz de la sacerdotisa estaba perdiéndose ya en la lejanía. Ekwefi corrió hasta el sendero principal y giró a la izquierda siguiendo la dirección de la voz. En la oscuridad, los ojos no le servían de nada. Pero se abría camino sin problema por el sendero arenoso bordeado a ambos lados de ramas y hojas húmedas. Echó a correr, sujetándose los pechos con las manos para que no pegaran ruidosamente contra el cuerpo. Se dio un golpe en el pie izquierdo en una raíz que sobresalía y el terror se apoderó de ella. Era un mal presagio. Corrió aún más deprisa. Pero la voz de Chielo quedaba todavía a mucha distancia. ¿Habría echado a correr ella también? ¿Cómo podía ir tan deprisa con Ezinma a la espalda? Aunque la noche era fresca, Ekwefi estaba empezando a sentirse sofocada por la carrera.

Chocaba constantemente con las frondosas hierbas y las enredaderas que delimitaban el sendero. En una ocasión, tropezó y cayó. Solo entonces se dio cuenta de que Chielo había dejado de cantar. Le latía violentamente el corazón y se quedó inmobilizada. Entonces le llegó, desde apenas unos pasos de distancia, el griterío renovado de Chielo. Pero Ekwefi no podía verla. Cerró los ojos y estuvo con ellos cerrados un rato y los abrió de nuevo para intentar ver. Pero era inútil. No podía ver más allá de sus narices.

En el cielo no brillaba ni una estrella porque estaba nublado. Volaban luciérnagas con sus lamparitas verdes, pero solo hacían que la oscuridad fuese más densa. En los intervalos entre las explosiones de Chielo, la vibración estridente que entretejían en la oscuridad los insectos del bosque animaba la noche.

—*Agbala do-o-o-o...! Agbala ekeneo-o-o-o...!*

Ekwefi continuó caminando, sin aproximarse demasiado ni quedarse demasiado atrás. Pensó que debían estar dirigiéndose a la cueva sagrada. Ahora que iba despacio tenía tiempo para pensar. ¿Qué haría cuando llegasen a la cueva? No se atrevería a entrar. Esperaría a la entrada, completamente sola en aquel lugar temible. Pensaba en todos los terrores de la noche. Recordó aquella noche, mucho tiempo atrás, que había visto a Ogbu-agali-odu, una de esas esencias malignas lanzadas al mundo por las poderosas brujerías que había hecho la tribu en el pasado lejano contra sus enemigos, pero que había olvidado ya cómo se controlaban. Ekwefi regresaba del arroyo con su madre una noche oscura como aquella y vieron su resplandor porque iba volando en dirección a ellas. Habían tirado los cántaros del agua y se habían quedado echadas a un lado del camino, esperando que la luz siniestra cayera sobre ellas y las matara. Esa había sido la única vez que Ekwefi había visto a Ogbu-agali-odu. Pero a pesar de que hacía tanto que había sucedido, se le paralizaba aún la sangre cuando recordaba aquella noche.

La voz de la sacerdotisa llegaba ya a intervalos más prolongados, aunque igual de potente. El aire era fresco y estaba empapado de rocío. Ezinma estornudó. «Vida para ti», murmuró Ekwefi. La sacerdotisa dijo también al mismo tiempo: «Vida para ti, hija mía». Oír a Ezinma en la oscuridad alegró su corazón de madre. Continuó caminando despacio.

Y entonces la sacerdotisa lanzó un grito.

—¡Alguien me sigue! —dijo—. ¡Seas espíritu u hombre, que Agbala te afeite la cabeza con una cuchilla mellada! ¡Que te retuerza el cuello hasta que te veas los talones!

Ekwefi se quedó paralizada donde estaba. Un espíritu le dijo: «Vuelve a casa, mujer, antes de que Agbala te haga daño». Pero no podía. Se quedó allí quieta hasta que Chielo aumentó la distancia entre ellas y luego se puso a seguirla de nuevo. Había andado ya tanto que empezaba a sentir un ligero torpor en las extremidades y en la cabeza. Se le ocurrió entonces que quizá no estuviesen dirigiéndose a la cueva. Tenían que haberla dejado atrás hacía mucho; debían de estar dirigiéndose a Umuachi, la aldea más lejana del clan. La voz de Chielo llegaba ahora tras largos intervalos.

A Ekwefi le pareció que la noche se había hecho algo más clara. La nube había desaparecido y habían salido unas cuantas estrellas. Debía de estar disponiéndose a salir la luna, superada su hosquedad. Cuando la luna salía tarde de noche la gente decía que era que rechazaba la comida, como un marido hosco rechaza la comida de su esposa después de una riña.

—*Agbala do-o-o-o! Umuachi! Agbala ekene unuo-o-o!*

Era justamente lo que había pensado Ekwefi. La sacerdotisa estaba en aquel momento saludando a la aldea de Umuachi. Era increíble, la distancia que habían recorrido. Cuando salieron del estrecho sendero del bosque al espacio despejado de la aldea se suavizó la oscuridad y podía distinguirse ya la forma imprecisa de los árboles. Ekwefi achicó los ojos esforzándose por ver a su hija y a la sacerdotisa, pero siempre que

creía ver su forma se disolvía inmediatamente como una masa fundida de oscuridad. Siguió caminando hipnóticamente.

La voz de Chielo se elevaba ahora sin interrupción, como cuando había empezado a hacerlo. Ekwefi tenía la sensación de una zona despejada, espaciosa, y supuso que debían de estar en el *ilo*, el campo comunal de la aldea. Y se dio cuenta también, con una especie de espasmo, de que Chielo ya no seguía caminando hacia delante. En realidad, estaba retrocediendo. Ekwefi se apartó enseguida de su vía de retirada. Chielo pasó al lado y empezaron a regresar por el mismo camino por el que habían ido.

Fue una caminata larga y agotadora y Ekwefi se sentía como una sonámbula durante la mayor parte del camino. Estaba saliendo la luna y aunque no había aparecido aún en el cielo su luz había disuelto ya la oscuridad. Ekwefi podía distinguir ahora las formas de la sacerdotisa y de su carga. Aminoró el paso para aumentar la distancia entre ellas. Le daba miedo lo que podría pasar si Chielo se volvía de pronto y la veía.

Había rezado por que saliese la luna. Pero ahora la media luz de aquella luna incipiente le parecía más aterradora que la oscuridad. Pasaron a poblar el mundo figuras vagas y fantásticas que se disolvían cuando fijaba la mirada y luego volvían a componerse con nuevas formas. Hubo un momento en que Ekwefi sintió tanto miedo que estuvo a punto de recurrir a Chielo buscando compañía y comprensión humana. Lo que había visto había sido la forma de un hombre subiendo a una palmera, la cabeza apuntando hacia tierra, las piernas hacia el cielo. Pero en ese mismo instante volvió a alzarse la voz de Chielo en su canto de poseída, y Ekwefi se encogió porque no había en él humanidad alguna. No era la misma Chielo que se sentaba con ella en el mercado y compraba a veces tortas de soja para Ezinma, a la que llamaba hija. Era una mujer diferente: la sacerdotisa de Agbala, el oráculo de las colinas y de las cuevas. Ekwefi siguió caminando entre dos miedos. El ru-

mor de sus pasos inertes parecía venir de alguna otra persona que caminase detrás de ella. Llevaba los brazos cruzados sobre los pechos desnudos. Caía denso el rocío y el aire era frío. Ya no podía pensar, ni siquiera en los terrores de la noche. Seguía caminando simplemente en un semisueño, despertando del todo a la vida solo cuando cantaba Chielo.

Por fin se desviaron y empezaron a dirigirse hacia las cuevas. A partir de ese momento, Chielo no dejó ya de cantar. Saludó al dios con una multitud de nombres: el propietario del futuro, el mensajero de la tierra, el dios que abatía a un hombre cuando más dulce era la vida para él. Ekwefi se despertó también y revivieron sus temores entumecidos.

Ya estaba alta la luna y podía ver claramente a Chielo y a Ezinma. Era un milagro que una mujer pudiese transportar a una niña de aquel tamaño con tanta facilidad y durante tanto tiempo. Pero Ekwefi no estaba pensando en eso. Esa noche Chielo no era una mujer.

—*Agbala do-o-o-o! Agbala ekeneo-o-o-o! Chi negbu madu ubosi ndu ya nato ya uto daluo-o-o!*...

Ekwefi pudo ver ya aparecer las colinas a la luz de la luna. Formaban un círculo que se interrumpía en un punto por el que pasaba el sendero que conducía hasta el centro.

En cuanto la sacerdotisa entró en el círculo de colinas no solo se duplicó la fuerza de su voz sino que empezó a retumbar por todas partes. En verdad era el santuario de un gran dios. Ekwefi siguió avanzando con cuidado, silenciosamente. Estaba empezando ya a dudar de que hubiese sido prudente ir tras ellas. A Ezinma no le pasaría nada, pensó. Y si le pasaba algo, ¿iba a poder impedirlo ella? No se atrevería a entrar en las cuevas subterráneas. Pensó que había sido inútil ir.

Mientras pasaban por su pensamiento todas estas cosas no reparó en lo cerca que estaban de la boca de la cueva. Así que cuando la sacerdotisa desapareció con Ezinma a la espalda por un agujero por el que apenas podía caber una gallina, Ekwefi

se lanzó a la carrera como si pretendiera detenerlas. Cuando contempló paralizada la oscuridad circular que se las había tragado se le saltaron las lágrimas y juró interiormente que si oía llorar a Ezinma se precipitaría en la cueva para defenderla contra todos los dioses del mundo. Moriría con ella.

Tras hacer esa promesa, se sentó en un saliente de piedra y esperó. Su miedo se había esfumado. Oía la voz de la sacerdotisa, a la que privaba de todo su tono metálico la oquedad inmensa de la cueva. Sepultó la cara en el regazo y esperó.

No supo cuánto duró la espera. Debió de ser mucho tiempo. Estaba de espaldas al sendero por el que se salía de las colinas. Debió de oír ruido a su espalda y se volvió rápidamente. Había allí un hombre con un machete en la mano. Ekwefi lanzó un grito y se levantó de un salto.

—No seas boba —dijo la voz de Okonkwo, y añadió en tono burlón—: Creí que ibas a entrar con Chielo en el santuario.

Ekwefi no contestó. Se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud. Sabía que su hija no corría peligro.

—Ve a casa y duerme —dijo Okonkwo—. Ya esperaré yo aquí.

—También yo esperaré. Está a punto de amanecer. Ya cantó el primer gallo.

Mientras estaban allí juntos, el pensamiento de Ekwefi volvió a los días en que eran jóvenes. Ella se había casado con Anene porque Okonkwo era entonces demasiado pobre para casarse. Dos años después de casarse con Anene no pudo soportarlo más y huyó con Okonkwo. Había sido por la mañana temprano. Brillaba la luna. Ella iba al arroyo a coger agua. La casa de Okonkwo quedaba en el camino del arroyo. Entró y llamó a la puerta y salió él. Ni siquiera en aquellos tiempos era hombre de muchas palabras. Se la llevó simplemente a su cama y empezó a tantearle la cintura en la oscuridad buscando el extremo suelto de la túnica.

Al día siguiente por la mañana había en todo el vecindario un ambiente de fiesta porque Obierika, el amigo de Okonkwo, celebraba el *uri* de su hija. Era el día en que su novio (que ya había pagado la mayor parte del precio de la novia) llevaba vino de palma no solo para los padres y familiares cercanos, sino también para el amplio y numeroso grupo de parientes llamado *umunna*. Estaban invitados todos, hombres, mujeres y niños. Pero en realidad era una ceremonia femenina y los personajes principales eran la novia y su madre.

En cuanto amaneció, desayunaron precipitadamente y pronto fueron llegando al recinto de Obierika las mujeres y los niños para ayudar a la madre de la novia en la difícil, aunque feliz, tarea de cocinar para todo el poblado.

La familia de Okonkwo se puso en movimiento como todas las demás del vecindario. La madre de Nwoye y la esposa más joven de Okonkwo ya estaban preparadas para ir al recinto de Obierika con todos sus hijos. La madre de Nwoye llevaba un cesto de ñames y un pastel de pescado ahumado y salado como regalo para la esposa de Obierika. Ojiugo, la esposa más joven de Okonkwo, llevaba también un cesto de plátanos y malangas y una olla pequeña de aceite de palma. Sus hijos llevaban ollas de agua.

Ekwefi estaba cansada y soñolienta por las agotadoras experiencias de la noche anterior. No hacía mucho rato que habían vuelto. La sacerdotisa había salido del santuario arrastrándose como una culebra, con Ezinma dormida a la espalda. No miró siquiera a Okonkwo y a Ekwefi ni mostró la menor sorpresa por encontrarlos junto a la entrada de la cueva. Miró al frente y se encaminó al pueblo. Okonkwo y su esposa la siguieron a una distancia respetuosa. Creían que la sacerdotisa se dirigiría a su casa, pero se dirigió al recinto de Okonkwo, cruzó el *obi* de este, entró en la cabaña de Ekwefi, y luego en su dormitorio. Echó a Ezinma en la cama con cuidado y se marchó sin decir una palabra a nadie.

Ezinma seguía durmiendo cuando todos se habían puesto ya en movimiento y Ekwefi pidió a la madre de Nwoye y a Ojiugo que explicaran a la esposa de Obierika que ella iría más tarde. Ya había preparado su cesto de ñames y pescado, pero tenía que esperar a que despertara Ezinma.

—Tú también necesitas dormir un poco —le dijo la madre de Nwoye—. Pareces muy cansada.

Mientras ellas hablaban salió de la cabaña Ezinma fro-tándose los ojos y estirando su cuerpo enjuto. Vio a los otros niños con las ollas de agua y recordó que tenían que llevar agua a la esposa de Obierika. Volvió a la cabaña y cogió su olla.

—¿Has dormido bastante? —le preguntó su madre.

—Sí —contestó ella—. Vamos.

—No hasta que desayunes —le dijo Ekwefi, y fue a su cabaña a calentar la sopa de verduras que había preparado la noche anterior.

—Tenemos que irnos —dijo la madre de Nwoye—. Le diré a la esposa de Obierika que vosotras iréis más tarde.

Y allá se fueron todos a ayudar a la esposa de Obierika: la madre de Nwoye con sus cuatro hijos y Ojiugo con los dos suyos.

Cuando cruzaban en tropel el *obi* de Okonkwo, él preguntó:

—¿Quién me preparará la comida de la tarde?

—Volveré yo para hacerla —le dijo Ojiugo.

Okonkwo también se sentía cansado y soñoliento, pues aunque nadie más lo sabía, no había dormido en toda la noche. Se había angustiado mucho, pese a que no lo demostrase. Cuando Ekwefi había seguido a la sacerdotisa, él había dejado pasar lo que consideró un intervalo razonable y viril y luego había ido con su machete al santuario, donde suponía que estarían. Hasta que no estuvo allí no se le ocurrió que la sacerdotisa podría haber decidido recorrer primero las aldeas. Así que volvió a casa y se sentó a esperar. Esperó un buen rato y fue otra vez al santuario. Pero en las colinas y las cuevas había un silencio mortal. Solo en su cuarto viaje encontró a Ekwefi, y para entonces estaba preocupadísimo.

El recinto de Obierika era un hormiguero de actividad. Habían colocado trípodes provisionales para cocinar en todos los espacios disponibles, juntando tres adobes y haciendo fuego en medio. Los pucheros subían y bajaban de los trípodes y se molía fufú en cien morteros. Unas mujeres cocinaban la mandioca y los ñames y otras preparaban sopa de verduras. Los jóvenes molían el fufú o partían leña. Los niños hacían continuos viajes al arroyo.

Tres jóvenes ayudaron a Obierika a matar las dos cabras para la sopa. Eran animales rollizos, pero la más gorda de todas estaba atada a un gancho junto al muro del recinto. Era tan grande como una ternera. Obierika había pedido a uno de sus parientes que fuera a Umuike a comprarla. Era para regalársela viva a sus parientes políticos.

—El mercado de Umuike es un lugar prodigioso —dijo el joven a quien Obierika había enviado a comprar la cabra gi-

gante—. Hay tanta gente que si lanzaras al aire un grano de arena no encontraría espacio para volver a caer al suelo.

—Es consecuencia de una gran magia —dijo Obierika—. La gente de Umuike quería que su mercado creciera y se tragara los mercados de sus vecinos. Así que hicieron un hechizo fuerte. Todos los días de mercado, antes del primer canto del gallo, aparece en la plaza del mercado una anciana con un abanico. Con este abanico mágico atrae al mercado a todos los clanes vecinos. Atrae a los que están delante de ella y a los de detrás, a los de la derecha y a los de la izquierda.

—Y allá van todos —dijo otro hombre—, los hombres honrados y los ladrones. En ese mercado son capaces hasta de quitarte el clote de la cintura sin que te des cuenta.

—Sí —dijo Obierika—. Ya advertí a Nwankwo que anduviera con los ojos y los oídos alerta. Un hombre fue una vez al mercado a vender una cabra. La llevaba sujeta con una cuerda gruesa que se ató a la muñeca. Y cuando cruzaba el mercado, se dio cuenta de pronto de que la gente le señalaba como a los locos. No entendía por qué hasta que se volvió a mirar y vio que lo que llevaba al extremo de la cuerda no era una cabra sino un gran pedazo de madera.

—¿Crees que un ladrón podría hacer una cosa así sin ayuda? —preguntó Nwankwo.

—No —dijo Obierika—. Utilizan brujería.

Degollaron las cabras, recogieron la sangre en un cuenco y las colocaron sobre una fogata para chamuscarles el pelo; el olor a pelo quemado se mezcló con el de los guisos. Después las limpiaron y despiezaron para que las mujeres prepararan la sopa.

Cuando se desarrollaba tranquilamente toda esta bulliciosa actividad se produjo una súbita interrupción. Se oyó un grito a lo lejos: «Oji odu achu ijiji-o-o!» («¡La que espanta las moscas con el rabo!»). Todas las mujeres dejaron enseguida lo que estaban haciendo y salieron corriendo hacia el lugar de donde venía el grito.

—No podemos irnos todas corriendo así y dejar que se quemé en el fuego lo que estamos haciendo —gritó Chielo, la sacerdotisa—. Tienen que quedarse aquí tres o cuatro mujeres.

—Es verdad —dijo otra—. Dejaremos que se queden aquí tres o cuatro.

Así que se quedaron cinco mujeres para atender los pucheros y todas las demás corrieron a buscar la vaca que se había soltado. Cuando la encontraron se la llevaron a su propietario, que pagó enseguida la cuantiosa multa que imponía la aldea a los dueños de una vaca que se metía en los cultivos de los vecinos. Las mujeres, después de exigir el pago, comprobaron si había alguna que no hubiese acudido al oír el grito.

—¿Dónde está Mgbogo? —preguntó una.

—Está en la cama, enferma —dijo la vecina de al lado de Mgbogo—. Tiene *iba*.

—Entonces solo falta Udenkwo —dijo otra mujer—, y su hijo todavía no tiene veintiocho días.

Las mujeres a quienes la esposa de Obierika no había pedido que la ayudaran a cocinar se fueron a casa y las demás regresaron juntas al recinto de Obierika.

—¿De quién es la vaca? —preguntaron las mujeres que habían tenido que quedarse.

—De mi marido —contestó Ezelagbo—. Uno de los chiquillos abrió el portillo del establo.

A primera hora de la tarde llegaron los dos primeros cántaros de vino de palma de los parientes políticos de Obierika. Se los ofrecieron a las mujeres, como correspondía; bebieron uno o dos vasos cada una, para que les ayudara a hacer la comida. Dieron también un poco a la novia y a las muchachas que la asistían, que estaban dando los últimos delicados toques de cuchilla a su peinado y de madera de *cam* a su piel delicada.

Cuando el calor del sol empezó a aflojar, Maduka, el hijo de Obierika, cogió una escoba grande y se puso a barrer la entrada del *obi* de su padre. Y entonces, como si hubiesen estado esperando por eso, empezaron a llegar los parientes y amigos de Obierika, todos con su bolsa de piel de cabra al hombro y una alfombrilla enrollada del mismo material debajo del brazo. Algunos iban con sus hijos, que llevaban taburetes de madera tallada. Uno de ellos era Okonkwo. Se sentaron en semicírculo y empezaron a conversar de muchas cosas. No tardarían en llegar ya los parientes del novio.

Okonkwo sacó su botella de rapé y se la ofreció a Ogbuefi Ezenwa, que se sentaba a su lado. Ezenwa la cogió, se dio con ella un golpecito en la rodilla y se frotó la palma de la mano izquierda en el pecho para secársela antes de echar un poquito de rapé en ella. Sus movimientos eran pausados y hablaba mientras los realizaba:

—Espero que nuestros parientes políticos traigan muchas ollas de vino. Aunque son de una aldea famosa por su tacañería, tienen que saber que Akueke es digna de un rey.

—No se atreverán a traer menos de treinta ollas —dijo Okonkwo—. En caso contrario, les diré lo que pienso.

En aquel preciso instante, Maduka, el hijo de Obierika, sacó la cabra gigante del recinto interior para que los parientes de su padre la vieran. Todos la alabaron y comentaron que así era como había que hacer las cosas. Se la llevaron de nuevo al recinto interior.

Pronto empezaron a llegar los parientes políticos. Primero llegaron los jóvenes y los muchachos, en fila india, con una olla de vino cada uno. Los parientes de Obierika contaban las ollas según iban entrando. Veinte, veinticinco. Hubo una larga interrupción y los anfitriones se miraron unos a otros como diciéndose: «Ya lo decía yo». Luego llegaron más ollas. Treinta, treinta y cinco, cuarenta, cuarenta y cinco. Los anfitriones movían la cabeza satisfechos, como diciendo: «Bueno,

se están portando como hombres». Había cincuenta ollas de vino en total. Detrás de los portadores del vino llegó Ibe, el novio, con los ancianos de su familia. Se sentaron formando una media luna, que completaba el círculo con los anfitriones. Habían puesto las ollas de vino en el centro. Entonces salieron del recinto interior la novia, su madre y media docena de mujeres y de muchachas, que dieron la vuelta al círculo estrechando la mano a todos. La madre de la novia iba delante, seguida por la novia y las demás mujeres. Las casadas vestían sus mejores galas y las jóvenes, sargas de cuentas a la cintura y ajorcas de latón en los tobillos.

Cuando se retiraron las mujeres, Obierika ofreció nueces de cola a sus parientes políticos. Partió la primera su hermano mayor.

—Salud a todos —dijo mientras la partía—. Y que la amistad una siempre a nuestras familias.

—*Ee-e-e!* —contestaron todos.

—Hoy os damos a nuestra hija. Será una buena esposa para vosotros. Os dará nueve hijos como la madre de nuestro pueblo.

—*Ee-e-e!*

El más anciano del grupo visitante contestó:

—Será bueno para vosotros y será bueno para nosotros.

—*Ee-e-e!*

—No es esta la primera vez que los nuestros se casan con una hija vuestra. Mi madre era una de las vuestras.

—*Ee-e-e!*

—Y tampoco será la última, porque vosotros nos entendéis y nosotros os entendemos a vosotros. Sois una gran familia.

—*Ee-e-e!*

—Hombres prósperos y grandes guerreros. —Miró a Okonkwo—. Vuestra hija nos dará hijos como vosotros.

—*Ee-e-e!*

Comieron las nueces y empezaron a beber el vino de palma. Se sentaron en grupos de cuatro o cinco hombres en corro con una olla en medio. Se fue sirviendo la comida a los invitados a medida que pasaba la tarde. Había cuencos enormes de fufú y ollas humeantes de sopa. También había ollas de potaje de ñame. Fue un banquete espléndido.

Al caer la noche, colocaron antorchas encendidas en los trípodes de madera y los hombres jóvenes entonaron una canción. Los ancianos se sentaron en un gran círculo y los cantores lo recorrieron cantando alabanzas a cada hombre cuando llegaban a su lado. De todos tenían algo que decir. Unos eran grandes labradores, otros eran oradores que hablaban en nombre del clan; Okonkwo, el luchador y el guerrero vivo más grande. Una vez recorrido todo el círculo, se colocaron en el centro y salieron las jóvenes del recinto interior para bailar. Al principio no estaba entre ellas la novia. Pero cuando apareció por fin con un gallo en la mano derecha, la multitud lanzó un grito de entusiasmo. Todas las demás bailarinas la dejaron pasar. Ella ofreció el gallo a los músicos y empezó a bailar. Sus ajorcas de latón tintineaban mientras bailaba y su cuerpo pintado de *cam* resplandecía a la tenue luz amarillenta. Los músicos pasaban de una canción a otra con sus instrumentos de madera, arcilla y metal. Y todos estaban alegres. Cantaron la última canción de la aldea:

*«¡No toques!», dice ella
si le cojo la mano.
«¡No toques!», dice ella
si le cojo el pie.
Pero cuando le cojo
la sarta de cuentas de la cintura
se hace la distraída.*

Hacía ya mucho que había amanecido cuando se levantaron los invitados para irse; la novia se iba con ellos a pasar siete semanas de mercado con la familia del novio. Se fueron cantando canciones e hicieron breves visitas de cortesía a hombres importantes como Okonkwo antes de partir finalmente hacia su aldea. Okonkwo les regaló dos gallos.

Go-di-di-go-go-di-go. Di-go-go-di-go. Era el *ekwe* que le hablaba al clan. El lenguaje de aquel instrumento ahuecado era una de las cosas que aprendían todos los hombres. ¡Diim! ¡Diim! ¡Diim!, retumbaba a intervalos el cañón.

No había cantado el primer gallo y Umuofia seguía aún sumida en el sueño y el silencio cuando empezó a hablar el *ekwe* y rompió el silencio el cañón. Los hombres se incorporaron en sus camas de bambú y escucharon anhelantes. Alguien había muerto. El cañón parecía desgarrar el cielo. Di-go-go-di-go-di-di-go-go flotaba en el aire nocturno preñado de mensajes. El llanto lejano y débil de las mujeres se posaba en la tierra como un sedimento de dolor. De vez en cuando, se alzaba por encima de él un lamento a pleno pulmón, cuando entraba un hombre en el lugar de la muerte. Gritaba una o dos veces con dolor varonil y luego se sentaba con los demás hombres a escuchar el llanto incesante de las mujeres y el lenguaje esotérico del *ekwe*. De cuando en cuando retumbaba el cañón. El llanto de las mujeres no se oiría fuera del poblado, pero el *ekwe* llevaba la noticia a las nueve aldeas y hasta más lejos. Empezaba por el nombre del clan: *Umuofia obodo dike*, «la tierra de los valientes». *Umuofia obodo dike! Umuofia obodo dike!* Lo repetía una y otra vez y su insistencia acrecentaba la inquietud en todos los corazones que palpitaban en

una cama de bambú aquella noche. Luego se acercó más y pronunció el nombre de la aldea. ¡Iguedo la de la muela amarilla! Era la aldea de Okonkwo. Fue nombrada Iguedo una y otra vez y los hombres esperaron angustiados en las nueve aldeas. Al final se nombró el hombre y la gente suspiró «E-u-u, Ezeudu ha muerto». Okonkwo sintió que le recorría la espalda un escalofrío al recordar la última vez que le había visitado el anciano. «Ese chico te llama padre —le había dicho—. No participes en su muerte.»

Ezeudu había sido un gran hombre, y por eso asistió a su funeral todo el clan. Retumbaron los antiguos tambores de la muerte, se dispararon los fusiles y el cañón y los hombres corrieron frenéticos derribando árboles y animales a su paso, saltando los muros, bailando en el tejado. Era el funeral de un guerrero e iban y venían guerreros de la mañana a la noche por grupos de edad. Todos llevaban faldas de rafia ahumada y el cuerpo pintado con tiza y carboncillo. De vez en cuando aparecía un espíritu o *egwugwu* del otro mundo, todo cubierto de rafia, que hablaba con voz trémula y sobrenatural. Algunos espíritus eran muy violentos y a primera hora del día tuvieron que escapar todos a esconderse porque apareció uno con un machete afilado al que impidieron causar graves daños dos hombres que lo sujetaron con una cuerda fuerte que le ataron a la cintura. A veces se daba la vuelta y los perseguía a ellos, que corrían asustados. Pero siempre volvían a coger la cuerda que arrastraba él detrás. El espíritu cantaba con voz aterradora diciendo que Ekwensu, el Espíritu Maligno, había entrado en sus ojos.

Pero el más aterrador de todos aún tenía que llegar. Iba siempre solo y tenía forma de ataúd. Flotaba en el aire a su paso un olor pestilente y le seguían las moscas. Hasta los hechiceros más poderosos huían de él. Muchos años atrás otro *egwugwu* había osado plantarle cara y había quedado parali-

zado durante dos días. Este espíritu solo tenía una mano, en la que llevaba una cesta llena de agua.

Pero algunos *egwugwu* eran completamente inofensivos. Uno de ellos era tan viejo y decrepito que se apoyaba pesadamente en un cayado. Caminó tambaleante hasta el lugar donde estaba tendido el difunto, lo contempló un rato y se marchó de nuevo... al otro mundo.

La tierra de los vivos no estaba muy lejos del reino de los antepasados. Había un ir y venir entre los dos mundos, sobre todo en las fiestas y también cuando moría un anciano, porque los ancianos estaban muy cerca de los antepasados. La vida de un hombre desde el nacimiento hasta la muerte era una serie de ritos de paso que le acercaban cada vez más a sus antepasados.

Ezeudu había sido el hombre más viejo de su aldea, y tras su muerte solo quedaban tres hombres mayores que él en todo el clan y cuatro o cinco de su grupo de edad. Cada vez que uno de estos ancianos aparecía entre la multitud para bailar tambaleante los pasos fúnebres de la tribu, los hombres más jóvenes se apartaban para dejarle paso y se calmaba el alboroto.

Era un gran funeral, como correspondía a un noble guerrero. Al acercarse la noche, aumentaron el griterío y los disparos de armas de fuego, el redoble de los tambores y el tintineo y el repiqueteo de los machetes.

Ezeudu había tomado tres títulos en vida. Era un logro extraordinario. Solo había cuatro títulos en el clan y solo uno o dos hombres en toda una generación conseguían el cuarto y más importante. Cuando lo hacían, se convertían en los señores de la tierra. Como había conseguido títulos, Ezeudu sería enterrado al anochecer y solo una tea iluminaría la ceremonia sagrada.

Pero antes de este último rito silencioso, el tumulto se multiplicó por diez. Los tambores retumbaban violentamente y los hombres daban saltos frenéticos. Se oían disparos por todas partes y saltaban chispas cuando chocaban los machetes en los saludos de los guerreros. El aire estaba impregnado de

polvo y de olor a pólvora. Y entonces apareció el espíritu manco con su cesta llena de agua. Se apartaron todos para dejarle paso y se calmó el estruendo. Hasta el olor a pólvora desapareció con el olor pestilente que pasó a impregnar el ambiente. El espíritu dio unos cuantos pasos al son de los tambores fúnebres y se acercó a ver al difunto.

—¡Ezeudu! —clamó, con su voz gutural—. Si hubieras sido pobre en tu última existencia, te pediría que fueras rico cuando regreses otra vez. Pero fuiste rico. Si hubieras sido cobarde, te pediría que tuvieras valor. Pero fuiste un guerrero valeroso. Si hubieras muerto joven, te pediría vida. Pero viviste mucho tiempo. Así que te pido que vuelvas como antes. Si tu muerte fue una muerte natural, ve en paz. Pero si la causó un hombre, no le permitas que tenga un momento de reposo.

Bailó unos cuantos pasos más y se marchó.

El baile y los tambores empezaron de nuevo y alcanzaron un ritmo febril. La oscuridad estaba ya a la vuelta de la esquina y se acercaba el momento del entierro. Los fusiles dispararon la última salva y el cañón rasgó el cielo. Y del centro mismo del delirante frenesí brotaron entonces un grito de dolor y alaridos de espanto. Fue como si se hubiera hecho un encantamiento. Todos guardaron silencio. En el centro de la multitud yacía un muchacho en un charco de sangre. Era el hijo del difunto, de dieciséis años, que estaba bailando la danza de despedida de su padre con sus hermanos y sus hermanastros. A Okonkwo le había estallado el fusil y un trozo de hierro le había atravesado al muchacho el corazón.

Siguió una confusión sin precedentes en la tradición de Umuofia. Las muertes violentas eran frecuentes, pero nunca había ocurrido algo como aquello.

La única salida de Okonkwo era abandonar el clan. Matar a un miembro del clan era un delito contra la diosa de la tierra y

el hombre que lo cometía tenía que huir del lugar. El delito podía ser de dos tipos, macho o hembra. El de Okonkwo era hembra, porque había sido accidental. Podría regresar al clan pasados siete años.

Aquella noche recogió sus pertenencias de más valor y las metió en fardos para llevar en la cabeza. Sus esposas lloraban amargamente y sus hijos lloraban con ellas sin saber por qué. Obierika y algunos amigos acudieron a ayudarlo y a consolarle. Hicieron cada uno nueve o diez viajes llevando los ñames de Okonkwo para guardarlos en el granero de Obierika. Y antes de que cantara el gallo, Okonkwo y su familia huyeron hacia la tierra natal de su madre. Era una aldea pequeña llamada Mbanta, que quedaba nada más pasar los confines de Mbaino.

En cuanto amaneció, un grupo numeroso de hombres de la región de Ezeudu, ataviados con atuendo de guerra, irrumpió en el recinto de Okonkwo. Prendieron fuego a las cabañas, derribaron los muros rojos, mataron a los animales y destruyeron el granero. Era la justicia de la diosa de la tierra y ellos no eran más que sus emisarios. No había en sus corazones odio hacia Okonkwo. Figuraba entre ellos su gran amigo Obierika. Solo purificaban la tierra que Okonkwo había manchado con la sangre de un miembro del clan.

Obierika era un hombre que pensaba las cosas. Una vez cumplida la voluntad de la diosa, se sentó en su *obi* y lloró la desgracia de su amigo. ¿Por qué tenía que sufrir tanto un hombre por un delito que había cometido accidentalmente? Pensó en ello mucho tiempo, pero no halló respuesta. Solo consiguió sumirse en mayor confusión. Se acordó de los hijos gemelos de su esposa, que él había tirado. ¿Qué delito habían cometido? La Tierra había decretado que eran una ofensa para el país y había que destruirlos. Y si el clan no ejecutaba el castigo por un delito contra la gran diosa, se desataría su cólera contra todos y no solo contra el infractor. Como decían los ancianos, si un dedo tenía aceite, manchaba a los demás.

Segunda parte

Los parientes maternos acogieron bien a Okonkwo en Mban-ta. Lo recibió el hermano menor de su madre, que era ya el miembro más anciano de aquella familia. Se llamaba Uchendu y había sido él precisamente quien había recibido a la madre de Okonkwo veinte y diez años antes, cuando la habían llevado a casa desde Umuofia para enterrarla con los suyos. Por aquel entonces Okonkwo era solo un muchacho, y Uchendu todavía le recordaba gritando la despedida tradicional: «Madre, madre, madre se va».

Hacía muchos años de aquello. Ahora Okonkwo no llevaba a su madre para enterrarla con los suyos. Iba con su familia de tres esposas y once hijos a buscar refugio en su tierra materna. En cuanto Uchendu le vio con su triste y fatigada comitiva supuso lo que había ocurrido y no hizo preguntas. Okonkwo se lo contó todo al día siguiente. El anciano le escuchó en silencio hasta el final y entonces dijo con cierto alivio:

—Es un *ochu* hembra.

Y preparó los ritos y sacrificios precisos.

Le dieron un terreno para construir su recinto y dos o tres campos para sembrar en la estación siguiente. Con la ayuda de sus parientes maternos construyó el *obi* y tres cabañas para sus esposas. Instaló luego su dios personal y los símbolos de sus padres difuntos. Cada uno de los cinco hijos de Uchendu

aportó trescientas semillas de ñame para que su primo pudiera sembrar, pues en cuanto llegaron las primeras lluvias se empezaría a trabajar la tierra.

Al fin llegó la lluvia. Fue súbita y tremenda. El sol había estado durante dos o tres lunas aunando fuerzas hasta que pareció ya que alentaba fuego sobre la tierra. Toda la hierba estaba parda y chamuscada hacía ya mucho y la arena abrasaba los pies como si estuviera en ascuas. Cubría las hojas de los árboles una capa oscura de polvo. Las aves del bosque guardaban silencio y el mundo jadeaba bajo aquel calor ardiente e intenso. Y entonces llegó el estampido del trueno. Fue un estruendo furioso, metálico y seco, diferente del retumbar líquido y profundo de la temporada de las lluvias. Se levantó un viento fuerte y el aire se llenó de polvo. El ventarrón balanceaba las palmeras peinando sus hojas en crestas ondulantes que parecían un tocado extraño y fantástico.

Y cuando al fin rompió a llover, cayeron gruesas y sólidas gotas de agua congelada que la gente llamaba «las nueces del agua del cielo». Eran duras y hacían daño al pegar en el cuerpo, pero los muchachos correteaban alegremente recogiendo los helados frutos y metiéndoselos en la boca para que se derritieran.

La tierra cobró vida rápidamente y revoloteaban y gorjeaban jubilosos los pájaros del bosque. Llenaba el aire un vago olor a vida y a vegetación verde. Y cuando la lluvia empezó a caer más sobriamente y en gotas líquidas más pequeñas, los niños corrieron a resguardarse y todos se sintieron contentos, agradecidos y reanimados.

Okonkwo y su familia trabajaron mucho para sembrar un campo nuevo. Pero fue como reiniciar la vida sin el vigor ni el entusiasmo de la juventud, era como aprender a ser zurdo en la vejez. Okonkwo ya no sentía el placer que había sentido

siempre trabajando y, cuando no tenía nada que hacer, se quedaba sentado en un semisueño silencioso.

Su vida la había regido siempre una gran pasión: ser uno de los señores del clan. Aquel había sido su impulso vital. Y había estado a punto de conseguirlo. Luego todo se había roto. Se había visto arrojado de su clan como un pez boqueante a una playa seca y arenosa. Era evidente que su dios personal o *chi* no estaba hecho para grandes cosas. Un hombre no podía elevarse por encima del destino que marcaba su *chi*. No era cierto lo que decían los ancianos de que si un hombre decía sí, su *chi* decía sí también. Él había dicho sí, pero a pesar de eso su *chi* decía no.

El anciano, Uchendu, veía claramente que Okonkwo se había entregado a la desesperación y estaba muy preocupado. Hablaría con él después de la ceremonia *isa-ifi*.

Amikwu, el menor de los cinco hijos de Uchendu, iba a tomar una nueva esposa. Ya se había pagado el precio de la novia y se habían celebrado todas las ceremonias menos la última. Amikwu y los suyos habían llevado vino de palma a los parientes de la novia unas dos lunas antes de que Okonkwo llegara a Mbanta. Así que había llegado la hora de la ceremonia de confesión, que era la última.

Acudieron todas las hijas de la familia, algunas habían tenido que hacer un largo viaje desde sus hogares en aldeas lejanas. La hija mayor de Uchendu había llegado de Obodo, que quedaba a casi media jornada de distancia. También habían llegado las hijas de los hermanos de Uchendu. Era una reunión *umuada* completa, igual que cuando moría alguien en la familia. Había veintidós hijas.

Se sentaron en un gran círculo en el suelo y la novia se sentó en el centro con una gallina en la mano derecha. Uchendu se sentó a su lado, empuñando el bastón ancestral de la familia. Todos los demás hombres estaban sentados fuera del círculo, mirando. Sus esposas miraban también. Era el final de la tarde y ya se ponía el sol.

Hizo las preguntas Njide, la hija mayor de Uchendu.

—Recuerda que si no dices la verdad sufrirás y hasta puede que mueras en el parto —empezó—. ¿Con cuántos hombres te has acostado desde que mi hermano expresó su deseo de casarse contigo?

—Con ninguno —contestó la novia.

—Di la verdad —insistieron las otras mujeres.

—¿Con ninguno? —preguntó Njide.

—Con ninguno —contestó la novia.

—Júralo sobre el bastón de mis padres —le pidió Uchendu.

—Lo juro —dijo la novia.

Uchendu le cogió la gallina, le cortó la garganta con un cuchillo afilado y dejó caer un poco de sangre en el bastón ancestral.

Amikwu llevó a su cabaña a la joven desposada, que a partir de aquel día fue su esposa. Las hijas de la familia no regresaron inmediatamente a sus hogares, sino que pasaron dos o tres días con sus parientes.

Al segundo día, Uchendu reunió a sus hijos y a sus hijas y a su sobrino Okonkwo. Los hombres llevaron sus alfombras de piel de cabra y se sentaron en ellas en el suelo, y las mujeres se sentaron en una estera de sisal que extendieron sobre una elevación del terreno. Uchendu se mesó suavemente la barba canosa y rechinó los dientes. Luego empezó a hablar, tranquilo y sereno, eligiendo las palabras con mucho cuidado:

—Deseo dirigirme primero a Okonkwo —dijo—. Pero quiero que todos prestéis atención a lo que voy a decir. Soy un anciano y vosotros sois niños. Sé más del mundo que todos vosotros. Si hay alguno que crea que sabe más que yo, debe decirlo ahora.

Hizo una pausa, pero nadie habló.

—¿Por qué está hoy con nosotros Okonkwo? Este no es

su clan. Nosotros solo somos los parientes de su madre. Okonkwo está en el destierro, condenado a vivir siete años en una tierra extraña. Y por eso se siente afligido. Pero hay una pregunta concreta que me gustaría hacerle. ¿Puedes decirme, Okonkwo, por qué uno de los nombres que con más frecuencia ponemos a nuestros hijos es Nneka, o «La Madre es Suprema»? Todos sabemos que el hombre es el jefe de la familia y que sus esposas cumplen sus órdenes. Los hijos pertenecen al padre y a la familia paterna, no a la madre y a la familia materna. El hombre pertenece a la tierra de su padre y no a la de su madre. Y sin embargo nosotros decimos «La Madre es Suprema». ¿Por qué?

Todos guardaron silencio.

—Quiero que me conteste Okonkwo —dijo Uchendu.

—No sé la respuesta —contestó Okonkwo.

—¿No sabes la respuesta? Pues ya ves que eres un niño. Tienes muchas esposas y muchos hijos... más hijos que yo. Eres un gran hombre en tu clan. Pero sigues siendo un niño, mi niño. Escúchame bien y te lo explicaré. Pero hay otra pregunta que quiero hacerte. ¿Por qué cuando una mujer muere la llevan a casa para enterrarla con sus parientes? No se la entierra con los parientes de su esposo. ¿Por qué es así? A tu madre la trajeron aquí y la enterraron con los míos. ¿Sabes por qué?

Okonkwo dijo que no con la cabeza.

—Tampoco lo sabe —dijo Uchendu—, y sin embargo está muy apenado porque ha tenido que venir a vivir a la tierra de su madre unos cuantos años. —Sonrió con tristeza y se volvió hacia sus hijos e hijas—. ¿Y vosotros? ¿Podéis contestarme vosotros?

Todos negaron con la cabeza.

—Entonces prestad atención —dijo, y carraspeó—. Es cierto que los hijos pertenecen al padre. Pero cuando el padre pega a su hijo, el niño busca comprensión en la cabaña de su

madre. Un hombre pertenece a la tierra de su padre cuando todo va bien y la vida es agradable. Pero cuando hay penas y amargura se refugia en la tierra de su madre. Tu madre está aquí para protegerte. Aquí está enterrada. Y por eso decimos que la madre es suprema. ¿Es justo que tú, Okonkwo, le pongas una cara triste a tu madre y te niegues a recibir consuelo? Ten cuidado o disgustarás a los difuntos. Tienes la obligación de consolar a tus esposas y a tus hijos y llevarlos a la tierra de tu padre así que pasen siete años. Pero si dejas que te domine y te mate la pesadumbre, morirán todos ellos en el destierro.

Hizo una larga pausa. Luego añadió, señalando a sus hijos y a sus hijas:

—Estos son ahora tus parientes. Te crees la persona más desgraciada del mundo. ¿Sabes que a veces a los hombres les destierran para siempre? ¿Sabes que a veces los hombres pierden todos sus ñames y hasta a sus hijos? Yo tuve una vez seis esposas. Ahora solo tengo a esa joven que no distingue la mano derecha de la izquierda. ¿Sabes cuántos hijos, que engendré en la flor de la vida, he enterrado? Veintidós. Y no me ahorqué y aún sigo vivo. Si te consideras la persona más desgraciada del mundo, pregúntale a mi hija Akueni cuántos gemelos ha parido y tirado. ¿No has oído nunca la canción que cantan cuando muere una mujer?

*¿Para quién está bien, para quién?
Para nadie está bien.*

»No tengo nada más que decirte.

Durante el segundo año de su destierro, Okonkwo recibió la visita de su amigo Obierika. Le acompañaban dos hombres jóvenes, y cada uno de ellos llevaba sobre la cabeza un pesado saco. Okonkwo les ayudó a posar sus cargas. Era evidente que los sacos estaban llenos de cauris.

Okonkwo se alegró mucho de ver a su amigo. Sus esposas y sus hijos se alegraron también, e igualmente sus primos y las esposas de estos cuando les avisó y les dijo quién era su invitado.

—Tienes que llevarle a visitar a nuestro padre —le dijo uno de sus primos.

—Sí —contestó Okonkwo—. Iremos ahora mismo.

Pero, antes de irse, Okonkwo susurró algo a su primera esposa. Ella asintió y los niños corrieron a coger uno de sus gallos.

A Uchendu le había comunicado uno de sus nietos que habían llegado tres forasteros a casa de Okonkwo. Así que esperaba su visita. Cuando entraron en su *obi* les tendió las manos y, después de los saludos, preguntó a Okonkwo quiénes eran.

—Este es mi gran amigo Obierika. Ya te he hablado de él.

—Sí —dijo el anciano, mirando a Obierika—. Mi hijo me ha hablado de ti, y me alegra que hayas venido a visitarnos.

Conocí a tu padre, Iweka. Fue un gran hombre. Tenía muchos amigos aquí y venía a visitarlos a menudo. Eran buenos tiempos aquellos en los que un hombre tenía amigos en clanes lejanos. En vuestra generación ya no es así. Os quedáis en casa, tenéis miedo del vecino de al lado. Hasta la tierra de su madre le es extraña a un hombre hoy día. —Miró a Okonkwo—. Soy un anciano y me gusta hablar. Es para lo único que sirvo ahora.

Se levantó laboriosamente, fue a la habitación interior y volvió con una nuez de cola.

—¿Quiénes son los jóvenes que te acompañan? —preguntó, sentándose de nuevo en la piel de cabra.

Okonkwo se los presentó.

—Bien —dijo—. Sed bienvenidos, hijos míos.

Les presentó la nuez de cola y después de que la vieron todos y le dieron las gracias, la partió y la comieron.

—Ve a esa habitación —le dijo a Okonkwo, señalando con el dedo—. Encontrarás una olla de vino.

Okonkwo sacó el vino y se pusieron a beber. Tenía un día y era muy potente.

—Sí —dijo Uchendu tras un largo silencio—. En aquellos tiempos la gente viajaba más. No hay un solo clan en esta región que yo no conozca bien. Aninta, Umuazu, Ikeocha, Elumelu, Abame... los conozco todos.

—¿No sabes que Abame ya no existe? —le preguntó Obierika.

—¿Cómo es eso? —preguntaron Uchendu y Okonkwo a la vez.

—Abame ha sido destruido —contestó Obierika—. Es una historia extraña y terrible. Si no hubiera visto con mis propios ojos a los pocos supervivientes y no hubiera oído su historia con mis propios oídos, no lo creería. ¿No fue un día *eke* cuando llegaron huyendo a Umuofia? —preguntó a sus dos compañeros, que asintieron con un cabeceo.

—Hace tres lunas —dijo Obierika—, llegó a nuestro pueblo un día de mercado *eke* un pequeño grupo de fugitivos. Eran casi todos hijos de nuestra tierra cuyas madres habían sido enterradas con nosotros. Pero también había algunos que venían porque tenían amigos en nuestro pueblo y otros que no tenían ningún otro sitio al que huir. Llegaron pues a Umuofia con una triste historia.

Bebió su vino de palma y Okonkwo volvió a llenarle el cuerno. Prosiguió:

—Durante la última estación de la siembra había aparecido en su clan un hombre blanco.

—Un albino —terció Okonkwo.

—No era un albino. Era completamente distinto. —Tomó un sorbo de vino—. Y montaba un caballo de hierro. Los primeros que lo vieron escaparon, pero él empezó a hacerles señas. Al final, los más valientes se acercaron a él y hasta le tocaron. Los ancianos consultaron a su oráculo, que les dijo que el extraño desharía el clan y sembraría entre ellos la destrucción. —Obierika volvió a beber un poco de vino—. Así que mataron al blanco y ataron su caballo de hierro al árbol sagrado, porque daba la impresión de que podía escapar a avisar a los amigos del blanco. Se me ha olvidado contaros otra cosa que dijo el oráculo. Dijo que llegarían más blancos. Que eran langostas, dijo, y que aquel primer blanco era su heraldo enviado a explorar el terreno.

—¿Y qué dijo el blanco antes de que le mataran? —preguntó Uchendu.

—No dijo nada —contestó uno de los compañeros de Obierika.

—Sí que dijo algo, pero no le entendieron —dijo Obierika—. Parecía como si hablara por la nariz.

—Uno de los hombres me contó que no paraba de repetir una palabra que parecía Mbaino —dijo el otro compañero de Obierika—. A lo mejor iba a Mbaino y se perdió.

—Lo cierto es que le mataron y ataron su caballo de hierro —resumió Obierika—. Esto fue antes de que empezara la estación de la siembra. Y no pasó nada durante mucho tiempo. Llegaron las lluvias y sembraron los ñames. El caballo de hierro seguía atado a la ceiba sagrada. Y luego, una mañana llegaron al clan tres blancos guiados por un grupo de hombres normales como nosotros. Vieron el caballo de hierro y se marcharon. Casi todos los hombres y las mujeres de Abame habían salido a sus campos. Solo unos cuantos vieron a aquellos blancos y a sus acompañantes. Y pasaron muchas semanas de mercado sin que ocurriera nada más. En Abame hacen un gran mercado todos los días *afo* y todo el clan se reúne allí, como sabéis. Ocurrió precisamente ese día. Aquellos tres hombres blancos y muchísimos más rodearon el mercado. Debieron de utilizar una magia potente para hacerse invisibles hasta que se llenó el mercado. Entonces abrieron fuego. Los mataron a todos menos a los ancianos y a los enfermos que se habían quedado en casa y a un puñado de hombres y mujeres cuyos *chis* estaban alerta y los sacaron del mercado.

Hizo una pausa.

—Ahora su clan está completamente vacío. Hasta los peces sagrados de su lago misterioso han huido y el lago se ha vuelto del color de la sangre. Ha caído sobre su tierra un gran mal, como había anunciado el oráculo.

Se hizo un silencio prolongado. Uchendu rechinó los dientes sonoramente. Luego exclamó:

—Nunca mates a un hombre que no dice nada. Esos hombres de Abame fueron unos necios. ¿Qué sabían de aquel hombre? —Volvió a rechinar los dientes y explicó una historia para ilustrar su teoría—: Madre Milana mandó un día a su hija a buscar comida. La hija fue y volvió con un patito. «Muy bien», le dijo Madre Milana a su hija, «pero dime una cosa: ¿qué dijo la madre de este patito cuando te abalanzaste sobre él y te lo llevaste?» «No dijo nada», contestó a esto la joven

milana. «Se alejó sin más.» «Entonces tienes que devolver el patito», dijo Madre Milana, «el silencio no augura nada bueno.» Así que la milanita devolvió el patito y cogió en su lugar un pollito. «¿Qué hizo la madre de este pollito?», le preguntó a su hija la vieja milana. «Gritó y se enfureció conmigo y me maldijo», dijo la joven milana. «Entonces podemos comerlo tranquilamente», dijo su madre. «No hay nada que temer de alguien que grita.» Esos hombres de Abame fueron unos necios.

—Fueron unos necios —dijo también Okonkwo tras una pausa—. Les habían advertido de ese peligro. Tendrían que haberse armado con los fusiles y los machetes hasta para ir al mercado.

—Han pagado su necedad —dijo Obierika—. Pero yo estoy muy preocupado. Habíamos oído contar historias de los hombres blancos que hacían armas de fuego potentes y bebidas fuertes y se llevaban esclavos al otro lado del mar, pero nadie había creído que esas historias fueran ciertas.

—No hay ninguna historia que no sea cierta —dijo Uchendu—. El mundo no tiene fin y lo que es bueno en un pueblo es abominable en otros. Entre nosotros hay albinos. ¿Creéis que vienen a nuestro clan por error, que iban a una tierra donde son todos como ellos y se extraviaron en el camino?

La primera esposa de Okonkwo acabó pronto de guisar y puso ante sus invitados un gran plato de puré de ñames y sopa de hojas amargas. Nwoye, el hijo de Okonkwo, llevó una olla de vino dulce de la palmera rafia.

—Ya eres un hombre —le dijo Obierika a Nwoye—. Tu amigo Anene me pidió que te diera recuerdos.

—¿Está bien? —preguntó Nwoye.

—Todos estamos bien —le contestó Obierika.

Ezinma sacó un cuenco de agua para que se lavaran las manos. Después de hacerlo empezaron a comer y a beber vino.

—¿Cuándo salisteis de casa? —preguntó Okonkwo.

—Teníamos pensado salir de mi casa antes de que cantara el gallo —dijo Obierika—. Pero Nweke no se presentó hasta que era completamente de día. Nunca te cites de madrugada con un hombre que acaba de tomar una nueva esposa.

Se echaron todos a reír.

—¿Ha tomado una esposa Nweke? —preguntó Okonkwo.

—Se ha casado con la segunda hija de Okadigbo —contestó Obierika.

—Eso está muy bien —dijo Okonkwo—. No te culpo por no oír cantar al gallo.

Cuando acabaron de comer, Obierika señaló los dos grandes sacos.

—Es el dinero de tus ñames —dijo—. Vendí los grandes en cuanto te fuiste. Después vendí una parte de los de siembra y los otros los repartí entre los aparceros. Haré lo mismo todos los años hasta que regreses. Pero pensé que necesitarías ahora el dinero y por eso lo traje. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mañana? Tal vez lleguen a nuestro clan hombres verdes y nos maten a tiros.

—No lo permita Dios —dijo Okonkwo—. No sé cómo darte las gracias.

—Pues yo te diré cómo —dijo Obierika—. Mata por mí a uno de tus hijos.

—No sería suficiente —dijo Okonkwo.

—Mátate entonces tú —dijo Obierika.

—Perdóname —dijo Okonkwo, sonriendo—. No volveré a hablar nunca de darte las gracias.

Cuando Obierika volvió casi dos años después a visitar a su amigo desterrado, las circunstancias eran menos felices. Habían llegado a Umuofia los misioneros. Habían construido allí su iglesia, habían hecho algunas conversiones y estaban ya enviando predicadores a los pueblos y aldeas circundantes. Los jefes del clan estaban muy preocupados; pero muchos creían que aquella extraña religión y aquel dios de los blancos no iban a durar. Ninguno de sus conversos era un hombre cuya palabra tuviese peso en la asamblea del pueblo. Ninguno de ellos era un hombre de título. Eran casi todos de los que llamaban *efulefu*, hombres inútiles, ignorantes. El símbolo del *efulefu* en el lenguaje del clan era el hombre que vendía el machete y llevaba la vaina al combate. Chielo, la sacerdotisa de Agbala, decía que los conversos eran el excremento del clan y la nueva fe un perro rabioso que había ido a devorarlo.

Lo que impulsó a Obierika a visitar a Okonkwo fue la súbita aparición de su hijo Nwoye entre los misioneros de Umuofia.

—¿Qué haces tú aquí? —le había preguntado Obierika cuando, después de ponerle muchas dificultades, los misioneros le habían permitido hablar con el muchacho.

—Soy uno de ellos —contestó Nwoye.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó entonces Obierika sin saber qué decir.

—No sé. No es mi padre —dijo Nwoye, con tristeza.

Así que Obierika fue a Mbanta a ver a su amigo. Y se encontró con que Okonkwo no quería hablar de Nwoye. Solo la madre de Nwoye le explicó algunos retazos de la historia.

La llegada de los misioneros había causado bastante revuelo en la aldea de Mbanta. Eran seis misioneros y uno era blanco. Todos los hombres y todas las mujeres habían salido a ver al hombre blanco. Las historias sobre aquellos hombres extraños habían aumentado desde que habían matado a uno en Abame y habían atado su caballo de hierro al árbol sagrado. Por eso fueron todos a ver al blanco. Era la época del año en que estaban todos en casa. Ya habían recogido la cosecha.

Cuando estuvieron todos reunidos, el blanco empezó a hablarles. Les hablaba por medio de un intérprete que era un igbo, aunque hablaba un dialecto que a ellos les parecía diferente y áspero. Muchos se reían de su dialecto y de la forma extraña que tenía de usar las palabras. En vez de decir «yo» decía «mi trasero». Pero era un individuo cuyo porte imponía y los hombres del clan le escucharon. Dijo que era uno de ellos, como podían ver por su color y por su lengua. Los otros cuatro hombres negros también eran sus hermanos, aunque uno de ellos no hablaba igbo. El blanco también era hermano suyo porque todos ellos eran hijos de Dios. Y les habló de este nuevo Dios, el Creador del mundo entero y de todos los hombres y mujeres. Les dijo que ellos adoraban dioses falsos, dioses de madera y de piedra. Recorrió la multitud un ruidoso murmullo cuando dijo esto. Les explicó que el verdadero Dios vivía en lo alto y que todos los hombres comparecían ante él cuando morían para que les juzgara. Los hombres malos y todos los paganos que habían adorado en su ceguera la madera y la piedra eran arrojados a un fuego que ardía como el aceite de palma. Pero los hombres buenos

que adoraban al Dios verdadero vivían eternamente felices en Su reino.

—Este gran Dios nos ha enviado a pedirnos que abandonéis vuestras malvadas costumbres y vuestros falsos dioses y acudáis a Él para que podáis salvaros cuando muráis —les dijo.

—Tu trasero entiende nuestra lengua —dijo alguien bromeando, y todos se echaron a reír.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó el blanco al intérprete.

Pero antes de que le contestara, otro hombre hizo una pregunta:

—¿Dónde está el caballo del blanco? —preguntó.

Los predicadores igbo hablaron entre ellos y decidieron que el hombre seguramente se refería a la bicicleta. Se lo dijeron al hombre blanco, que sonrió benévolutamente.

—Decidles que traeré muchos caballos de hierro cuando nos establezcamos aquí —dijo—. Que algunos podrán montar ellos mismos el caballo de hierro.

El intérprete tradujo estas palabras, pero no le escuchaba ya casi nadie. Hablaban entre ellos nerviosos porque el blanco había dicho que iba a vivir allí con ellos. No habían pensado en eso.

Y entonces un anciano dijo que tenía una duda.

—¿Qué dios es ese vuestro? —preguntó—. ¿La diosa de la tierra, el dios del cielo, Amadiora el del rayo o cuál?

El intérprete habló con el hombre blanco y este dio su respuesta al instante:

—Todos esos dioses que has nombrado no son dioses. Son falsos dioses que os mandan matar a vuestros semejantes y asesinar a niños inocentes. Solo hay un Dios verdadero y Él tiene la tierra, el cielo, a ti y a mí y a todos nosotros.

—Si dejáramos a nuestros dioses y siguiéramos a vuestro dios —preguntó entonces otro hombre—, ¿quién nos protegería de la cólera de nuestros antepasados y de nuestros dioses abandonados?

—Vuestros dioses no están vivos y no pueden haceros ningún daño —contestó el blanco—. Son trozos de madera y de piedra.

Los hombres de Mbanta rompieron a reír despectivamente cuando el intérprete les tradujo esto. Estos hombres deben de estar locos, se decían. ¿Cómo podían decir que Ani o Amadiora eran inofensivos? ¿E Idemili y Ogwugwu también? Así que algunos empezaron a irse.

Entonces los misioneros rompieron a cantar. Era una de esas canciones melodiosas y alegres del evangelismo que tuvo la virtud de pulsar silenciosas y polvorientas fibras del corazón de los igbo. El intérprete les fue explicando cada verso y algunos quedaron subyugados. Era una historia de unos hermanos que vivían sumidos en la oscuridad y en el miedo, ignorantes del amor de Dios. Hablaba de una oveja que estaba en las montañas, lejos de las puertas de Dios y de los tiernos cuidados del pastor.

Después del canto, el intérprete habló del Hijo de Dios, que se llamaba Jesu Cristi. Okonkwo, que solo se había quedado con la esperanza de que la cosa pudiese acabar en echar a aquellos hombres de la aldea o azotarles, dijo entonces:

—Habéis dicho por esa misma boca que solo había un Dios. Y ahora nos habláis de su hijo. Debe de tener entonces una esposa.

La multitud se mostró de acuerdo.

—Yo no he dicho que Él tuviera esposa —dijo el intérprete un poco vacilante.

—Tu trasero ha dicho que tenía un hijo —dijo el bromista—. Así que tiene que tener una esposa y tienen que tener todos ellos trasero.

El misionero no le hizo caso y pasó a hablar de la Santísima Trinidad. Okonkwo acabó completamente convencido de que aquel hombre estaba loco. Se encogió de hombros y se marchó a espitar el vino de palma de la tarde.

Pero había un muchacho que había quedado cautivado. Se llamaba Nwoye, el primogénito de Okonkwo. No era la lógica loca de la Trinidad lo que le había cautivado. No la había entendido. Había sido la poesía de la nueva religión, algo que sentía en los tuétanos. El himno de aquellos hermanos sumidos en la oscuridad y en el temor le había parecido que daba respuesta a un interrogante vago e insistente que atormentaba su alma juvenil: el de los gemelos llorando en la espesura y el de Ikemefuna que había sido asesinado. Cuando penetró aquel himno en su alma sedienta sintió un alivio dentro. Su letra era como las gotas de lluvia congelada que se funden en la capa reseca de una tierra anhelante. La tierna inteligencia de Nwoye se sentía muy confusa.

Los misioneros pasaron las primeras cuatro o cinco noches en la plaza del mercado y por la mañana iban a la aldea a predicar el evangelio. Preguntaron por el rey de la aldea y les dijeron que allí no había rey.

—Tenemos hombres de alto rango y los jefes de los sacerdotes y los ancianos —les dijeron.

No fue nada fácil reunir a los hombres con títulos y a los ancianos después del revuelo del primer día. Pero los misioneros perseveraron y al final los dirigentes de Mbanta les recibieron. Les pidieron un terreno para construir su iglesia.

Todos los clanes y aldeas tenían un «bosque maligno». Se enterraba en él a los que morían de enfermedades verdaderamente malignas, como la lepra y la viruela. Era también el basurero de los potentes fetiches de los grandes hechiceros cuando morían. Un «bosque maligno» estaba, pues, poblado de fuerzas siniestras y de poderes de las tinieblas. Y fue uno de estos bosques el que los notables de Mbanta dieron a los misioneros. No les querían en realidad en su clan y por eso les hicieron esa oferta, una oferta que nadie en su sano juicio aceptaría.

—Quieren un terreno para construir su santuario —dijo Uchendu a sus compañeros cuando discutieron el asunto—. Les daremos un terreno.

Hizo una pausa y se produjo un murmullo de sorpresa y discrepancia.

—Les daremos una parte del Bosque Maligno. Alardean de vencer a la muerte. Pues les daremos un campo de batalla real en el que demuestren su victoria.

Se rieron todos y aprobaron la propuesta y avisaron a los misioneros, a los que habían pedido que les dejaran un rato solos para poder «cuchichear entre ellos». Les ofrecieron todo el terreno del Bosque Maligno que quisieran. Y se quedaron absolutamente asombrados cuando los misioneros les dieron las gracias y se pusieron a cantar.

—No comprenden —comentaron algunos ancianos—, pero ya comprenderán cuando vayan a su terreno mañana por la mañana.

Y se dispersaron.

A la mañana siguiente, aquellos locos empezaron realmente a despejar una parte del bosque y a construir su casa. Los habitantes de Mbanta esperaban que estuvieran todos muertos en cuatro días. Pasó el primer día y el segundo y el tercero y el cuarto y no murió ninguno. Estaban todos desconcertados. Y luego se supo que el fetiche del hombre blanco tenía un poder increíble. Se decía que llevaba cristales en los ojos para poder ver a los espíritus malignos y hablar con ellos. Poco después consiguió los tres primeros conversos.

Aunque a Nwoye le había atraído la nueva fe desde el primer día, lo mantuvo en secreto. No se atrevía a acercarse demasiado a los misioneros por miedo a su padre. Pero siempre que iban a predicar al aire libre a la plaza del mercado o al campo de la aldea, allí estaba él. Y empezaba a conocer ya algunas de las historias sencillas que contaban.

—Hemos construido ya una iglesia —explicó el señor Kiaga, el intérprete, que estaba al cargo de la congregación infantil.

El blanco había vuelto a Umuofia, donde había construido su sede central y desde donde hacía visitas regulares a Mbanta, a la congregación del señor Kiaga.

—Hemos construido ya una iglesia —repitió el señor Kiaga— y queremos que vayáis todos cada séptimo día a adorar al verdadero Dios.

El domingo siguiente, Nwoye pasó una y otra vez por delante del pequeño edificio de tierra roja y paja sin reunir valor suficiente para entrar. Oía la voz del canto, que era fuerte y segura aunque solo fuese de un puñado de hombres. La iglesia se alzaba en un claro circular que parecía la boca abierta del Bosque Maligno. ¿Estaría esperando para cerrar los dientes? Nwoye pasó varias veces por delante de la iglesia y luego volvió a casa.

La gente de Mbanta sabía muy bien que sus dioses y sus antepasados eran a veces pacientes y permitían intencionadamente a un hombre seguir desafiándoles. Pero hasta en esos casos establecían un límite de siete semanas de mercado o veintiocho días. Pasado ese límite no se permitía seguir a ningún hombre. Así que cuando ya estaban a punto de cumplirse siete semanas desde que los atrevidos misioneros habían construido la iglesia en el Bosque Maligno aumentó la^oexpectación en la aldea. Estaban todos tan seguros del destino que aguardaba a aquellos hombres que uno o dos conversos consideraron prudente retirar su apoyo a la nueva fe.

Por fin llegó el día en que todos los misioneros deberían haber muerto. Pero aún estaban vivos, construyendo una casa nueva de tierra roja y techo de paja para su maestro el señor Kiaga. Esa semana consiguieron un puñado de conversos más. Y tuvieron por primera vez una mujer. Se llamaba Nneka, la esposa de Amadi, que era un labrador acomodado. Estaba encinta de muchos meses.

Nneka había estado encinta ya cuatro veces y había tenido cuatro partos. Y las cuatro veces había dado a luz gemelos, a los que se había tirado inmediatamente. Su marido y la fa-

milia de este habían empezado ya a mostrarse muy críticos con una mujer como aquella y no les extrañó demasiado cuando descubrieron que había huido para unirse a los cristianos. Era una suerte quitársela de encima.

Amikwu, el primo de Okonkwo, pasaba una mañana por la iglesia cuando volvía de la aldea vecina, y vio a Nwoye entre los cristianos. Se sorprendió muchísimo y al llegar a casa fue directamente a ver a Okonkwo y le contó lo que acababa de ver. Las mujeres se pusieron a hablar muy agitadas, pero Okonkwo no se inmutó.

Nwoye no volvió hasta última hora de la tarde. Entró en el *obi* y saludó a su padre, pero él no contestó. Nwoye dio la vuelta para pasar al recinto interior y entonces su padre, súbitamente dominado por la cólera, se levantó de un salto y le asió por el cuello.

—¿Dónde has estado? —tartamudeó.

Nwoye intentó librarse de la asfixiante presa.

—¡Contéstame antes de que te mate! —rugió Okonkwo.

Cogió un palo grueso que había sobre el murete y le dio dos o tres golpes brutales.

—¡Contéstame! —rugió otra vez.

Nwoye se quedó mirándole y no dijo nada. Las mujeres lloraban fuera, sin atreverse a entrar.

—¡Deja inmediatamente al chico! —dijo una voz en el recinto exterior. Era Uchendu, el tío de Okonkwo—. ¿Estás loco?

Okonkwo no contestó. Pero soltó a Nwoye, que se fue y no volvió nunca más.

Volvió a la iglesia y le dijo al señor Kiaga que había decidido ir a Umuofia, donde el misionero blanco había abierto una escuela para enseñar a leer y a escribir a los jóvenes cristianos.

El señor Kiaga se alegró muchísimo.

—Bienaventurado el que abandona a su padre y a su madre para seguirme —recitó—. Los que oyen mi palabra son mi padre y mi madre.

Nwoye no lo entendió del todo. Pero estaba contento de dejar a su padre. Volvería más adelante con su madre y con sus hermanos y hermanas y los convertiría a la nueva fe.

Okonkwo caviló sobre el asunto aquella noche sentado en su cabaña, mirando el fuego. Afloró en su interior una súbita furia y sintió un deseo intenso de coger el machete, ir a la iglesia y acabar con toda aquella pandilla vil y descreída. Pero luego se dijo, pensándolo mejor, que no merecía la pena luchar por Nwoye. ¿Por qué, clamó en su corazón, tendría que pesar precisamente sobre él, Okonkwo, la maldición de un hijo como aquel? Veía en ello claramente la mano de su dios personal, de su *chi*. Porque ¿cómo podía explicar si no su gran desgracia y su destierro y luego la conducta de aquel hijo despreciable? Ahora que tenía tiempo para pensarlo, el delito de su hijo destacaba en toda su desolada enormidad. Abandonar a los dioses de su padre y andar con un montón de hombres afeminados que cacareaban como gallinas cluecas era el colmo de la abominación. ¿Y si cuando él muriera todos sus hijos varones decidían seguir los pasos de Nwoye y abandonar a sus antepasados? Le recorrió un escalofrío desde los pies a la cabeza ante la terrible perspectiva, era como la perspectiva de la aniquilación. Se vio él y vio a su padre congregados ante su santuario ancestral, esperando en vano las oraciones y sacrificios y encontrando solo las cenizas de los tiempos pasados, mientras sus hijos rezaban al dios del hombre blanco. Si ocurría tal cosa alguna vez, él, Okonkwo, los barrería de la faz de la tierra.

A Okonkwo se le conocía popularmente como «Llama Crepitante». Recordó aquel nombre mientras contemplaba el fuego de leña. Él era un fuego llameante. ¿Cómo podía haber

engendrado entonces un hijo degenerado y afeminado como Nwoye? Tal vez no fuera hijo suyo. ¡No! No podía serlo. Su esposa le había engañado. ¡Ya le enseñaría él! Pero Nwoye se parecía a su abuelo Unoka, al padre de Okonkwo. Desechó aquella idea. Decían de él, de Okonkwo, que era un fuego llameante. ¿Cómo podía haber engendrado como hijo una mujer? A la edad de Nwoye, él ya era famoso en todo Umuofia como luchador y por su intrepidez.

Suspiró con tristeza y el tronco incandescente del fuego suspiró también como si comprendiera. Y a Okonkwo se le abrieron los ojos de pronto y lo vio todo claro. El fuego vital engendra frío, ceniza impotente. Lanzó un nuevo suspiro, muy profundo.

La joven iglesia de Mbanta tuvo varias crisis al principio de su existencia. Primero el clan había supuesto que no sobreviviría. Pero siguió viviendo y ganando fuerza poco a poco. El clan estaba preocupado, pero no demasiado. Si un grupo de *efulefu* decidían vivir en el Bosque Maligno, era asunto suyo. El Bosque Maligno era un hogar adecuado para una gente tan indeseable, si te parabas a pensarlo. Era cierto que recogían a los gemelos de entre la maleza, pero no los llevaban nunca a la aldea. Por lo que se refería a los aldeanos, los gemelos seguían donde los habían tirado. La diosa de la tierra no iba a castigar a los aldeanos inocentes por los pecados de los misioneros.

Pero los misioneros habían intentado sobrepasar los límites en una ocasión. Habían ido a la aldea tres conversos y habían alardeado abiertamente de que todos los dioses estaban muertos y no tenían ningún poder y que ellos estaban dispuestos a desafiarlos quemando todos los santuarios.

—Id a quemar los genitales de vuestra madre —les dijo uno de los sacerdotes.

Y los cogieron y les pegaron hasta que chorreaban sangre. Después de aquello no ocurrió nada durante mucho tiempo entre la iglesia y el clan.

Pero empezaban ya a ganar terreno historias de que los blancos no solo habían llevado una religión, sino también un

gobierno. Se decía que habían construido una casa de juicios en Umuofia para proteger a los seguidores de su religión. Se decía incluso que habían ahorcado a un hombre que había matado a un misionero.

Aunque se contaban ya a menudo esas historias, en Mbanta parecían cuentos fantásticos y todavía no afectaban a la relación entre la nueva iglesia y el clan. Allí no había problema de que mataran a un misionero, porque el señor Kiaga era completamente inofensivo, a pesar de su locura. En cuanto a sus neófitos nadie podía matarlos sin tener que huir del clan, porque a pesar de su indignidad seguían perteneciendo al clan. Así que nadie tomaba en serio aquellas historias sobre el gobierno de los hombres blancos o sobre las consecuencias de matar cristianos. Si se volvían más importunos de lo que ya eran no había más que expulsarlos del clan.

Y en cuanto a la pequeña iglesia, en aquel momento estaba demasiado absorta en sus propios problemas para molestar al clan. Todo empezó por la cuestión de admitir a los parias.

Al ver que la nueva religión aceptaba de buen grado a los gemelos y abominaciones parecidas, los parias u *osu* creyeron que podrían acogerles también. Así que un domingo entraron dos de ellos en la iglesia. Se organizó inmediatamente un revuelo; pero la nueva religión había realizado una labor tan admirable con los conversos que nadie abandonó la iglesia inmediatamente al entrar los parias. Los que estaban más cerca de ellos se limitaron a pasar a otro asiento. Era un milagro. Pero solo duró hasta que acabó el oficio. Entonces empezaron a protestar todos. Sin embargo, cuando estaban a punto de echar de allí a aquella gente, el señor Kiaga se lo impidió y empezó a explicar:

—No hay esclavos ni libres ante Dios —dijo—. Todos somos hijos de Dios y hemos de recibir a estos hermanos nuestros.

—Tú no lo comprendes —replicó uno de los conversos—.

¿Qué dirán los infieles cuando sepan que hemos aceptado *osu*? Se reirán de nosotros.

—Dejad que se rían —dijo el señor Kiaga—. Dios se reirá de ellos el día del juicio. ¿Por qué se escandalizan las naciones e imaginan las gentes cosas vanas? El que se sienta en los cielos reirá. El Señor los escarnecerá.

—Tú no lo comprendes —insistió el converso—. Eres nuestro maestro y puedes enseñarnos las cosas de la nueva fe. Pero esto es una cosa que nosotros sabemos.

Y le explicó lo que era un *osu*.

Era una persona consagrada a un dios, una cosa aparte: tabú toda la vida y sus hijos después de él. No podía casarse con los que habían nacido libres ni estos con él. Era en realidad un proscrito, un paria que vivía en una zona especial de la aldea, junto al Gran Santuario. Y allá donde fuera, llevaba consigo la señal de su casta prohibida: el pelo sucio, largo y enmarañado. Las cuchillas eran para él tabú. Un *osu* no podía asistir a una asamblea de los que habían nacido libres, y ellos, a su vez, no podían cobijarse bajo el techo de él. No podía tomar ninguno de los cuatro títulos del clan y cuando moría le enterraban con los de su clase en el Bosque Maligno. ¿Cómo podía un hombre así ser seguidor de Cristo?

—Él necesita a Cristo más que tú y que yo —contestó el señor Kiaga.

—Entonces volveré con el clan —dijo el converso.

Y se fue. El señor Kiaga se mantuvo firme y fue precisamente su firmeza lo que salvó a la joven iglesia. Su fe inquebrantable aportó inspiración y seguridad a sus vacilantes neófitos. Ordenó a los proscritos cortarse aquel pelo largo y enmarañado. Al principio, tenían miedo a morir si lo hacían.

—Si no elimináis la señal de vuestra fe pagana no os admitiré en la iglesia —les dijo el señor Kiaga—. Creéis que moriréis por ello. ¿Por qué? ¿Acaso sois diferentes de los hombres

que se cortan el pelo? El mismo Dios os creó a vosotros y a ellos. Pero ellos os expulsaron como a leprosos. Eso va contra la voluntad de Dios, que ha prometido la vida eterna a todo el que crea en Su santo nombre. Los paganos dicen que moriréis si hacéis esto y aquello. Y vosotros tenéis miedo. También dijeron que yo moriría si construía mi iglesia en este terreno. ¿Acaso he muerto? Dijeron que moriría si cuidaba a los gemelos. Y todavía estoy vivo. Los paganos solo dicen mentiras. Solo la palabra de nuestro Dios es verdadera.

Los dos parias se cortaron el pelo y pronto figuraron entre los más fervientes seguidores de la nueva religión. Y lo que es más, casi todos los *osw* de Mbanta siguieron su ejemplo. De hecho fue uno de ellos quien creó con su celo un conflicto grave entre la iglesia y el clan un año después al matar a la pitón sagrada, la emanación del dios del agua.

La pitón real era el animal más venerado de Mbanta y de todos los clanes de los alrededores. La llamaban «Padre Nuestro» y le permitían meterse donde quería, hasta en las camas de la gente. Comía las ratas de las viviendas y a veces los huevos de las gallinas. Si un hombre del clan mataba accidentalmente a una pitón real, tenía que hacer sacrificios de expiación y una costosa ceremonia de enterramiento como la que se hacía para un gran hombre. No había ningún castigo prescrito para el hombre que matara intencionadamente a la pitón. Era inconcebible que pudiera suceder tal cosa.

Quizá no hubiera sucedido en realidad. Así lo enfocó al principio el clan. La verdad es que nadie había visto realmente a aquel hombre hacerlo. La historia había surgido entre los propios cristianos.

Pero de todos modos los notables y ancianos de Mbanta se reunieron para decidir qué medidas había que tomar. Hablaron casi todos ellos mucho, muy furiosos. Se apoderó de ellos el espíritu de la guerra. Okonkwo, que había empezado a participar en los asuntos de su tierra materna, dijo que no

habría paz hasta que no expulsaran de la aldea a latigazos a aquella pandilla abominable.

Pero había otros muchos que veían la situación de una forma distinta y al final prevaleció su consejo.

—No es costumbre nuestra luchar por nuestros dioses —dijo uno de estos—. No nos tomemos la libertad de hacerlo ahora. Si un hombre mata a la pitón sagrada en la intimidad de su cabaña, todo queda entre él y el dios. Nosotros no lo vimos. Si nos interponemos entre el dios y su víctima recibiremos los golpes destinados al transgresor. ¿Qué hacemos cuando un hombre blasfema? ¿Le cerramos la boca? No. Nos tapamos los oídos para no oírle. Es una actitud juiciosa.

—No podemos razonar como cobardes —dijo Okonkwo—. Si un hombre entra en mi cabaña y defeca en el suelo, ¿qué hago yo? ¿Cierro los ojos? ¡No! Cojo un palo y le rompo la cabeza. Eso es lo que hace un hombre. Esa gente nos está cubriendo diariamente de basura y Okeke dice que debemos fingir que no lo vemos.

Okonkwo lanzó un gruñido despectivo. Este es un clan mujeril, se dijo. En su tierra patria, en Umuofia, nunca podría haber ocurrido algo así.

—Okonkwo ha dicho la verdad —dijo otro hombre—. Tendríamos que hacer algo. Excluyamos a estos hombres del clan. Así no seríamos responsables de sus abominaciones.

Hablaron todos los presentes y al final se tomó la decisión de excluir del clan a los cristianos. Okonkwo rechinó los dientes, asqueado.

Aquella noche un pregonero recorrió toda Mbanta comunicando que a partir de entonces los seguidores de la nueva fe quedaban excluidos de la vida y los privilegios del clan.

El número de cristianos había aumentado y eran ya una pequeña comunidad de hombres, mujeres y niños, seguros de

sí mismos y confiados. Les visitaba periódicamente el señor Brown, el misionero blanco.

—Cuando pienso que solo han transcurrido dieciocho meses desde que se sembró la semilla entre vosotros —les decía—, me maravillo de lo que ha hecho el Señor.

Era el miércoles de Semana Santa y el señor Kiaga había pedido a las mujeres que llevaran arcilla roja y tiza blanca y agua para fregar la iglesia para la Pascua; y las mujeres habían formado tres grupos con ese fin. Aquella mañana salieron temprano, unas con las ollas del agua hacia el arroyo, otro grupo con azadas y cestos al depósito de arcilla roja de la aldea y las otras a la cantera de la tiza.

El señor Kiaga estaba rezando en la iglesia cuando oyó las voces agitadas de las mujeres. Remató apresuradamente la oración y fue a ver qué pasaba. Las mujeres habían vuelto a la iglesia con las ollas del agua vacías. Explicaron que unos jóvenes que llevaban látigos las habían echado del arroyo. Al poco rato, volvió con los cestos vacíos el grupo que había ido a buscar tierra roja. Algunas habían recibido fuertes latigazos. Las mujeres que habían ido a buscar tiza también volvieron explicando una historia parecida.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el señor Kiaga, que estaba muy perplejo.

—La aldea nos ha proscrito —dijo una de las mujeres—. El pregonero lo anunció anoche. Pero no es costumbre nuestra prohibir a nadie utilizar el arroyo y la cantera.

—Quieren acabar con nosotros —dijo otra mujer—. No nos dejarán entrar en los mercados. Lo han dicho.

El señor Kiaga se disponía a mandar aviso a sus conversos varones, pero vio que llegaban ellos por propia iniciativa. Todos habían oído al pregonero, claro, pero nunca habían oído que se hubiera impedido a las mujeres ir al arroyo.

—Vamos —dijeron a las mujeres—. Os acompañaremos a ver a esos cobardes.

Algunos llevaban palos y otros hasta machetes.

Pero el señor Kiaga les contuvo. Primero quería saber por qué les habían proscrito.

—Dicen que Okoli mató a la pitón sagrada —dijo un hombre.

—Es mentira —dijo otro—. El propio Okoli me dijo que era mentira.

Okoli no estaba allí para aclararlo. Había caído enfermo la noche anterior. Murió antes de que acabara el día. Su muerte demostró que los dioses aún eran capaces de librar sus propias batallas. Así que el clan ya no vio motivo alguno para molestar a los cristianos.

Estaban cayendo las últimas grandes lluvias del año. Era el tiempo de pisar la tierra roja para construir muros con ella. No se hacía antes porque las lluvias eran demasiado fuertes y habrían arrastrado el montón de tierra pisada; y no podía hacerse después porque pronto empezaría la recolección y luego la estación seca.

Aquella sería la última cosecha de Okonkwo en Mbanta. Los siete años tediosos e inútiles se acercaban a su fin. Aunque había prosperado en su tierra materna, Okonkwo sabía que habría prosperado más en Umuofia, la tierra de sus padres, donde los hombres eran valientes y aguerridos. En aquellos siete años habría llegado a la cumbre. Y por eso lamentaba cada día de destierro. Sus parientes maternos habían sido muy amables con él y se lo agradecía. Pero eso no cambiaba las cosas. Había puesto al primer hijo que le había nacido en el destierro el nombre de Nneka («La Madre es Suprema») en consideración a los parientes de su madre. Pero cuando le nació un hijo dos años después le llamó Nwofia («Engendrado en el Yermo»).

En cuanto se inició su último año de destierro, Okonkwo envió dinero a Obierika para que construyera en su antiguo recinto dos cabañas donde pudieran vivir él y su familia hasta

que construyera más cabañas y el muro exterior del recinto. No podía pedir a otro hombre que construyera su propio *obi* por él ni los muros del recinto. Aquellas cosas se las construía uno mismo o las heredaba de su padre.

Cuando llegaron las últimas lluvias torrenciales del año, Obierika mandó recado de que ya habían construido las dos cabañas y Okonkwo inició los preparativos para regresar en cuanto acabaran las lluvias. Habría preferido volver antes y construir el recinto aquel año antes de que cesaran las lluvias, pero en ese caso no habría cumplido los siete años de condena. Y eso no podía ser. Así que esperó impaciente que llegara la estación seca.

Llegó lentamente. La lluvia empezó a amainar poco a poco hasta que caía ya inclinada. A veces brillaba el sol entre la lluvia y se levantaba una brisa ligera. Era una lluvia alegre y suave. Empezó a aparecer el arco iris y hasta dos aparecían a veces, como madre e hija, una bella y joven y la otra una sombra vieja y débil. Al arco iris lo llamaban la pitón del cielo.

Okonkwo llamó a sus tres esposas y les dijo que lo organizaran todo para un gran banquete.

—Tengo que dar las gracias a los parientes de mi madre antes de irme —les dijo.

Ekwefi tenía aún algo de mandioca del año anterior. Las otras dos no. No es que hubieran sido descuidadas sino que tenían muchos niños que alimentar. Era razonable por tanto que Ekwefi aportara la mandioca para el banquete. La madre de Nwoye y Ojiugo pondrían todo lo demás, como pescado ahumado, aceite de palma y pimienta para la sopa. Okonkwo se encargaría de la carne y de los ñames.

Ekwefi se levantó temprano al día siguiente y fue a su huerto con su hija Ezinma y con Obiageli, la hija de Ojiugo, a recoger mandioca. Llevaban un gran cesto de caña cada una, un machete para cortar el blando tallo de la mandioca y una

azada pequeña para desenterrar los tubérculos. Había caído por suerte una lluvia ligera durante la noche y no estaría muy duro el suelo.

—No nos llevará mucho recoger todo lo que queramos —dijo Ekwefi.

—Pero las hojas estarán mojadas —dijo Ezinma. Llevaba el cesto en la cabeza y los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía frío—. No me gusta que me caiga el agua fría por la espalda. Deberíamos haber esperado a que saliera el sol y secara las hojas.

Obiageli la llamaba «Sal» porque decía que no le gustaba el agua.

—¿Es que tienes miedo a deshacerte?

La tarea fue fácil, tal como había dicho Ekwefi. Ezinma sacudía con vigor cada planta con un varal antes de inclinarla para cortarle el tallo y arrancar el tubérculo. A veces no hacía falta cavar. Bastaba tirar del tocón y la tierra cedía, se rompían las raíces abajo y salía el tubérculo.

Cuando tuvieron un montón bastante grande, lo llevaron en dos viajes hasta el arroyo, donde cada mujer tenía una poza poco profunda para fermentar su mandioca.

—Tendrían que estar en cuatro días, o en tres incluso —dijo Obiageli—. Son tubérculos tiernos.

—Nada de tiernos —dijo Ekwefi—. Planté el huerto hace casi dos años. Es una tierra mala y por eso son tan pequeños.

Okonkwo nunca hacía las cosas a medias. Cuando su esposa Ekwefi dijo que dos cabras bastarían para el banquete, él le dijo que no era asunto suyo.

—Voy a celebrar un banquete porque tengo con qué. Yo no puedo vivir a la orilla de un río y lavarme las manos con saliva. La gente de mi madre ha sido buena conmigo y tengo que demostrar mi gratitud.

Así que sacrificaron tres cabras y varios pollos. Fue como un banquete de boda. Había fufú y potaje de ñame, sopa de *egusi* y sopa de hojas amargas y ollas y ollas de vino de palma. Invitaron a todo el *umunna*, todos los descendientes de Okolo, que había vivido hacía unos doscientos años. El miembro más anciano de aquella familia ampliada era Uchendu, el tío de Okonkwo. A él se le ofreció la nuez de cola para que la partiera y fue él quien rezó a los antepasados. Les pidió salud e hijos.

—No pedimos riquezas, porque el que tiene hijos y salud tendrá también riqueza. No pedimos más dinero sino más parientes. Somos mejores que los animales porque tenemos parientes. Los animales se frotan el flanco dolorido en un árbol, los hombres piden a un pariente que les rasque.

Rezó en particular por Okonkwo y su familia. Luego partió la nuez de cola y arrojó uno de los lóbulos al suelo para los antepasados.

Repartieron las nueces de cola partidas y luego las esposas y los hijos de Okonkwo y los que habían ido a ayudar a cocinar, empezaron a sacar la comida. Los hijos de Okonkwo sacaron los cántaros de vino de palma. Había tanta comida y bebida que muchos parientes silbaban sorprendidos. Cuando estuvo todo dispuesto, Okonkwo se levantó a hablar.

—Os ruego que aceptéis esta pequeña cola —dijo—. No es para pagaros lo que habéis hecho por mí en estos siete años. Un hijo no puede pagar la leche de su madre. Solo os he reunido porque es bueno que los parientes se vean.

Sirvieron primero el potaje de ñame porque era más ligero que el fufú y porque siempre se tomaban primero los ñames. El fufú se sirvió después. Algunos parientes lo tomaron con la sopa de *egusi* y otros con sopa de hojas amargas. Luego se repartió la carne de forma que todos los miembros del *umunna* tuvieran su porción. Se levantaron por orden de edad todos los hombres y la fueron cogiendo. Se apartaron incluso

las porciones que correspondían por turno a los pocos parientes que no habían podido asistir.

Cuando tomaron el vino de palma, uno de los miembros más ancianos del *umunna* se levantó para dar las gracias a Okonkwo:

—Si dijera que no esperábamos un banquete tan espléndido indicaría con ello que no sabíamos lo generoso que es nuestro hijo Okonkwo. Todos le conocemos y esperábamos un gran banquete. Pero ha sido todavía mejor de lo que esperábamos. Gracias. Ojalá todo lo que has sacado aquí te sea devuelto con creces. Es agradable en estos tiempos en que los más jóvenes se creen más sabios que sus padres ver a un hombre que hace las cosas con la esplendidez de antes. Un hombre no invita a sus parientes a un banquete para evitar que pasen hambre. Todos ellos tienen comida en casa. Cuando nos reunimos en el campo de la aldea a la luz de la luna no lo hacemos por la luna. Todos pueden verla en su propio recinto. Nos reunimos porque es bueno que los parientes se reúnan. Quizá os preguntéis por qué digo todo esto. Lo digo porque tengo miedo por la nueva generación, por vosotros. —Señaló con un gesto hacia donde se sentaban casi todos los varones jóvenes—. A mí me queda ya poco tiempo de vida, lo mismo que a Uchendu, a Unachukwu y a Emefo. Pero temo por vosotros los jóvenes, porque no comprendéis lo fuerte que es el vínculo de parentesco. No sabéis lo que es hablar con una voz. ¿Y cuál es el resultado? Se ha asentado entre nosotros una religión abominable. Ahora un hombre puede dejar a su padre y a sus hermanos. Puede maldecir a los dioses de sus padres y de sus antepasados, como el perro del cazador que se pone rabioso de pronto y ataca a su amo. Temo por vosotros; temo por el clan. —Se volvió de nuevo hacia Okonkwo y concluyó—: Gracias por habernos reunido.

Tercera parte

Siete años eran mucho tiempo para estar lejos del propio clan. El puesto de un hombre no seguía allí esperándole siempre. En cuanto él se marchaba, aparecía otro y lo ocupaba. El clan era como una lagartija: si perdía la cola, le crecía otra enseguida.

Okonkwo lo sabía perfectamente. Sabía que había perdido su puesto entre los nueve espíritus enmascarados que administraban la justicia en el clan. Había perdido la posibilidad de dirigir a su aguerrido clan contra la nueva religión que, según le dijeron, había ganado terreno. Había perdido los años en que podría haber conseguido los títulos más altos del clan. Pero algunas de estas pérdidas no eran irreparables. Estaba decidido a que su regreso no pasara inadvertido entre los suyos. Volvería con empuje y recuperaría los siete años perdidos.

Había empezado a planear aquel regreso desde el primer año de destierro. Lo primero que haría sería reconstruir su recinto a una escala más esplendorosa. Construiría un granero más grande que el que tenía antes y casas para dos nuevas esposas. Luego exhibiría su riqueza iniciando a sus hijos en la sociedad *ozo*. Solo los hombres realmente grandes del clan podían hacerlo. Okonkwo sabía perfectamente en qué alta estima le tendrían y se imaginaba consiguiendo el máximo título del país.

A medida que fueron transcurriendo uno a uno los años de destierro, fue empezando a parecerle que quizá su *chi* le estuviera compensando por la desgracia que le había sucedido. Sus ñames crecían copiosamente, no solo en su tierra materna sino también en Umuofia, donde su amigo los repartía año tras año entre los aparceros.

Luego había ocurrido la tragedia de su primogénito. Al principio pareció que podría ser demasiado grande para su espíritu. Pero era un espíritu resistente y flexible y Okonkwo acabó consiguiendo sobreponerse a su dolor. Tenía otros cinco hijos y los criaría según las costumbres del clan.

Mandó llamar a sus cinco hijos, que acudieron y se sentaron en su *obi*. El más pequeño de ellos tenía cuatro años.

—Todos habéis visto la gran perversidad de vuestro hermano. Ahora ya no es hijo mío ni vuestro hermano. Yo no quiero un hijo que no sea un hombre, que no mantenga la cabeza alta entre mi pueblo. Si alguno de vosotros prefiere ser una mujer, que se vaya con Nwoye ahora que estoy vivo para poder maldecirle. Si os volvéis contra mí cuando haya muerto, os visitaré y os romperé el cuello.

Okonkwo era muy afortunado con sus hijas. Nunca dejó de lamentar que Ezinma hubiera sido niña. Era la única de todos sus hijos que comprendía siempre sus estados de ánimo. Con el paso de los años se había establecido un vínculo de comprensión entre los dos.

Ezinma creció en los años de destierro de su padre y se convirtió en una de las jóvenes más bellas de Mbanta. La llamaban «Cristal de Belleza», igual que habían llamado de joven a su madre. La niña enfermiza que tantas angustias había hecho pasar a su madre se había convertido casi de la noche a la mañana en una muchacha sana y vigorosa. Tenía, ciertamente, sus momentos de depresión en los que atacaba a todos como un perro rabioso. Estos arranques de cólera se apoderaban de ella súbitamente y sin razón visible. Pero eran muy ra-

ros y fugaces. Mientras duraban no soportaba a nadie más que a su padre.

Muchos jóvenes y muchos hombres maduros prósperos de Mbanta habían querido casarse con ella. Pero ella les había rechazado a todos porque su padre la había llamado una tarde y le había dicho:

—Aquí hay mucha gente excelente y próspera, pero me haría feliz que te casaras en Umuofia cuando regresemos a casa.

Eso fue todo lo que le dijo. Pero Ezinma comprendió claramente la idea y el significado oculto tras aquellas pocas palabras. Y accedió a los deseos de su padre.

—Tu hermanastra Obiageli no me comprendería —le dijo Okonkwo—. Pero tú puedes explicárselo.

Aunque tenían casi la misma edad, Ezinma ejercía una gran influencia sobre su hermanastra. Le explicó por qué no debían casarse todavía, y ella accedió también. Por eso rechazaron las dos todas las propuestas de matrimonio que les hicieron en Mbanta.

«Ojalá fuera un chico», se decía Okonkwo. Entendía muy bien las cosas. ¿Quién más de entre sus hijos le habría leído tan bien el pensamiento? Con dos hijas adultas hermosas, cuando regresara a Umuofia atraería una atención considerable. Sus futuros yernos serían hombres importantes en el clan. Los pobres y desconocidos no se atreverían a presentarse.

Umuofia había cambiado en los siete años que Okonkwo había estado en el destierro. Había llegado la iglesia y había arrastrado a muchos por el mal camino. No solo los humildes y los parias se habían unido a ella sino también algunos notables. Por ejemplo Ogbuefi Ugonna, que tenía dos títulos, y que se había cortado el brazalete de los títulos como un loco y lo había tirado para hacerse cristiano. El misionero blanco

estaba muy orgulloso de él y fue uno de los primeros hombres de Umuofia que recibió el sacramento de la Sagrada Comunión o Banquete Sagrado, como se decía en igbo. Ogbuefi Ugonna había creído que se trataba de un banquete de comida y bebida pero más santo que los de la aldea. Así que había metido en la bolsa de piel de cabra el cuerno de beber para la ceremonia.

Pero además de la iglesia, los blancos habían llevado un gobierno. Habían construido un juzgado donde el comisario del distrito juzgaba los casos con total ignorancia. Tenía agentes que le llevaban a los hombres para que los juzgara. Muchos de aquellos agentes eran de Umuru, de la ribera del Gran Río, donde habían llegado primero los blancos muchos años antes y donde habían establecido el centro de su religión, comercio y gobierno. Aquellos agentes eran muy odiados en Umuofia porque eran forasteros y además arrogantes y despoticos. Les llamaban *kotma* y se ganaron el mote adicional de «Traseros Cenicientos» por el color de sus pantalones cortos. Eran los guardias de la prisión, que estaba llena de hombres que habían quebrantado la ley de los blancos. Algunos de aquellos presos habían abandonado a sus hijos gemelos y otros habían molestado a los cristianos. Los *kotma* les pegaban en la prisión y les hacían trabajar todas las mañanas limpiando el recinto del gobierno y recogiendo leña para el comisario y los agentes. Algunos presos eran hombres de título que debían estar por encima de tareas tan viles. Se sentían agraviados por aquel oprobio y sufrían por sus cultivos abandonados. Cuando cortaban hierba por la mañana los más jóvenes cantaban al ritmo de los golpes de machete:

*El kotma del trasero ceniciento
es bueno para esclavo.
El blanco no tiene juicio,
es bueno para esclavo.*

A los agentes judiciales no les gustaba que les llamaran Traseros Cenicientos y pegaban a los hombres. Pero la canción se difundió en Umuofia.

Okonkwo bajó la cabeza entristecido cuando Obierika le explicó estas cosas.

—Puede que haya estado fuera demasiado tiempo —dijo Okonkwo, casi como si pensara en voz alta—. Pero no entiendo estas cosas que me cuentas. ¿Qué le ha pasado a nuestra gente? ¿Por qué han perdido la capacidad de luchar?

—¿No te enteraste de cómo destruyeron los blancos Abame? —le preguntó Obierika.

—Sí —contestó Okonkwo—. Pero también me contaron que la gente de Abame fue débil y estúpida. ¿Por qué no se defendieron? ¿No tenían fusiles y machetes? Seríamos unos cobardes si nos comparáramos con los hombres de Abame. Sus padres nunca se atrevieron a enfrentarse a nuestros antepasados. Tenemos que luchar contra estos hombres y echarlos de la tierra.

—Ya es demasiado tarde —dijo con tristeza Obierika—. Nuestros propios hombres y nuestros hijos se han incorporado a las filas del extranjero. Han aceptado su religión y ayudan a imponer su gobierno. Sería fácil echar a los blancos de Umuofia si nos lo propusiéramos. Solo hay dos. Pero ¿y los nuestros que siguen sus costumbres y les han dado poder? Irían a Umuru y traerían a los soldados y pasaría lo que en Abame. —Hizo una larga pausa y luego dijo—: Ya te conté en mi última visita a Mbanta cómo ahorcaron a Aneto.

—¿Qué pasó con aquel terreno en litigio? —preguntó Okonkwo.

—El tribunal de los blancos decidió que pertenecía a la familia de Nnama, que les dio dinero a los agentes y al intérprete del hombre blanco.

—¿Entiende el hombre blanco nuestra costumbre sobre la tierra?

—¿Cómo iba a entenderla si ni siquiera habla nuestra lengua? Pero dice que nuestras costumbres son malas; y nuestros propios hermanos que han adoptado su religión también dicen que nuestras costumbres son malas. ¿Cómo crees que podemos luchar cuando se han vuelto contra nosotros nuestros propios hermanos? El blanco es muy listo. Llegó silenciosa y pacíficamente con su religión. Nos reímos de su estupidez y le dejamos quedarse. Ahora ha convencido a nuestros hermanos y nuestro clan ya no puede actuar unido. Ha cortado las cosas que nos mantenían unidos y nos hemos desmoronado.

—¿Cómo cogieron a Aneto para ahorcarle? —preguntó Okonkwo.

—Cuando mató a Oduche en la lucha por ese terreno, huyó a Aninta para escapar de la cólera de la tierra. Esto fue unos ocho días después de la lucha, porque Oduche no murió inmediatamente a causa de las heridas. Murió al séptimo día. Pero todos sabían que iba a morir y Aneto reunió sus pertenencias preparándose para escapar. Pero los cristianos le habían contado el accidente al blanco y él envió a sus *kotma* a detener a Aneto. Le encerraron con todos los jefes de su familia. Al final Oduche murió y a Aneto se lo llevaron a Umuru y le ahorcaron. A los demás les soltaron, pero aún no encuentran palabras para explicar su sufrimiento.

Los dos hombres siguieron sentados después largo rato en silencio.

Había muchos hombres y mujeres en Umuofia que no lamentaban tanto como Okonkwo la nueva situación. El blanco había llevado realmente una religión de locos pero también había instalado una factoría, y el aceite de palma y el maíz se convirtieron por primera vez en artículos de gran valor y afluyó a Umuofia mucho dinero.

Y hasta en el asunto de la religión había una sensación creciente de que podría haber algo, después de todo, algo vagamente parecido al método, en aquella locura sobrecogedora.

Esta sensación creciente se debía al señor Brown, el misionero blanco, que era muy estricto y evitaba por todos los medios que su congregación provocara la cólera del clan. Había un feligrés en particular al que era muy difícil contener. Se llamaba Enoch y su padre era el sacerdote del culto de la serpiente. Se propaló la historia de que Enoch había matado y se había comido a la pitón sagrada y que su padre le había maldicho.

El señor Brown predicó contra semejante exceso de celo. Todo era posible, dijo a su activo rebaño, pero no todo era apropiado. Así que el señor Brown se había ganado hasta el respeto del clan, porque era moderado en su fe. Hizo amistad con algunos hombres importantes del clan y en una de sus frecuentes visitas a las aldeas vecinas le regalaron un colmillo

de elefante tallado, que era símbolo de dignidad y rango. Uno de los grandes hombres de aquella aldea se llamaba Akunna y había cedido a uno de sus hijos para que le enseñaran la sabiduría de los blancos en la escuela del señor Brown.

Siempre que el señor Brown iba a aquella aldea pasaba largas horas con Akunna en su *obi* conversando sobre religión a través de un intérprete. Ninguno de los dos hombres consiguió convertir al otro, pero los dos llegaron a saber más sobre sus diferentes creencias.

—Dices que hay un Dios supremo que hizo el cielo y la tierra —dijo Akunna al señor Brown en una de sus visitas—. También nosotros creemos en Él y le llamamos Chukwu. Él creó el mundo y a los demás dioses.

—No hay otros dioses —le dijo el señor Brown—. Chukwu es el único Dios y los otros son falsos. Talláis un trozo de madera como ese —señaló las vigas de las que colgaba el Iken-ga tallado de Akunna— y lo llamáis dios. Pero sigue siendo un trozo de madera.

—Sí —dijo Akunna—. Es realmente un trozo de madera. El árbol del que procede fue creado por Chukwu, lo mismo que todos los dioses menores. Pero Él los hizo para que sean sus mensajeros y podamos acercarnos a Él por su mediación. Es como tú mismo. Eres el jefe de tu iglesia.

—No —protestó el señor Brown—. El jefe de mi iglesia es el mismo Dios.

—Ya lo sé —dijo Akunna—, pero tiene que haber un jefe en este mundo entre los hombres. Alguien como tú tiene que ser el jefe aquí.

—El jefe de mi iglesia en ese sentido está en Inglaterra.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. El jefe de tu iglesia está en tu país. Y te ha enviado aquí como mensajero suyo. Y tú también has nombrado mensajeros y sirvientes propios. O, déjame poner otro ejemplo, el comisario del distrito. A él lo ha enviado tu rey.

—Ellos tienen reina —dijo el intérprete por su cuenta.

—Tu reina ha enviado a su mensajero, al comisario del distrito. Él comprueba que no puede hacer solo el trabajo y por eso nombra a los *kotma* para que le ayuden. Pues lo mismo pasa con Dios o Chukwu. Él nombra a los dioses menores para que le ayuden porque su trabajo es demasiado grande para una persona sola.

—No deberías pensar en él como una persona —dijo el señor Brown—. Es por hacer eso por lo que imaginas que Él necesita ayudantes. Y lo peor de todo es que adoráis solo a los falsos dioses que habéis creado.

—Eso no es así. Hacemos sacrificios a los dioses pequeños pero cuando ellos fallan y no hay otro al que recurrir acudimos a Chukwu. Es una cosa lógica. Nos acercamos a un gran hombre a través de sus sirvientes. Pero cuando sus sirvientes no nos ayudan, entonces recurrimos a la última fuente de esperanza. Parece que prestamos más atención a los dioses menores, pero no es así. Les molestamos más a ellos porque nos da miedo molestar a su Amo. Nuestros padres sabían que Chukwu era el Jefe Supremo y por eso muchos de ellos pusieron de nombre a sus hijos Chukwuka, «Chukwu es el Supremo».

—Has dicho una cosa interesante —dijo el señor Brown—. Que Chukwu os da miedo. En mi religión Chukwu es un Padre amoroso y los que cumplen Su voluntad no han de temerle.

—Pero nosotros hemos de temerle cuando no hacemos Su voluntad —dijo Akunna—. ¿Y quién puede decir cuál es Su voluntad? Es demasiado grande para conocerla.

De esta forma, el señor Brown aprendió mucho de la religión del clan y llegó a la conclusión de que un ataque frontal a ella no tendría éxito. Así que construyó una escuela y un pequeño hospital en Umuofia. Fue a visitar a todas las familias, una por una, para pedirles que enviaran a sus hijos a su escue-

la. Pero al principio solo enviaron a los esclavos y algunos a los hijos perezosos. El señor Brown rogó y argumentó y profetizó. Decía que en el futuro los jefes de la tierra serían los hombres y las mujeres que hubieran aprendido a leer y a escribir. Si Umuofia no mandaba a los niños a la escuela, llegarían extranjeros de otros lugares para gobernarlos. Podían ver que ya pasaba eso en el Tribunal Indígena, donde el comisario del distrito estaba rodeado de forasteros que hablaban su lengua. Casi todos aquellos forasteros eran del lejano pueblo de Umuru, a la orilla del Gran Río, adonde había llegado primero el hombre blanco.

Los razonamientos del señor Brown acabaron surtiendo efecto. Acudió más gente a aprender a su escuela y él les estimulaba regalándoles camisetas y toallas. No todos los que iban a aprender a la escuela eran jóvenes. Algunos tenían treinta años o más. Trabajaban por la mañana en sus cultivos y por la tarde iban a la escuela. Y al poco tiempo la gente empezó a decir que la magia del hombre blanco surtía efecto con rapidez. La escuela del señor Brown producía resultados enseguida. Unos cuantos meses en ella bastaban para ser agente judicial o incluso escribiente del juzgado. Los que se quedaban más tiempo se hacían profesores; y desde Umuofia salieron operarios para la viña del Señor. Se fundaron nuevas iglesias en las aldeas de los alrededores y con ellas algunas escuelas. La religión y la educación fueron de la mano desde el principio mismo.

La misión del señor Brown fue haciéndose cada vez más fuerte y ganó nuevo prestigio social gracias a sus vínculos con el nuevo gobierno. Pero el señor Brown personalmente no andaba bien de salud. Al principio desdeñó las señales de advertencia. Pero al final tuvo que dejar a su rebaño, triste y abatido.

El señor Brown volvió a su país precisamente en la primera temporada de lluvias que siguió al regreso de Okonkwo a Umuofia. El misionero había hecho una visita a Okonkwo cinco meses antes, nada más enterarse de su regreso. Acababa de enviar a Nwoye, el hijo de Okonkwo, que ahora se llamaba Isaac, a la escuela de maestros de Umuru. Y suponía que Okonkwo se alegraría de saberlo. Pero Okonkwo le había echado amenazándole con que si volvía a entrar en su recinto no podría salir de él por su propio pie.

El regreso de Okonkwo a su tierra natal no fue tan memorable como habría deseado él. Bien es verdad que sus dos bellas hijas despertaron gran interés entre los pretendientes y pronto se iniciaron negociaciones matrimoniales; pero, aparte de eso, no parecía que Umuofia hubiera prestado mucha atención al regreso del guerrero. El clan había experimentado un cambio tan profundo durante su destierro que era casi irreconocible. Atraían mucho más las miradas y los pensamientos de la gente la nueva religión, el nuevo gobierno y las factorías. Todavía había muchos que consideraban malignas estas nuevas instituciones, pero hasta estos hablaban y pensaban en poco más y desde luego no en el regreso de Okonkwo.

Y no era el año adecuado, además. Si Okonkwo hubiera iniciado inmediatamente a sus dos hijos en la sociedad *ozo* como había planeado habría causado mucho más revuelo. Pero el rito de iniciación se hacía en Umuofia cada tres años y tendría que esperar casi dos a la tanda de ceremonias siguiente.

Okonkwo estaba profundamente afligido. Y no era solo una aflicción personal. Sufría también por el clan, que veía que estaba deshaciéndose y desmoronándose; y sufría por los guerreros de Umuofia, que se habían vuelto tan inexplicablemente blandos como mujeres.

El sucesor del señor Brown fue el reverendo James Smith, un hombre completamente distinto. Criticaba abiertamente la política de compromiso y adaptación del señor Brown. Para él las cosas eran blancas o negras. Y las negras eran malas. Veía el mundo como un campo de batalla en el que los hijos de la luz libraban una lucha a muerte con los hijos de las tinieblas. Hablaba en sus sermones de ovejas y cabras y de trigo y cizaña. Y era partidario de exterminar a los profetas de Baal.

El señor Smith estaba muy disgustado por la ignorancia que demostraban muchos de su rebaño, hasta en cosas como la Trinidad y los Sacramentos. Lo cual solo demostraba que eran semillas echadas en tierra pedregosa. El señor Brown solo había pensado en la cantidad. Debería haber sabido que el reino de Dios no dependía de grandes multitudes. Nuestro Señor mismo había destacado la importancia del corto número. Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Llenar el templo del Señor con una multitud idólatra que pedía a voces señales era una locura de consecuencias perdurables. Nuestro Señor utilizó el látigo una sola vez en Su vida: para echar a la multitud de Su iglesia.

A las pocas semanas de su llegada a Umuofia, el señor Smith excluyó a una mujer de la iglesia por echar vino nuevo en odres viejos. Aquella mujer había permitido a su marido

pagano mutilar a su hijo muerto. Se había considerado al niño un *ogbanje*, que atormentaba a su madre muriendo y entrando en su útero para volver a nacer. Aquel niño lo había hecho cuatro veces. Y por eso le mutilaron para impedirle volver.

El señor Smith no pudo contener la cólera cuando se enteró de esto. No podía creer aquella historia que hasta algunos de los más creyentes confirmaron, la historia de niños verdaderamente malignos a quienes no disuadía la mutilación sino que volvían con todas las cicatrices. Replicó que esas historias las propalaba en el mundo el Demonio para llevar a los hombres por el mal camino. Los que creían aquellas historias no eran dignos de sentarse a la mesa del Señor.

En Umuofia había el dicho de que según baila un hombre así se tocan los tambores para él. El señor Smith bailaba a un ritmo frenético y los tambores enloquecieron. Los conversos demasiado entusiastas que habían sufrido bajo la moderación impuesta por el señor Brown florecieron ahora con pleno apoyo. Uno de ellos era Enoch, el hijo del sacerdote de la serpiente, que se decía que había matado a la pitón sagrada y se la había comido. A la gente le había parecido que la devoción de Enoch a la nueva fe era mucho mayor incluso que la del señor Brown, hasta el punto de que le llamaban «El forastero que lloraba más fuerte que los propios familiares del difunto».

Enoch era bajo y de constitución delicada y parecía tener siempre muchísima prisa. Tenía los pies pequeños y anchos y cuando estaba de pie o caminaba los juntaba en los talones y los separaba en las puntas como si hubieran reñido y se propusieran seguir direcciones distintas. El exceso de energía contenida del cuerpo menudo de Enoch era tal que estallaba continuamente en riñas y peleas. Los domingos creía siempre que el sermón iba dirigido a sus enemigos. Y si estaba sentado por casualidad cerca de uno de ellos se volvía de vez en cuando hacia él para lanzarle una mirada significativa, como si dijera «Ya te lo decía yo». Fue Enoch el que desencadenó el gran

conflicto entre la iglesia y el clan en Umuofia, que llevaba gestándose desde que se había ido el señor Brown.

Ocurrió durante la ceremonia anual que se celebraba en honor de la deidad de la tierra. En esas ocasiones, los antepasados del clan que habían sido encomendados a la Madre Tierra al morir, afloraban de nuevo como *egwugwu* en público a través de pequeños hormigueros.

Uno de los mayores delitos que podía cometer un hombre era desenmascarar a un *egwugwu* en público, o decir o hacer algo que pudiera disminuir su prestigio inmortal a ojos de los no iniciados. Y esto fue precisamente lo que hizo Enoch.

El culto anual a la diosa de la tierra cayó en domingo y habían salido los espíritus enmascarados. Así que las mujeres cristianas que habían ido a la iglesia no podían volver a casa. Algunos de sus hombres fueron a pedir a los *egwugwu* que se retiraran un rato para que pasaran las mujeres. Los espíritus accedieron a hacerlo y empezaban ya a retirarse cuando Enoch gritó que no se atreverían a tocar a un cristiano. Entonces volvieron todos y uno de ellos le pegó a Enoch un buen golpe con el bastón que llevaban siempre. Enoch se abalanzó sobre él y le quitó la máscara. Los demás *egwugwu* rodearon inmediatamente a su compañero profanado, para protegerle de las miradas sacrílegas de las mujeres y de los niños y se lo llevaron. Enoch había matado a un espíritu ancestral y eso sumió a Umuofia en el desconcierto.

Aquella noche la Madre de los Espíritus recorrió el clan de un extremo a otro, llorando por el hijo asesinado. Fue una noche espantosa. Ni siquiera el hombre más anciano de Umuofia había oído jamás un sonido tan extraño y pavoroso y no volvería a oírse nunca. Era como si el alma misma de la tribu llorara por un gran mal inminente: su propia muerte.

Al día siguiente, todos los *egwugwu* enmascarados de Umuofia se reunieron en la plaza del mercado. Llegaron de todos los sectores del clan e incluso de las aldeas vecinas. De

Imo llegó el temido Otakagu y de Uli llegó Ekwensu, balanceando un gallo blanco. Fue una reunión pavorosa. Las voces horripilantes de los innumerables espíritus, las campanillas que llevaban atrás algunos de ellos y el estruendo de los machetes cuando corrían hacia delante y hacia atrás y se saludaban, estremecieron de espanto todos los corazones. Se oyó, por primera vez en la memoria viva, la carraca sagrada a plena luz del día.

La banda enfurecida se dirigió desde la plaza del mercado al recinto de Enoch. Iban también algunos ancianos del clan, bien protegidos con amuletos. Eran hombres de brazos fuertes en *ogwu* o poderes mágicos. En cuanto a los hombres y mujeres corrientes, estaban todos escuchando desde sus cabañas.

Los jefes de los cristianos se habían reunido en casa del señor Smith la noche anterior. Podían oír mientras deliberaban cómo la Madre de los Espíritus lloraba por su hijo. Aquel sonido escalofriante impresionó al señor Smith, que pareció asustarse por primera vez.

—¿Qué se proponen hacer? —preguntó.

Nadie lo sabía, porque nunca había ocurrido algo así. El señor Smith había avisado al comisario del distrito y a sus ayudantes, pero habían salido de viaje el día anterior.

—Una cosa está clara —dijo el señor Smith—. No podemos ofrecerles resistencia física. Nuestra fuerza está en el Señor.

Se arrodillaron todos y rezaron pidiendo a Dios que les salvara.

—Oh, Señor, salva a Tu pueblo —gritó el señor Smith.

—Y bendice a Tu descendencia —contestaron los hombres.

Decidieron que Enoch debía esconderse en la casa parroquial unos días. Enoch, por su parte, se desilusionó mucho al oír esto, pues esperaba que la guerra santa fuera inminente; y había unos cuantos cristianos más que pensaban como él.

Pero prevaleció la prudencia en el campo de los fieles y se salvaron así muchas vidas.

El grupo de los *egwugwu* se dirigió como un torbellino furioso hacia el recinto de Enoch y lo redujeron a un desolado montón de ruinas con los machetes y el fuego. Desde allí se dirigieron a la iglesia, ebrios de destrucción.

El señor Smith estaba en la iglesia cuando oyó aproximarse a los espíritus enmascarados. Se dirigió tranquilamente hacia la puerta que dominaba la entrada al recinto y esperó allí. Pero cuando aparecieron los primeros tres o cuatro *egwugwu* en el recinto de la iglesia estuvo a punto de escapar. Dominó ese impulso y en vez de escapar bajó los dos peldaños de la entrada y se dirigió hacia los espíritus que se acercaban.

Avanzaron en una oleada y un buen tramo de la valla de bambú que rodeaba el recinto de la iglesia cedió ante ellos. Sonaban estridentes las campanillas, resonaban los machetes y el aire se cargó de sonidos misteriosos. El señor Smith oyó pasos a su espalda. Se volvió y vio que era su intérprete Okeke. Okeke no había estado en muy buenas relaciones con su amo desde que había criticado severamente el comportamiento de Enoch en la reunión nocturna de dirigentes de la iglesia. Okeke había llegado al extremo de decir que no se debía esconder a Enoch en la casa parroquial porque no se conseguiría más que atraer la cólera del clan hacia el pastor. El señor Smith le había censurado con palabras muy duras y no había buscado su consejo aquella mañana. Pero ahora, cuando se acercó y se quedó a su lado enfrentándose a los espíritus furiosos, el señor Smith le miró sonriendo. Era una sonrisa triste pero llena de gratitud.

La serenidad inesperada de los dos hombres contuvo durante un instante la arremetida de los *egwugwu*. Pero fue solo una cosa momentánea, como el silencio tenso que se produce entre dos truenos. La segunda arremetida fue mayor que la primera. Se tragó a los dos hombres. Luego se alzó por enci-

ma del tumulto una voz inconfundible y se hizo inmediatamente el silencio. Se dejó un espacio alrededor de los dos hombres y tomó la palabra Ajofia.

Ajofia era el principal *egwugwu* de Umuofia. Era el jefe y el portavoz de los nueve antepasados que administraban la justicia en el clan. Tenía una voz inconfundible y podía calmar enseguida a los espíritus agitados. Se dirigió al señor Smith y se alzaban de su cabeza nubes de humo mientras hablaba.

—Te saludo, cuerpo del hombre blanco —dijo, empleando el lenguaje con que los inmortales hablaban a los hombres—. ¿Me conoces, cuerpo del hombre blanco? —preguntó.

El señor Smith miró al intérprete, pero Okeke, que era oriundo del lejano Umuru, estaba igual que él.

Ajofia soltó una carcajada con su voz gutural. Era como la risa de metal herrumbroso.

—Son forasteros —dijo—, y son ignorantes. Pero dejemos eso.

Se volvió a sus compañeros y les saludó, llamándoles padres de Umuofia. Golpeó en el suelo con su lanza tintineante, que vibró con vitalidad metálica. Luego se volvió otra vez hacia el misionero y su intérprete.

—Dile al hombre blanco que no le haremos ningún daño —le dijo al intérprete—. Dile que vuelva a su casa y nos deje tranquilos. Nos gustaba su hermano, el que estuvo antes con nosotros. Era tonto pero nos gustaba y por amor a él no haremos daño a su hermano. Pero este santuario que él construyó ha de ser destruido. No permitiremos que siga entre nosotros. Ha generado abominaciones inauditas y venimos a acabar con él.

Se volvió entonces hacia sus compañeros.

—Os saludo, padres de Umuofia. —Ellos contestaron al unísono con voz gutural. Luego se volvió una vez más hacia el misionero—. Si te gustan nuestras costumbres, puedes quedarte con nosotros. Podrás rendir culto a tu propio dios. Es

bueno que un hombre rinda culto a los dioses y a los espíritus de sus padres. Vuelve a tu casa para que no sufras daño. Nuestra cólera es grande pero la hemos contenido para poder hablarte.

—Diles que se marchen de aquí —le dijo el señor Smith a su intérprete—. Esta es la casa de Dios y prefiero morir a permitir que la profanen.

Okeke tradujo prudentemente estas palabras a los espíritus y dirigentes de Umuofia así:

—El hombre blanco dice que se alegra de que hayáis acudido a él con vuestras quejas, como amigos. Le gustaría que dejaseis el asunto en sus manos.

—No podemos dejar el asunto en sus manos porque él no entiende nuestras costumbres, lo mismo que nosotros no entendemos las suyas. Nosotros decimos que él es un necio porque no conoce nuestras costumbres y tal vez él diga que nosotros somos unos necios porque no conocemos las suyas. Dile que se vaya.

El señor Smith se mantuvo en sus trece. Pero no pudo salvar la iglesia. Cuando los *egwugwu* se marcharon, la iglesia de tierra rojiza que había construido el señor Brown era un montón de tierra y cenizas. Y el espíritu del clan se apaciguó por el momento.

Okonkwo sentía algo parecido a la felicidad por primera vez en muchos años. Las cosas que habían cambiado tan inexplicablemente durante su destierro parecían volver a su cauce. Aquel clan que le había traicionado parecía estar enmendándose.

Había hablado con violencia a sus compañeros de clan cuando se habían reunido en la plaza del mercado para decidir lo que iban a hacer. Y le habían escuchado con respeto. Todo volvía a ser como en los buenos tiempos en que un guerrero era un guerrero. Aunque no habían accedido a matar al misionero ni a expulsar a los cristianos, sí habían accedido a hacer algo decisivo. Y lo habían hecho. Okonkwo estaba casi feliz de nuevo.

Después de la destrucción de la iglesia no ocurrió nada durante dos días. Todos los hombres de Umuofia andaban armados con una escopeta o un machete. A ellos no les cogerían desprevenidos como a los de Abame.

Luego regresó de su viaje el comisario del distrito. El señor Smith fue a verle inmediatamente y mantuvieron una larga conversación. Los hombres de Umuofia no prestaron atención a esto, o, si lo hicieron, no le dieron mayor importancia. El misionero solía visitar a menudo a su hermano blanco. Eso no tenía nada de raro.

Tres días después, el comisario del distrito envió a su zalamero agente a ver a los notables de Umuofia para pedirles que fueran a verle a su oficina central. Tampoco eso era raro. El comisario solía pedirles que celebraran aquellas conferencias, como él las llamaba. Entre los seis dirigentes a los que invitó figuraba Okonkwo.

Okonkwo advirtió a los demás que fueran convenientemente armados.

—Un hombre de Umuofia no se niega a acudir si le llaman —dijo—. Puede negarse a hacer lo que le piden; pero no a que se lo pidan. Pero los tiempos han cambiado y tenemos que andar prevenidos.

Así que los seis hombres se fueron a ver al comisario del distrito, armados con machetes. No llevaron las escopetas porque eso habría resultado impropio. Les hicieron pasar al juzgado, donde se encontraba el comisario del distrito. Les recibió amablemente. Se quitaron las bolsas de cuero de cabra y los machetes enfundados, los dejaron en el suelo y se sentaron.

—Os he pedido que vengáis —empezó a decirles el comisario— por lo que pasó durante mi ausencia. Me han contado algunas cosas, pero no lo creeré hasta que no oiga vuestra versión. Hablemos de ello como amigos y busquemos un medio de que no vuelva a pasar.

Ogbuefi Ekweme se levantó y empezó a contar la historia.

—Espera un momento —dijo el comisario—. Quiero que vengan mis hombres para que oigan también ellos vuestras quejas y anden sobre aviso. Muchos de ellos son de lugares lejanos y aunque hablan vuestro idioma no conocen vuestras costumbres.

El intérprete salió de la sala y volvió al momento con doce agentes. Se sentaron con los hombres de Umuofia y Ogbuefi Ekweme empezó otra vez a explicar la historia de cómo había matado Enoch a un *egwugwu*.

Fue todo tan rápido que los seis hombres no se dieron ni cuenta. Hubo solo un breve forcejeo, demasiado breve incluso para que se pudiera desenvainar un machete. Les esposaron a los seis y les metieron en el cuarto de guardia.

—Si accedéis a cooperar con nosotros no os haremos ningún daño —les dijo luego el comisario del distrito—. Os hemos traído un gobierno pacífico a vosotros y a vuestro pueblo para que seáis felices. Si algún hombre os maltrata acudiremos en vuestra ayuda. Pero no permitiremos que vosotros maltratéis a otros. Tenemos un tribunal donde juzgamos los casos y administramos justicia como se hace en mi país, gobernado por una gran reina. Os hice venir porque os juntasteis para molestar a otros, para incendiar casas de otros y su lugar de culto. Eso no debe ocurrir en los dominios de nuestra reina, la más poderosa del mundo. He decidido que paguéis una multa de doscientas bolsas de cauris. Quedaréis en libertad en cuanto accedáis a hacerlo y os comprometáis a recaudar esa multa entre los vuestros. ¿Qué me decís?

Los seis hombres siguieron hoscos y silenciosos y el comisario les dejó solos un rato. Al salir de la sala de guardia dijo a los agentes que les trataran con respeto porque eran los dirigentes de Umuofia. Ellos dijeron «Sí, señor», y le saludaron.

En cuanto el comisario se marchó, el jefe de los agentes, que era también el barbero de los presos, cogió la navaja y les afeitó completamente la cabeza a los seis hombres. Seguían esposados y se limitaron a seguir sentados y abatidos.

—¿Quién de vosotros es el jefe? —les preguntaron en tono de burla los agentes—. Vemos que todos los pobres llevan la ajorca de título en Umuofia. ¿Qué cuesta, diez cauris?

Los seis hombres no probaron bocado aquel día ni al siguiente. Ni siquiera les dieron agua para beber y no pudieron salir a orinar ni ir a aliviarse entre los matorrales cuando sentían necesidad. De noche fueron los agentes a insultarles y les chocaban las cabezas afeitadas unas contra otras.

Ni siquiera cuando les dejaban solos sabían qué decirse unos a otros. No hablaron de ceder hasta el tercer día, en que ya no podían aguantar más el hambre y los insultos.

—Si me hubierais hecho caso habríamos matado al blanco —gruñó Okonkwo.

—Y ahora estaríamos en Umuru esperando que nos ahorcaran —le contestó uno de los otros.

—¿Quién quiere matar al blanco? —preguntó un agente que irrumpió de pronto.

Ninguno dijo nada.

—No solo no estáis satisfechos con vuestro delito, sino que encima tenéis que matar al blanco.

Llevaba un palo grueso y les dio unos cuantos golpes en la cabeza y en la espalda a cada uno. A Okonkwo le sofocaba el odio.

Nada más encerrar a los seis hombres fueron a Umuofia agentes judiciales a decir al pueblo que no soltarían a sus dirigentes hasta que pagaran una multa de doscientas cincuenta bolsas de cauris.

—Si no pagáis la multa enseguida —dijo el agente jefe—, llevaremos a vuestros jefes a Umuru ante el gran hombre blanco y les ahorcarán.

La noticia se difundió rápidamente por las aldeas, creciendo cada vez más. Había quien contaba que ya les habían llevado a Umuru y que les ahorcarían al día siguiente. Otros decían que iban a ahorcar también a los miembros de sus familias. Y algunos contaban también que los soldados se dirigían en aquel momento a Umuofia para matar a sus habitantes como lo habían hecho en Abame.

Había por entonces luna llena. Pero no se oyó esa noche la voz de los niños. El *ilo* de la aldea en que se reunían siempre a jugar a la luz de la luna estaba desierto. Las mujeres de

Iguedo no se reunieron en el cercado secreto a aprender una danza nueva para interpretarla después en la aldea. Los hombres jóvenes que salían siempre a la luz de la luna se quedaron en sus cabañas aquella noche. No se oyeron sus voces varoniles por los senderos de la aldea al ir a visitar a sus amigos y a sus enamoradas. Umuofia era como un animal asustado con las orejas tiesas que olfateaba el aire silencioso y amenazante sin saber qué camino seguir.

Rompió al fin el silencio el pregonero de la aldea tocando el sonoro *ogene*. Convocaba a todos los hombres de Umuofia, desde el grupo de edad de Akakanma hacia arriba, a una reunión en la plaza del mercado después de la comida de la mañana. Fue de un extremo a otro de la aldea y la recorrió en toda su extensión. No omitió ninguno de los senderos principales.

El recinto de Okonkwo parecía un hogar abandonado. Era como si hubieran vertido sobre él agua fría. Estaba dentro su familia pero hablaban todos en susurros. Su hija Ezinma había interrumpido la visita de veintiocho días a la familia de su futuro esposo y había vuelto a casa al enterarse de que su padre había sido detenido y que iban a ahorcarle. Fue a ver a Obierika en cuanto llegó para preguntarle qué iban a hacer los hombres de Umuofia ante aquello. Pero Obierika se había ido de casa por la mañana y no había vuelto. Sus esposas creían que había ido a una reunión secreta. Ezinma se convenció de que se estaba haciendo algo.

La mañana que siguió a la convocatoria del pregonero de la aldea los hombres de Umuofia se reunieron en la plaza del mercado y decidieron recaudar sin más dilaciones las doscientas cincuenta bolsas de cauris para aplacar al hombre blanco. No sabían que cincuenta bolsas se las quedarían los mensajeros, que habían aumentado la cuantía de la multa con ese propósito.

En cuanto se pagó la multa, dejaron a Okonkwo y a sus compañeros en libertad. El comisario del distrito volvió a hablarles de la gran reina y de la paz y el buen gobierno. Pero ellos no le escucharon. Se quedaron sentados, mirándoles a él y a su intérprete. Por fin les devolvieron las bolsas y los machetes envainados y les dijeron que se fueran a casa. Se levantaron y salieron del juzgado. No hablaron con nadie, ni entre ellos.

El juzgado se alzaba a cierta distancia de la aldea, igual que la iglesia. El sendero que los unía era un sendero muy transitado, porque era el que llevaba también al arroyo, que quedaba después del juzgado. Era despejado y arenoso. Los senderos eran despejados y arenosos en la temporada seca. Pero cuando llegaban las lluvias crecía frondosa la vegetación a ambos lados y los invadía. Estaban en la temporada seca.

Los seis hombres se encontraron cuando iban hacia la aldea con mujeres y niños que iban a buscar agua al arroyo. Pero las expresiones de los hombres eran tan hoscas y sombrías que las mujeres y los niños se hicieron a un lado para dejarles paso sin decirles *nno*, «bienvenidos». En la aldea se les unieron algunos hombres hasta formar un grupo bastante numeroso. Caminaban en silencio. Cuando cada uno de los seis hombres llegaba a su recinto, entraba en él y le seguían unos

cuantos del grupo. La aldea estaba en movimiento de una forma silenciosa, contenida.

Ezinma le había preparado comida a su padre en cuanto se difundió la noticia de que iban a soltar a los seis hombres. Se la llevó a su *obi*. Okonkwo comió distraído. No tenía apetito; solo comía por complacer a su hija. Sus parientes y amigos varones se habían reunido en su *obi* y Obierika insistió en que comiera. No habló nadie más, pero se fijaron en los largos verdugones de la espalda de Okonkwo donde el látigo del guardia le había abierto la carne.

El pregonero de la aldea volvió a salir por la noche. Tocó el gong de hierro y anunció que se celebraría otra asamblea por la mañana. Todos supieron que Umuofia iba a decir por fin lo que pensaba sobre las cosas que estaban ocurriendo.

Okonkwo durmió muy poco aquella noche. A la amargura de su corazón se añadía ahora una especie de emoción infantil. Había descolgado su atuendo de guerra antes de acostarse; no lo había tocado desde su regreso del exilio. Había sacudido la falda de rafia ahumada y había examinado el tocado de plumas y el escudo. Todo está bien, se había dicho.

Echado allí en su cama de bambú, pensó en el tratamiento que había recibido en el juzgado del hombre blanco y juró que se vengaría. Si Umuofia se decidía por la guerra, no habría problema. Pero si decidían ser cobardes iría y se vengaría él. Pensó en las guerras del pasado. La más noble, se dijo, había sido la guerra contra Isike. Aún vivía Okudo por aquel entonces. No había como Okudo para cantar una canción de guerra. Él no era un luchador, pero su voz convertía a todos los hombres en leones.

«Ya no hay hombres de valor —se dijo Okonkwo, suspirando al recordar aquellos tiempos—. Isike no olvidará los estragos que les causamos en aquella guerra. Matamos a doce de

los suyos y ellos solo mataron a dos de los nuestros. Antes de que acabara la cuarta semana de mercado estaban pidiendo ya la paz. En aquellos tiempos los hombres eran hombres.»

Estaba pensando en estas cosas cuando oyó a lo lejos el sonido del gong de hierro. Escuchó atentamente y oyó también la voz del pregonero. Pero era muy débil. Se giró en la cama y sintió la espalda dolorida. Rechinó los dientes. El pregonero fue acercándose cada vez más hasta que pasó por el recinto de Okonkwo.

«El mayor obstáculo que hay en Umuofia es ese cobarde, Egonwanne —se dijo amargamente Okonkwo—. Su palabrería puede convertir el fuego en cenizas heladas. Cuando habla reduce a nuestros hombres a la impotencia. Si no hubieran hecho caso a su prudencia mujeril hace cinco años, no habríamos llegado a esto.» Rechinó los dientes. «Mañana les dirá que nuestros padres nunca hicieron una “guerra culpable”. Si le hacen caso les dejaré y prepararé mi propia venganza.»

La voz del pregonero había vuelto a alejarse y la distancia embotaba también el tañido de su gong de hierro. Okonkwo volvió a girarse, extrayendo cierto placer del dolor de la espalda. «Si Egonwanne habla de una “guerra culpable” mañana, le enseñaré la espalda y la cabeza.» Rechinó los dientes.

La plaza del mercado empezó a llenarse en cuanto salió el sol. Obierika estaba esperando ya en su *obi* cuando llegó Okonkwo a buscarle. Se echó al hombro la bolsa de piel de cabra y el machete envainado y salió a reunirse con él. La cabaña de Obierika quedaba cerca del camino y veía a todos los hombres que pasaban hacia la plaza del mercado. Había intercambiado saludos con algunos que habían pasado ya aquella mañana.

Había tanta gente cuando Okonkwo y Obierika llegaron al lugar de reunión que si se hubiera tirado un grano de arena al aire no habría podido volver a caer en la tierra. Y seguían

llegando muchos más de todos los sectores de las nueve aldeas. A Okonkwo se le caldeó el corazón al ver una fuerza tan numerosa. Pero él estaba buscando concretamente a un hombre, el hombre cuya lengua temía y despreciaba tanto.

—¿Le ves? —le preguntó a Obierika.

—¿A quién?

—A Egonwanne —contestó Okonkwo, recorriendo con la mirada la enorme plaza del mercado.

Casi todos los hombres estaban sentados en el suelo, sobre pieles de cabra. Algunos utilizaban taburetes de madera que habían llevado.

—No —contestó Obierika, echando una ojeada a la multitud—. Sí, allí está, debajo de la ceiba. ¿Tienes miedo de que nos convenza para no luchar?

—¿Miedo? Me da igual de lo que os convenza a vosotros. Le desprecio a él y a los que le hacen caso. Lucharé solo si lo decido.

Hablaban a gritos porque estaban hablando todos y era como la algarabía de un gran mercado.

«Esperaré que hable él —pensó Okonkwo—. Luego hablaré yo.»

—Pero ¿cómo sabes que hablará contra la guerra? —le preguntó al poco rato Obierika.

—Porque sé que es un cobarde —dijo Okonkwo.

Obierika no oyó el resto de lo que le dijo porque en ese momento alguien le tocó en el hombro por detrás y se volvió para estrechar la mano a cuatro o cinco amigos e intercambiar saludos con ellos. Okonkwo, aunque reconoció las voces, no se volvió. No estaba de humor para intercambiar saludos. Pero uno de aquellos hombres le tocó y le preguntó por la gente de su recinto.

—Están todos bien —contestó él con desgana.

El primer hombre que se dirigió a Umuofia aquella mañana fue Okika, uno de los seis que habían estado encarcelados.

Okika era un gran hombre y un orador. Pero no tenía la voz retumbante que debía utilizar un primer orador para imponer silencio a la asamblea del clan. Onyeka sí la tenía; por eso se le encargó que saludara a Umuofia antes de que empezara a hablar Okika.

—*Umuofia kwenu!* —bramó, alzando el brazo izquierdo y empujando el aire con la mano abierta.

—*Yaa!* —rugió Umuofia.

—*Umuofia kwenu!* —bramó otra vez Onyeka y luego otra y otra, mirando en una dirección distinta cada vez.

Y la multitud respondió: «*Yaa!*».

Se produjo un silencio inmediato, como si hubieran vertido agua fría sobre una llama ardiente.

Okika se levantó y saludó también a sus compañeros de clan cuatro veces. Luego habló así:

—Todos sabéis por qué estamos aquí cuando tendríamos que estar construyendo nuestros graneros o reparando nuestras cabañas, cuando deberíamos estar poniendo orden en nuestros recintos. Mi padre solía decirme: «Siempre que veas saltar un sapo a plena luz del día puedes estar seguro de que hay algo que pone en peligro su vida». Al ver que acudíais a esta asamblea desde todos los sectores de nuestro clan por la mañana tan temprano, supe que había algo que ponía nuestra vida en peligro.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Todos nuestros dioses están llorando. Idemili está llorando, Ogwugwu está llorando, Agbala y todos los demás están llorando. Nuestros padres difuntos están llorando por el vergonzoso sacrilegio de que son víctimas y por la perfidia que todos hemos visto con nuestros propios ojos.

Volvió a interrumpirse para serenar la voz temblorosa.

—Esta es una gran asamblea. Ningún clan puede enorgullecerse de ser más numeroso ni de más valor. Pero ¿estamos todos aquí? Os pregunto: ¿están todos los hijos de Umuofia aquí con nosotros?

Recorrió la multitud un murmullo ahogado.

—No están —dijo Okika—. Han abandonado el clan y se han ido cada uno por su lado. Los que estamos aquí esta mañana nos hemos mantenido fieles a nuestros padres, pero nuestros hermanos nos han abandonado y se han unido a un extraño para manchar su patria. Si luchamos contra el forastero podemos herir a nuestros hermanos y tal vez derramar la sangre de un miembro del clan. Pero tenemos que hacerlo. Nuestros padres no se plantearon nunca algo así, no mataban nunca a sus hermanos. Pero no había llegado hasta ellos ningún blanco. Así que hemos de hacer lo que nuestros padres nunca hicieron. Al pájaro Eneke le preguntaron una vez por qué estaba siempre volando y contestó: «Los hombres han aprendido a tirar sin fallar nunca y yo he aprendido a volar sin posarme en las ramas». Tenemos que extirpar este mal. Y si nuestros hermanos se ponen del lado del mal tendremos que extirparlos también a ellos. Y tenemos que hacerlo ahora. Tenemos que achicar esta agua ahora que solo nos llega a los tobillos...

En ese momento se produjo un súbito revuelo entre la multitud y todos se volvieron en la misma dirección. Había una curva cerrada en el camino que llevaba desde la plaza del mercado al juzgado del hombre blanco y al arroyo que había más allá. Por eso nadie había visto llegar a los cinco agentes hasta que doblaron el recodo, a pocos pasos de los reunidos. Okonkwo estaba sentado en el borde de la multitud.

Se levantó de un salto al ver quiénes eran. Se encaró con el agente jefe, temblando de odio, incapaz de pronunciar una palabra. El hombre no tenía miedo y se mantuvo firme con sus cuatro hombres alineados detrás.

El mundo pareció detenerse de golpe en aquel breve instante, esperando. Se hizo un silencio absoluto. Los hombres de Umuofia se fundieron con el mudo telón de fondo de árboles y enredaderas gigantes, esperando.

El jefe de los agentes rompió el hechizo.

—¡Déjame pasar! —ordenó.

—¿Qué quieres?

—El hombre blanco cuyo poder conoces demasiado bien ha ordenado que se interrumpa esta reunión.

Okonkwo desenvainó el machete rápido como el rayo. El agente se agachó para esquivar el golpe. Fue inútil. Okonkwo bajó dos veces el machete y la cabeza del hombre quedó en el suelo junto a su cuerpo uniformado.

El telón de fondo cobró entonces vida tumultuosamente y se suspendió la reunión. Okonkwo se quedó mirando al hombre muerto. Sabía que Umuofia no iría a la guerra. Lo sabía porque habían dejado escapar a los otros agentes. Se había dispersado en un tumulto en vez de actuar. Percibía miedo en aquel tumulto. Oyó voces que preguntaban: «¿Por qué lo ha hecho?».

Limpio el machete en la arena y se marchó.

Cuando llegó al recinto de Okonkwo el comisario del distrito a la cabeza de una cuadrilla armada de soldados y agentes judiciales, encontró un pequeño grupo de hombres silenciosos sentados en el *obi*. Les ordenó salir y obedecieron sin un murmullo.

—¿Quién de vosotros se llama Okonkwo? —preguntó a través del intérprete.

—No está aquí —contestó Obierika.

—¿Dónde está?

—¡No está aquí!

El comisario se enfureció y se le congestionó la cara. Advirtió a aquellos hombres que si no presentaban en el acto a Okonkwo les encerraría a todos. Los hombres cuchichearon entre ellos y habló de nuevo Obierika.

—Podemos llevarte a donde está y quizá tus hombres puedan ayudarnos.

El comisario no entendió lo que quería decir Obierika con lo de «quizá tus hombres puedan ayudarnos». Una de las costumbres más irritantes de aquella gente era su amor a las palabras superfluas, pensó.

Obierika y cinco o seis más se pusieron en marcha. El comisario y sus hombres les siguieron, con las armas de fuego dispuestas. Le había advertido a Obierika que si él o sus hom-

bres les hacían alguna jugarreta les matarían. Por eso iban así.

Detrás del recinto de Okonkwo había un bosquecillo. El único acceso a él desde el recinto era un pequeño agujero redondo que había en el muro de tierra roja y por el que entraban y salían las gallinas en su búsqueda incesante de alimento. Pero no podía pasar un hombre. Justamente hacia allí condujo Obierika al comisario y a sus hombres. Rodearon el recinto, caminando pegados al muro. Solo se oía el rumor de sus pisadas aplastando las hojas secas.

Llegaron junto al árbol del que colgaba el cuerpo de Okonkwo y pararon en seco.

—Quizá tus hombres puedan ayudarnos a bajarle y a enterrarle —dijo Obierika—. Hemos mandado a buscar forasteros a otra aldea para que lo hagan por nosotros, pero tal vez tarden mucho en venir.

El comisario del distrito cambió instantáneamente. El resuelto administrador que había en él dio paso al estudioso de las costumbres primitivas.

—¿Por qué no podéis bajarle vosotros? —preguntó.

—Va contra nuestras costumbres —contestó uno de los hombres—. El que un hombre se quite la vida es un acto abominable. Es una ofensa a la Tierra y el hombre que la comete no puede ser enterrado por los hombres de su clan. Su cuerpo es maligno y solo pueden tocarle los extraños. Por eso pedimos a tu gente que lo bajen, porque sois forasteros.

—¿Le enterraréis como a cualquier otro hombre? —preguntó el comisario.

—No podemos enterrarle. Solo pueden hacerlo los extraños. Pagaremos a tus hombres por hacerlo. Cuando le hayan enterrado cumpliremos nuestra obligación con él. Haremos sacrificios para limpiar la tierra profanada.

Obierika, que se había quedado mirando fijamente el cuerpo ahorcado de su amigo, se volvió entonces de pronto al comisario del distrito y le dijo furioso:

—Ese hombre era uno de los hombres más grandes de Umuofia. Vosotros le obligasteis a matarse; y ahora le enterrarán como a un perro...

No pudo seguir. Le temblaba la voz y no le salían las palabras.

—¡Cierra la boca! —gritó un agente bastante innecesariamente.

—Bajad el cadáver —ordenó el comisario al jefe de los agentes— y llevadlo con toda esta gente al juzgado.

—Sí, señor —dijo el agente, saludando.

El comisario se marchó, llevándose con él tres o cuatro soldados. Había aprendido bastantes cosas en los muchos años que llevaba esforzándose por hacer llegar la civilización a distintas regiones de África. Una de ellas era que un comisario de distrito no debía encargarse nunca de minucias indignas como descolgar de un árbol a un ahorcado. Si lo hubiese hecho habría dado a los nativos una mala impresión de sí mismo. En el libro que pensaba escribir destacaría ese punto. Mientras volvía caminando al juzgado pensaba en aquel libro. Cada día le aportaba algún material nuevo. La historia de aquel hombre que había matado a un agente judicial y se había ahorcado sería una lectura interesante. Podría escribirse casi un capítulo entero sobre él. Bueno, un capítulo entero quizá no, pero un párrafo considerable sin ninguna duda. Había que incluir muchas más cosas y había que ser estricto en lo de prescindir de los detalles. Ya había elegido el título del libro después de darle muchas vueltas: *La pacificación de las tribus primitivas del Bajo Níger*.

Glosario

Agadi-nwayi: anciana.

Agbala: mujer; también se aplica al hombre que no tiene ningún título.

Chi: dios personal.

Efulufu: hombre inútil.

Egusi: pepitas de melón.

Egwugwu: máscara que representa a uno de los espíritus ancestrales del pueblo.

Ekwe: instrumento musical, especie de tambor hecho de madera.

Eneke-nti-oba: cierto pájaro.

Eze-agadi-nwayi: los dientes de una vieja.

Iba: malaria.

Ilo: campo de la aldea, donde la gente se reúne para celebrar competiciones deportivas, debates, etcétera.

Inyanga: alardear, presumir.

Isa-ifi: ceremonia: se celebraba cuando una mujer que había estado cierto tiempo separada de su marido volvía a reunirse con él, para cerciorarse de que no le había sido infiel durante la separación.

Iyi-uwa: piedra especial que constituye el vínculo de unión entre un *ogbanje* y el mundo espiritual. Solo si se descubría y destruía la piedra no moría el niño.

- Jigida*: sarta de cuentas para la cintura.
- Kotma*: agente judicial; la palabra no es de origen igbo, sino una corrupción de «court messenger».
- Kwenu*: grito de aprobación y saludo.
- Ndichie*: ancianos.
- Nna ayi*: padre nuestro.
- Nno*: bienvenido.
- Nso-ani*: delito religioso condenado por todos.
- Nza*: pájaro muy pequeño.
- Obi*: las dependencias grandes del jefe de la familia.
- Obodo dike*: la tierra de los valientes.
- Ochu*: asesinato u homicidio.
- Ogbanje*: niño que muere y vuelve repetidamente a su madre para renacer. Es imposible criar a un niño *ogbanje* sin que muera, a menos que se encuentre antes su *iyi-uwa* y se destruya.
- Ogene*: instrumento musical; parecido al gong.
- Oji odu achu-ijiji-o*: vaca (es decir, la que espanta las moscas con el rabo).
- Osu*: paria, proscrito; al haberse consagrado a un dios, el *osu* era tabú y no se le permitía ninguna relación con los nacidos libres.
- Oye*: nombre de uno de los cuatro días de mercado.
- Ozo*: nombre de uno de los títulos o rangos.
- Tufia*: blasfemia o maldición.
- Udu*: instrumento musical; tambor de barro.
- Uli*: tinte utilizado por las mujeres para pintarse dibujos en la piel.
- Umuada*: reunión familiar de hijas para la que la parentela femenina vuelve a su aldea de origen.
- Umunna*: un grupo amplio de parientes varones (es el masculino de la palabra *umuada*).
- Uri*: parte de la ceremonia de compromiso matrimonial en que se paga el precio de la novia.

